

PROLOGO

¡Cuánto y con cuánto ardor buscó la gloria! Desde su despertar a la vida fue esa la presa codiciada; el ansia con que la persiguió venciendo los muchos desalientos y las formas cada vez más biográficas con que la acometió, testimonian la inicial inseguridad de que partió, ese oscuro recinto apocado de su conciencia adolescente que fue vaciando en el mercado montevideano y que alhajó como un estrepitoso bazar por donde vagaría un fantasma haciendo poses y no un ser humano. La vida lo recompensó, como a la emperatriz mexicana, con una corona de sombras que duró cincuenta años, los que van de sus primeros raptos de enajenación, en los años 1913 y 1914 hasta su muerte en 1963. Una corona de sombras que se extendió a su obra literaria pues salvo la edición muy fragmentaria de *Epístolas, psalmos y poemas* (1944) nada suyo se reeditó y sus persistentes y obsesivos manuscritos siguen sin publicarse.

Tenía nada más que dieciocho años cuando escribía, confesionalmente, los poemas que formarían su primer libro que tituló simplemente *Poesía* y que ocultó bajo el seudónimo de Jorge Kostai. Allí pedía:

Esa vida del mármol, esa vida
que no muere jamás, siempre encendida
con recuerdos de gloria,
a voces pide mi impaciente anhelo.
Quiero en las cumbres agitar mi vuelo,
quiero vivir la vida de la historia!

Sólo dos años después, ya desalentado por la infructuosa lucha por la originalidad y el triunfo estético dentro de una fenicia ciudad de América del Sur, asumía el tono escéptico para decir:

Sobre todo, lector, es preciso que muera.

Es la única manera
segura de obtener la gloria porque lucho.

Pero para esa fecha en que, el primero en el país, había intuido la nueva orientación de las artes modernas y la demanda que el mercado internacional estatúa, también había registrado las limitaciones propias —amasando pereza, neurastenia, debilidad, desborde imaginativo, pobreza del medio, afán de novedad, filisteísmo burgués— para definirse con versos algo proféticos:

Un amigo, lector, me había comparado
a un pájaro caudal, grande, aunque mutilado,
de ala y media no más. Yo era, pues, y sería
siempre, un gran torbellino, y nunca lograría
hallar el equilibrio, andando a tropezones
con todo cuanto existe, y dejando jirones
de carne en cada cumbre.

— Ese torbellino será el del dandismo finisecular del cual fue la más brillante figura latinoamericana. Dio consumación en tierra americana a sus principios de espectacularidad y agresión contra el medio, a su sistema de incorporarse a la sociedad mediante un negativismo crítico muchas veces superficial, a la subjetivación violenta mediante la cual la literatura se hacía una con la persona y era ésta aun más que aquélla la que se publicitaba y vendía en el mercado. Por ese camino había de practicar la máxima con la cual Oscar Wilde definiera la conducta del decadentismo inglés, poniendo su talento en la vida más que en los libros, y haciendo

de su propia vida una obra de arte refinada, insólita, candorosamente cruel.

Tenía veintiún años cuando descubrió ese nuevo sesgo del comportamiento del artista que cincuenta años antes habían comenzado a ejercitar Gautier y Baudelaire y que progresivamente fuera dominando el mundo europeo hasta imponerse como el ideal de la década amarilla: el poeta debe transformar su vida en un espectáculo fabuloso, tenazmente original y disonante, para ofrecerlo agresivamente a sus contemporáneos; el poeta será el actor de sí mismo, compondrá cuidadosamente un personaje de teatro y representará en la vida haciendo que su obra literaria no sea sino la sucesión de arias que corresponden a un cómico de la realidad, las que él recita, cada vez más posesionado del personaje, ante el público del gran teatro del mundo para quien se ofrece en una apoteosis muchas veces irrisoria. Del mismo modo que Baudelaire abre sus flores malditas con la apelación al "hypocrite lecteur", o sea al espectador de su aventura cuyo ojo enemigo se hace indispensable para cobrar autoexistencia —sólo se representa para alguien, para un otro—, así también Roberto de las Carreras escribe a los veintiún años su libro titulado *Al lector* donde se ofrece a esa mirada que él define como hostil con las primeras, improvisadas escenas de su personaje dandy pero a la vez con su desvalimiento cálido y juvenil. Todavía representa improvisando, de tal modo que constantemente se ve al muchacho inquieto, angustiado, febril, saliendo o entrando de ese personaje que comienza a componer con artificio y que terminará devorándolo. *Al lector* es de 1894; no bien terminen de pasar diez años, cuando publique *En onda azul* (1905) nada quedará del ser humano real que inició la aventura; en su lugar habrá un actor gesticulante, un traje de teatro, una máscara com-

puesta, una dicción escénica con un staccato insoportable del que jamás desciende, el alucinante mundo de una marioneta que deambula por el pedestre Montevideo. En esos diez años el hombre habrá sido enajenado por el personaje; se necesitarán diez años más para que en una oscura ciudad brasileña también el personaje resulte enajenado y la locura se encargue de coronar esta empresa tan alejada de los hábitos aldeanos de una ciudad del Plata.

Como desconfió inmensamente de su capacidad creadora, como en cambio siempre supo de la atracción de su figura byroniana, del éxito de sus frases sarcásticas, de la admiración entre impotente y burlesca que provocaba el esgrimista verbal que en él había, se aplicó a la composición del personaje y en él puso todo su talento. Pero para que fuera posible intentarlo había que disponer de un bagaje previo, de una situación incitadora que en sus primeros años lo forzara a distinguirse del medio, a ganar duramente su posición dentro de él. Y es aquí que debe consignarse la historia de su vida tal como él la fue contando y haciendo. No es la verdad estricta de los hechos la que nos importa, sino la manera como él los maneja para ir componiendo su personaje, dado que es éste el que prefirió ofrecer al mundo.

Como en el comienzo de todo hombre, en el de Roberto de las Carreras también está su madre. Las agresiones y los desplantes del escritor le hubieran sido perdonados por la sociedad elegante montevideana del 900 a la que, por su fortuna, su cultura, su origen social, perteneció, si él hubiera aceptado las convenciones sociales que su clase tenía establecidas para conservar las apariencias y para prolon-

gar una imagen patricial en la que estaban empeñados tanto los patricios como los burgueses arribistas; todo se lo hubieran perdonado, quizá, si no hubiera dicho una palabra de su madre. En una carta a su medio hermano Raúl García de Zúñiga, había afirmado de su madre: "Ha sido la única gran señora de este pueblo. Paseaba insolentemente sus conquistas por la faz de la miserable aldea".

En verdad la historia de su madre, Clara García de Zúñiga, era conocida de todo el Río de la Plata pues conmovió desde Monseñor Mariano Soler hasta el general Bartolomé Mitre, desde Juan Carlos Gómez hasta Francisco Xavier de Acha que la lloró en rípidos versos, desde el coronel Lorenzo Latorre que propició, desde su alto cargo, el rapto de sus dos primeros hijos por su padre el abogado argentino José María Zuviria, hasta otro presidente, Manuel Herrera y Obes, que actuó como abogado de la familia. La sociedad montevideana le pedía a Roberto de las Carreras que fingiera no saber nada a cambio de un silencio discreto, pero seguramente él supo desde su infancia o desde sus años de colegial, lo que es ser llamado "bastardo". Los niños son menos hipócritas que los mayores pero tan crueles como los escritores cuando polemizan: en el filo del 900 Alvaro Armando Vasseur podía aducir que le era imposible batirse "con un individuo que ignora su legítima paternidad".

Este muchacho sensible, fino y delicado, enfermizo y neurasténico, que tenía tras de sí una infancia cargada de disputas familiares, sin padre, pasando de manos de su madre a las de su abuela, volviendo luego a encontrarse con ella para perderla y ser atendido por sus tías, este muchacho que con sus fraternales compañeros de estudio, Carlos Vaz Ferreira y Juan Andrés Ramírez conversaba de poe-

sía desnudándoles su alma romántica y atormentada, decide asumir por entero la historia de su madre y ser un "bastardo" no en forma solapada sino pública. Lo que en esa audaz resolución, que regiría entera su vida futura, había de profundo y desolado amor por la madre, lo que había de reparación a su memoria, lo dijo alguna vez en circunstancias casi ridículas: "Un hombre enérgico decíame, refiriendo el caso de un marido que, al encontrar a su mujer "in fraganti" la había arrojado por el balcón: "Es el único medio de contener a la mujer". El hombre que así hablaba era mi padre. Yo sentí protestar en mí, desde entonces, el alma de mi madre que me inspira, de la mujer de pasión y de aventura, de la desvanecida soñadora que la educación burguesa me enseñaba a odiar. Al defender al sexo siento que la defiendo. Mi esfuerzo libertario es un tributo altivo y vengador a sus dolores de Amorosa". Como si aceptaba la moral de su tiempo debía condenarla, prefirió aceptar a su madre y condenar entonces la moral de una sociedad hipócrita y elegante. En esta disyuntiva está el origen de su mirada desafiante al medio, de su sensibilidad para las exclusiones humillantes que instaura la moral burguesa. Comentando la representación del *Papá Lebonnard* por Novelli (durante su jira por Montevideo, en 1894) anota: "Me llamó también la atención la manera como en la escena final del penúltimo acto dice: ¡Bastardo!, a su hijo adoptivo, a aquel hijo de un adulterio que él ha callado y consentido para que no caiga sobre su hija el deshonor de su madre. Novelli tuvo un desfallecimiento de voz, un temblor en las piernas que produce la cólera violenta en los seres débiles. No se podía pedir más. Novelli no debió extrañar si en ese momento un público demasiado nervioso no hubiera aplaudido. Al

concluir la escena no se podía aplaudir, era preciso descansar”.

Contaba el general Mansilla que Clara fue la hija mimada de don Mateo García de Zúñiga, señor feudal de Entre Ríos, personalidad avasallante de la Confederación y hombre de fabulosa fortuna. Al enemistarse con Urquiza se traslada con su familia a Montevideo. El arquitecto Raffo le construirá una suntuosa residencia algo lejos de la ciudad, en la zona veraniega de los alrededores. Será la enorme casa sobre el Puente de las Duranas donde está hoy el Museo Municipal Juan Manuel Blanes: una “villa” en estilo italiano con una serie de pórticos que la envuelven, amplios salones con puertas que se abren al parque o al estanque central, un mirador desde donde se sigue el curso del arroyo y se le ve desaguar en la bahía de Montevideo. Era la casa de verano de la familia: allí nacerá Roberto de las Carreras. El año transcurría en la residencia de la calle Treinta y Tres, transformada en un centro mundano al que concurría la élite montevideana y porteña, donde le sobrevendrá a don Mateo la larga y tenaz enfermedad que acrecentó hasta extremos de rabiosa devoción el amor de su hija Clara quien vivió todo el tiempo de la enfermedad y muerte en la habitación de su padre.

En 1859, Clara, que sólo contaba quince años, se había casado con José María Zuviría; no bien transcurrido un año comenzó la que un descendiente actual ha llamado “una tragedia shakesperiana”: una historia de odios y amores desbordados que estrujó a una familia y arrastró en el debate violento a la sociedad entera de la época. Don Mateo rompe relaciones con su yerno acusándolo de difamar a su

suegra de quien Zuviría habría dicho en público que lo había requerido de amores y desde entonces se rompe la vida familiar. A partir de ese momento, y por años, las cuatro figuras centrales del panel—don Mateo, su esposa Rosalía, su hija Clara y su yerno José M. Zuviría— entran en pugna, en el más delirante estilo melodramático, se acercan y repelen con tremendas frases, instauran bandos acervos a los que se incorporan las mayores figuras de la política, el comercio, la religión y las letras de los dos países del Plata. En Gualeguaychú aguarda a quien quiera escribir esta novela faulkneriana, el nutrido archivo familiar que ordenó cuidadosamente un bisnieto de don Mateo: Hugo Mongrell. Clara termina por abandonar a su esposo llevándose a sus dos hijos; su esposo la conmina a devolvérselos, se abre un ardiente pleito ante los tribunales y, aprovechando de sus amistades en el gobierno y del descrédito que la vida impetuosa a que se ha entregado Clara le han concitado, Zuviría rapta a sus dos hijos y se los lleva a Buenos Aires. Esto ocurre mientras Mateo García de Zúñiga agoniza clamando contra su yerno. Su muerte acelera tanto el alejamiento entre madre e hija como la vida impetuosa de Clara, quien no sólo ha de mantener relaciones públicas con diversos prohombres del siglo pasado, entre ellos el secretario de Leandro Gómez, en Paysandú, Ernesto de las Carreras, padre de Roberto, sino que llegará a afirmar en texto judicial que nunca ha negado su cuerpo a quien le gustara.

La exacerbación de las relaciones familiares tiene expresión contundente en el testamento que doña Rosalía Elía de Zúñiga redacta a comienzos de enero de 1877 y donde bajo las formas protocolares arde la brasa del rencor y el dolor. Hablando de su hija Clara dice allí: "Esa falta de armonía tanto con esas personas como con todas las que forman

la familia y amistad de ella, tiene su desgraciado origen en la influencia que en otro tiempo ejerciera sobre el ánimo de mi hija, su esposo, quien en vez de alimentar el alma de la que eligió por compañera con los nobles y elevados sentimientos con que se formó, ha infundido falsas ideas procurando por todos los medios, aun los más indignos y reprobados, implantar en ella el odio, no sólo contra los que la dieron el ser, sino contra toda la familia y amistades, y aun contra él mismo, y ese fruto amargo que ha tenido el triste privilegio de recoger en mayor escala que nadie, acibara mi existencia doblemente porque he tocado la triste realidad de que todos mis esfuerzos para extinguir o al menos neutralizar sus efectos, han sido inútiles para con mi hija que en todas ocasiones rechaza las más caras y delicadas afecciones con que la llama y brinda mi corazón de madre amorosa. Esta manifestación de mis sentimientos, no la haría si no creyera que en un acto tan solemne como éste debo dejar consignado y explicado a mis queridos nietos, para cuando tengan capacidad suficiente, cuánta amargura y cuántos trastornos nos ha causado a la familia el proceder de su padre, quien sin duda no midió bien sus consecuencias por falta de talento o las calculó exactamente con sobrada y refinada crueldad”.

Desde la muerte de su padre, Clara, en el apogeo de su belleza juvenil —tiene entonces veintiocho años— se transforma en la figura más llamativa de la “high life” montevideana: cruzaba la ciudad en su volanta descubierta, mantenía palco en el Solís, acudía a los centros elegantes, gastaba una fortuna en su atuendo personal, iba acompañada de un hombre que no era su marido para frenética comidilla de lo que su hijo llamaría la “aldea”. Se la vio cambiar de amante, se la vio embarazada, se le conocieron hijos de diversos padres. A la fecha del

nacimiento de Roberto (1873) había entrado en posesión de la herencia de su padre y daba ya señales de enajenación. Los diarios montevidéanos contaron un día de 1874 la extraña aparición de una mujer casi desnuda, en una ventana del lujoso Hotel Oriental, quien comenzó a arrojar a los transeúntes las libras esterlinas que llevaba en una bandeja. Todavía mantiene ásperos pleitos por su fortuna, buena parte de la cual pasa a manos de los abogados (el Dr. Carlos Pelligrini cobró en la época por su intervención sucesoria la cantidad de \$ 250.000), y a la muerte de su madre, sola, rodeada de hijos pequeños que van pasando a manos de familiares, sobreviviente de un tumultuoso drama familiar, su creciente enajenación mental adquiere rasgos tan disonantes que concluye siendo recluida. Terminará sus días en la estancia de Farrapos de uno de sus yernos; sus nietos la evocan como una figura patricia, dulce y afectuosa, que gustaba tocar al piano el repertorio de la operística italiana y bordar inacabables pájaros y flores en largos cañamazos que iba enrollando.

Esta es la historia que Roberto de las Carreras decide asumir públicamente y esta es también la infancia y adolescencia que le dispuso la vida. No sólo es confesadamente fiel a esa historia; parecería que quiso reiterarla, revivirla en sí a modo de desagravio e incluso asumir la enajenación de su madre con su propia locura. Pero en sus primeros años todavía pesa sobre él como una sombra vaga. De 1890 a 1895, o sea entre los 17 y los 22 años, edad en la cual parte a Europa, no bien recibida la parte que le corresponde de la herencia de su padre Ernesto de las Carreras, fallecido en Buenos Aires, Roberto es simplemente un estudiante, un poeta, un apren-

diz de dandy, un muchacho entusiasta lleno de humor y vida. Esto es más visible en sus escritos juveniles que sus pregonadas neurastenias y desequilibrios emocionales.

Su gran amigo de la primera época fue Carlos Vaz Ferreira. Fue el condiscípulo a quien admiró y quiso con una entrega, afectuosa, impulsiva, bien propia del muchacho necesitado de cariño que era. En *Al lector*, confiesa:

Mi amigo Vaz Ferreira (al cual he dedicado este libro, y con quien hace tiempo he pactado que nos dedicaremos todo lo que sin duda alguna escribiremos)

y efectivamente, no sólo *Al lector* sino también su anterior y primer libro, *Poesía*, está dedicado al joven filósofo uruguayo con quien compartía lecturas y descubrimientos poéticos.

Aunque en una carta a Torrendell declara que su novelita *Amigos* publicada en el folletín de "La Razón" en 1894 "no tiene clave alguna, es pues inútil que la busque", es evidente que en ella se refleja, tal como afirmaba su crítico, "la vida de nuestra juventud literaria" y que, como las restantes obras de Carreras, está penetrada de materiales autobiográficos, apelando a datos y referencias de su vida corriente y trasladándolos casi sin retoque a la literatura. Contando que había planeado un drama, explica con llaneza que él es su protagonista y sus amigos los restantes personajes: "En el acto primero /ya he hecho mi aparición, erguido en cuerpo entero,/ con dos amigos más. Y recuerdo recién/ que uno era Vaz Ferreira; el otro, no sé quien".

La novela *Amigos* y los poemas que escribe en estos años, así como los cuentos que por la misma época compone Vaz Ferreira y sus primeras anotaciones sobre temas de estética y retórica, deben verse

a la luz de esta relación intelectual y amistosa, esta convivencia del aprendizaje del arte. Como Raúl y Alberto, de *Amigos*, es posible que discutieran muchas veces las sílabas de un verso y que fuera Vaz Ferreira quien exigiera con más rigor la exacta mensuración: "Como entonces Alberto estaba definitivamente investido del mando, empezó a criticarlo. Se hizo su mentor poético. Empezó por las faltas métricas. Raúl medía mal, y Alberto que antes se limitaba a hacer signos de aprobación, pero sin hablar, comprometiéndose lo menos posible, tenía a cada verso incorrecto una contracción del rostro, y un ligero fruncimiento del labio". Probablemente en estos, a veces, ásperos enfrentamientos, Carreras va adquiriendo su pasmosa destreza en el uso del alejandrino: los dactílicos, los trocaicos y aun el alejandrino a la francesa, tan raro en español y que el propio Darío utilizara con discreción ("ya es hora de partir, buen pirata, ya es hora") se transforman en su sistema expresivo natural. Aprende a contar historias en alejandrinos al mismo tiempo que Vaz Ferreira va escribiendo su ensayo sobre la percepción métrica (que recogerá en *Ideas y Observaciones*, 1905) en su mayoría consagrado a las distintas formas del alejandrino, incluyendo ejemplos tomados a *Al lector*; sospecho que el artículo anónimo sobre temas métricos que precede la publicación en "El Día" del poema de Carreras "*El ratón y el remordimiento*" (24/junio/1893) es de la pluma de Carlos Vaz Ferreira puesto que sólo él en aquel momento podía hacer en Montevideo un análisis tan técnico del alejandrino francés y sólo Carreras podía intentar, de consuno con su amigo, la aplicación al español de ese ritmo que practicara Iriarte:

Me creía feliz, pues el remordimiento
no venía a turbar ni aún por un momento
la paz que disfrutaba. Había yo sentido.

Si su primer libro es un amasijo de las influencias escolares, donde Bécquer se codea con Campoamor y Núñez de Arce y donde la tirada romántica emeda a Víctor Hugo y a Musset indistintamente, en él también es perceptible el afán agresivo típico e la búsqueda forzada de la originalidad que algún crítico asimiló a la presencia de Stecchetti o Junqueiro para zaherirlo: "Es de sentirse que un joven empieza su carrera literaria bajo tan malos auspicios. Tiene un concepto equivocado de la originalidad y del realismo en la poesía, y así ha imitado a Stecchetti el romanticismo necrófilo y sensual, de Junqueiro las imprecaciones anti-religiosas y anarquistas, pero ni del uno ni del otro ha tomado la belleza de la forma que da atractivo a sus versos"

En *Al lector* en cambio domina el escepticismo, el subjetivismo frenético y la inestabilidad, dentro de las coordenadas de una estética que todavía Monesivideo no sabe que se llama "modernista". La actitud de Roberto de las Carreras se emparenta mucho con la del Raúl de su novelita: "En Raúl el amor a la literatura era una pasión neurótica, enfermiza. Llena de cansancios y de dudas. Cuando escribía había dentro de él dos personalidades, una de las cuales reía al ver escribir a la otra, y a menudo se preguntaba si no era ridículo, profundamente ridículo, empeñarse en ser grande, cuando bastaba levantarse tan poco para verlo todo pequeño. Por otra parte su vanidad lo empujaba a escribir, hacer algo para poder tener la satisfacción de admirarse, y solamente cuando el trabajo se apoderaba de él como un deleite supremo, se veía libre de aquella angustiosa sensación de duda, de aquella ansiedad de todos los momentos, parecida a una necesidad física de respirar". Estas sensaciones las conoce ya Carlos Reyles; muy pronto las experimentará Horacio Quiroga, en su "Cuento sin razón pero cansado" y Julio

Herrera y Reissig: es la sensibilidad maldita del fin de siglo, la zambullida en el psicologismo, la búsqueda de los estados fugitivos, mórbidos, el desdoblamiento de la personalidad y la enajenación del yo que signan al modernismo.

Pero no son solamente letras lo que descubre Roberto de las Carreras al entrar a la vida. Desde luego encuentra la sensualidad, y lo hace con un constante sentimiento de insatisfacción, porque ella, tan trivial y al alcance de la mano adinerada en una ciudad pequeña, no colma las ambiciones literarias, las ilusiones de algo grande, refinado y original. Quizás la descripción de la vida libertina del Raúl de su novela también pueda traerse aquí como indicio: “Recorría con sus amigos la prostitución más baja, y mientras los otros, unos cuantos cretinos que había elegido para que lo acompañaran en sus orgías, se emborrachaban prosaicamente, él tenía sueños de idealismo que le inspiraba su vino romántico, sobre el lecho de las prostitutas de la calle Santa Teresa. Aquella manera de ahogar la desesperación en el libertinaje era completamente literaria, como todo en él. Pensaba en el Don Juan de Guerra Junqueiro, en Rolla, y en algunos otros a los que quería parecerse ahora”.

Todo esto era poco y aun era nada. Ansiaba una vida elegante, con sensaciones refinadas, tal como se contaba en las revistas ilustradas que venían de París, y se sentía ahogado por la chatura de la pequeña ciudad de comerciantes que era su Montevideo natal. Si en la calle Cerro, entre Buenos Aires y Reconquista, se abría un café concert, allá iba presuroso, máxime porque se llamaba, suntuosamente, el “Odeón”, y disfrutaba de la alegría popular del ambiente, de su espontaneidad, y de una pequeña chispita que le hacía semejarse a Europa. Si se enamoraba ardientemente, lo haría de una “italiana”

que se presentaba a él aureolada de la fascinación del exotismo transatlántico. Si Novelli llegaba con su compañía al Solís corría a admirarlo, escribiendo ditirambos sobre su arte y fastidiándose como un chico cuando el gran actor no lo recibía en el hotel.

Era débil, de escasos músculos. Muy preocupado por su defensa personal, se incorpora a los círculos de armas de la ciudad. Aprenderá esgrima hasta transformarse en un experto, o al menos permitirá que se difunda esa fama por la ciudad. Entonces conoce a Athos di San Malato que tenía casi su edad y había venido en jira al Plata junto con su padre. La misma admiración tumultuosa que tuviera por Vaz Ferreira la experimenta ahora por este italiano "sdegnoso"; escribe sobre él artículos laudatorios, se ensarza en polémicas para defender su estilo contra los tradicionalistas, y cuando él parte le asegura al abrazarlo que pronto se verán en Europa. Su obsesión es entonces partir: ir a encontrarse con su querido amigo "con quien piensa formar una sociedad "a vita e morte", que será como la que formó el Athos de la novela con el caballero D'Artagnan".

Después de muchas idas y vueltas, que él publicita en verso, recibe la parte correspondiente de la herencia de su padre. En posesión de ella, se resuelve:

Inesperado, como cosa mía,
en un segundo resolví mi viaje.
Me iba, sencillamente, al otro día.
Un diario dijo así: "Compró el pasaje
a las tres. Tuvo pronto el equipaje
a las cinco. A las seis se despedía".

* * *

Sus años europeos los contó en cartas chispeantes para los amigos y en crónicas de viaje para el

público que remitía a "El Día". Confesó aburrirse, un poco a la manera de Quiroga en París, pero dejó que se difundieran indiscreciones eróticas que perfeccionaban su fama donjuanesca: amores con la Bella Otero; con una "cocotte" que le había birlado a Alfonso XII; el ingreso, disfrazado, en un serrallo argelino, etc. A través de sus crónicas se nos muestra envuelto en "spleen" como un héroe beaudelairiano, más curioso de seres humanos y de pequeñas aventuras cotidianas que de monumentos u obras de arte. En todo caso, tres años después, al desembarcar en Montevideo con un espléndido equipaje, venía transformado en el perfecto "dandy" y ya había compuesto enteramente el personaje que en adelante representaría ante los ojos atónitos de los montevideanos. En ese lapso había muerto su madre, su riqueza y seguridad económicas parecían aseguradas, su aprendizaje del refinamiento europeo estaba hecho. Ahora le correspondía dominar a los uruguayos.

Vestía paletó impecable, chalecos de fantasía totalmente desconocidos como uno que hizo famoso, con dos dragones bordados en oro sobre seda celeste, sombrero flexible que impuso, altos cuellos duros que le imprimían un gesto desdeñoso, corbatas de exquisita factura que se hacía fabricar muy largas para arrollarlas varias veces al cuello y luego cruzarlas en una moña esponjosa, polainas relucientes, un bastón cimbreante que muy pronto se supo era un disimulado estoque. Puso residencia en el Hotel des Pyramides que, venido a menos, sigue existiendo en la esquina de las calles Sarandí e Ituzaingó, alhajó sus habitaciones con muebles "made in France", ordenó su biblioteca de raros textos poéticos y eróticos, y minuciosamente se dedicó a aterrar a sus compatriotas.

Hacia una vida que entonces se adjetivaba como "sibarítica" y que en una ciudad tan reducida como Montevideo —sumándole pueblos alejados como el Cerro y el Paso Molino apenas alcanzaba los doscientos mil habitantes— muy pronto adquiriría sabor doméstico. Se levantaba tarde, pero no tanto como para no encontrarse con las jovencitas que salían de la Matriz luego de la misa, provocando su rubor y la indignación de las matronas que las custodiaban: tenía establecida tertulia en el café Moka (Sarandí y Bartolomé Mitre) donde ocupaba una mesa junto a la ventana rodeado de sus "secretarios" y admiradores y donde dictaba sus obras, pues decía no consentir al bajo menester de escribir, salvo la correspondencia muy privada; concurría a la Confitería del Telégrafo, a la librería Barreiro y Ramos que estaba enfrente, a los hoteles de la "high life" (Oriental, Pyramides, Lanata, y nada más), a los clubes aristocráticos como el Uruguay; paseaba por Sarandí y a veces por 18 de Julio pero ni un paso más allá de la plaza Cagancha donde concluía, según afirmaba, la precaria civilización nativa; hacía tertulia en "El Día" más que por amistad con Batlle y Ordóñez, por su fraterno cariño a Arturo Santa Anna y era en ese diario "izquierdista", para cuyo sostenimiento proporcionó fondos, que se publicaban con pasmosa condescendencia sus "locuras" literarias; de noche no faltaba al Solís donde la ópera italiana ganaba continuas batallas, y hasta paseaba por la plaza Independencia donde acababa de inaugurarse la iluminación a gas que había provocado este gritito de un periodista de "El Siglo": "igualito a un claro de luna"; también puede ser que frecuentara la calle Santa Teresa que ya entonces era rica en legítima carne francesa, pero todo esto era lo menor y cotidiano: lo importante era la seducción de mujeres casadas, central ocupación a que consagró sus bien

rentados ocios, haciéndose el portaestandarte del "amor libre" según una confusa teoría de los libertarios del siglo XIX que este dandy del 900 utilizó para conferir seriedad a su apetencia de escándalo.

En 1900 se publica el primer testimonio de su fracaso amoroso —eso serán uno tras otro los folletos que editará en adelante— ofreciendo el invariable módulo de su creación literaria y también la perfección de su prosa modernista. El librito no cuenta otra cosa que su frustrado intento de seducir a una mujer casada a quien esconde bajo el aristocrático nombre de Lisette d'Armanville, a quien dirige páginas de barroco erotismo como una ofrenda inusual que, según él, hubiera hecho que cualquier otra mujer que no fuera uruguaya se arrojara en sus brazos, y de la cual en cambio sólo recibe este billetito mal escrito: "Si se atreve Ud. a escribirme una sola letra más y a fastidiarme con sus asquerosas y estúpidas insinuaciones, se lo diré a mi marido para que le dé a Ud. el castigo que se merece". Tal vulgaridad bien se merecía la venganza literaria que fue la obra.

El libro resonó como un pistoletazo en la siesta montevideana y con él quedó completada la personalidad maldita de Roberto de las Carreras. Se trataba de un ultraje a una mujer casada cuya realidad el autor no necesitaba pregonar porque era de todos conocida; se trataba además de un ultraje a las mujeres uruguayas, estudiadas fríamente como ejemplares de una fallida raza erótica: "Las mujeres de Montevideo, apenas casadas, se hinchan, revientan las líneas, descomponen las formas de su cuerpo. Y parecen tan complacidas, su mirada es tan dulce que no se puede menos que suponerlas echadas de una lujuria succulenta, repletas de un gozar glotón que las engorda"; se trataba además de un descocado intento para propiciar un erotismo directo, sensual,

sin apelaciones líricas ni deliquios sentimentales. La descripción de las mujeres en el paseo, definiendo su carácter por las formas de sus caderas, es un modelo de la literatura de "voyeur"; y es probable que la descripción física de la Lisette d'Armanville y de las ensoñaciones eróticas del autor hayan provocado la excitación de muchos lectores, no acostumbrados a esta lujuria verbal que venía siendo cultivada desde los naturalistas franceses.

El escándalo le valió un admirador de primera línea: Julio Herrera y Reissig. En "*La Revista*" analizó mejor que nadie el texto, comenzando por una exaltación del autor: "Roberto de las Carreras es un sibarita que sienta mal en el rebaño burgués de nuestros literatos". Julio admira en primer término los primores de la edición ("el libro es garboso y aristocrático como un guante"), inicial ejemplo de lo que serán las impecables publicaciones de de las Carreras armonizando contenido y continente hasta lograr una unidad de decadente refinación; en segundo término admira su "elegancia y sensualidad": "Estos dos atributos, que forman la conjunción sublime de los atractivos de Sapho, componen el tejido mórbido, blanco, consistente y elástico de tan hermoso libro; es Citeres bañada en champagne; es una bacante de Pompeya mirándose en el espejo de una cisterna. Hay algo de cínica ingenuidad y de orgullosa franqueza en esas páginas zahumadas con mirra de harenes y escritas con sangre de cinamoros". Entrando también él en la liza, razona la indignación que ha provocado en el medio burgués y contribuye al escándalo: "Roberto de las Carreras ha ornado su libro para que millares de verdugos lo arrojen al fuego, como antiguamente en la India se enfloraban las mujeres destinadas al sacrificio. Y a fe que no merece honra más luminosa. La indignación de los cónyuges brama como *la impotencia*

de los eunucos". "¡Amigos de hipocresía, acompañadme en el acto de celebrar el sacrificio de un libro el más inmundo y el más hermoso que se puede ofrecer a Satanás!".

No se necesitaba más para que Roberto de las Carreras concurreniera a la casa de la futura Torre, el altillo de la calle Ituzaingó donde Julio Herrera y Reissig aposentaría su cenáculo, y le consagrara la fraternidad amistosa que antaño dispensara a Vaz Ferreira, a Athos di San Malato, a Arturo Santa Anna aunque ahora desde la altura de su magisterio. La alianza de los dandys quedaba establecida y comenzaba ahora la lucha contra la mediocridad montevideana en nombre del "amor libre", lucha que tendría apenas cinco años de vida. De las Carreras le presta a Julio el ejemplar de Samain que más tarde, cuando la pelea entre ambos por la propiedad de una comparación ("el relámpago luz perla que decora su sonrisa") le autorizará las frases cáusticas sobre "Samain prisionero en el armario" (junto a las otras sobre "los diez años de servicio de sala" por el prolongado noviazgo con Julieta) y además encara con él la realización de algunos de los libros escandalosos que diariamente dictaba a sus secretarios en el Moka, interrumpiéndose de pronto para tararear una melodía vaga que explicaba: "invoco la palabra", "silencio, busco el vocablo". Entre esos libros estaba la *Antología de la aldea*, crítica de escritores, *El sátiro*, que al parecer narraba con fruición la vida privada de muchos uruguayos, dícese que incluso la de Batlle y Ordóñez, y *Fuego sobre el Ateneo*, ambicioso volumen referido al "amor libre" y del que llegó a adelantar un escrito ocasional, *Don Amaro y el divorcio*, publicado con motivo del escándalo que de las Carreras y otros anarquistas promovieron en el santuario ateneísta, echando de la tribuna al Dr. Amaro Carve que dictaba una con-

ferencia contra el proyecto de ley de divorcio y reemplazándola con un alegato por el "amor libre".

Simultáneamente Julio Herrera y Reissig, incitado por su nuevo aliado, acometería la redacción de un tratado de psicología social sobre los uruguayos donde recogería toda suerte de historias privadas y razonaría la hipocresía, la inmoralidad, las secretas miserias de sus compatriotas. Sus textos, nunca publicados, respiran admiración por Roberto de las Carreras, y en particular por su libro: "Se debe saber que algunas uruguayas no se disgustaron de "El Sueño de Oriente". Mientras los hombres se enfurecían, ellas, en secreto, enviaban por el libro a un mensajero de confianza. Casi no faltó una que no leyese el divino sueño a horas en que el esposo no las veía. ¡Ojo maridos! Varios señores aconsejaron a una casada que no leyera tal obra por ser un libro monstruoso. Ella no hizo caso y por el contrario se nos afirma que lo halló del todo bien. ¡Un aplauso a la señora! ¡Mis felicitaciones a Roberto!"

* * *

Los proyectos de ambos se conocieron de inmediato. Oscar Tiberio desde Buenos Aires los mandaba felicitar por la empresa; Carlos Reyles desde Montevideo les advertía que si se metían con él les pegaría un tiro. La inquietud cundía a la vista de las agresiones que el grupito cumplía y en las cuales Roberto de las Carreras era jefe de avanzada. Las polémicas en los diarios, los desafíos a duelo —con la amenaza pendiente de su habilidad de esgrimista— las rencillas, las provocaciones sensuales comenzaban a ser persistentes. Se propagó la alarma y desde luego se acentuó la resistencia por parte de otros sectores intelectuales, pero todo eso se convertía en agua del mismo molino y acrecentaba la publicidad del grupo de adalides del "amor libre".

En "El Tiempo", Alvaro Armando Vasseur escribió una silueta muy agresiva de Roberto de las Carreras. Sin citarlo lo definió así: "Tipo de intelectualoide, pervertido por algunas malas lecturas indigeridas, que suele eructar, algunas veces en folletos que ni siquiera llegan a la mediocridad. Tipo afinado por el ensueño, viciado por el ocio, corroído por la vanidad, todo rubio de egolatría y siempre mecido por prolíficos sueños de autograndezas". Si la espada de Roberto de las Carreras era temible, no lo era menos su lengua y su pluma, cuando asumía la actitud de polemista. La impunidad con que manejaba el insulto, la violencia con que irrumpía en vidas privadas y acumulaba, si no verdades, al menos impudicias, harían de él uno de los más virulentos y temibles polemistas orientales. No era necesaria la ayuda de Julio Herrera y Reissig, en el enfrentamiento con Vasseur, para que redactara una de las más virulentas y literariamente más perfectas formas de la infamación que conozcan nuestras letras: "Armandito Vasseur a quienes todos conocen en Buenos Aires por los deliciosos epítetos de *Ovejita*, *Cachila*, *Ovejita loca* (Florencio Sánchez), *Sulamita*, y a quien todos se permiten en aquella ciudad palmearle mimosamente las caderas y darle besitos en las mejillas; Armandito Vasseur, una síntesis de tilinguería, un tonto célebre, un arquetipo de la estulticia, un ingenuo, un pobrecito hablador, un bebé literario, un *biscuit*, un paraninfo, un alienado inferior, "un vate", un guaranguito de extramuros, un palurdo, autor de estafas, un mandria, un ex-despachante de un almacén de bebidas de la calle Agraciada, que ha pretendido echarla de bastardo adulterino fingiéndose hijo del vizconde de Lautreamont, y acusando a su madre de un delito que se halla fuera de la jurisdicción de las villanas; un titiritero de la gacetilla, arrojado de "El Tiempo" por inepto,

echado a patadas de "El Mercurio de América", de quien se ríen en Buenos Aires las mujeres, en su propia cara, aludiendo picarescamente a su falta de sexo; un pordiosero del amor, desairado una y mil veces por una señorita de Montevideo a quien ha dedicado versos revulsivos: ejemplo, los desechados en el concurso que hubo de ser, y que acusan en su autor un microcéfalo indigno; andrajo fisiológico, lisiado por bajos erotismos, molusco plebeyo, siete-mesino ridículo, producto miserable de la inercia matrimonial, en cuya fisonomía *hebeté* está incripto el bostezo trivial con que fue engendrado; abrumado por una herencia patológica de tarambanismo, en el último grado de la tuberculosis intelectual, modelo de raquitismo, príncipe de los granujas, estólido palafrenero, efebo inmigrante, que ha llegado a Buenos Aires corrido por el manoseo de ironía que le prodigaron hasta saciarse, hasta hacerlo llorar, Rubén Darío, el titeador de Rodó; Lugones, Fray Mocho, Ezcurra, Jaime Freyre, Oliver, Ugarte, Estrada, Geraldo, Ingenieros, Arreguine, Naón, Ortiz, Noé, Berisso, Goycochea Menéndez, Payró, Tiberio, Riu, Sumay, etc. —acribillado de risa en el Rosario y en la Plata, pateado, golpeado, insultado, ultrajado hasta por los tipógrafos de las imprentas de Buenos Aires; secretario *cafften* de Payró, camarero de Rubén Darío, cuyo ridículo en Buenos Aires corre de mano en mano y es tan familiar como cualquier monumento público; —Armandito Vasseur ha tenido la inconsciente osadía de provocarme".

Es comprensible que este régimen de insultos provocara el azoro cuando no la indignación de las gentes sensatas de la ciudad. Abundaron las quejas y al sucederse los incidentes —por ejemplo el de Cheroni— no faltó quien reclamara un psiquiatra que internara en el manicomio a Roberto de las Carreras. Este tenía a su favor la muy viciosa incli-

nación de sus compatriotas por la chismografía y la elegancia de sus gestos que provocaban la diversión de los más, entre ellos quien llegaría a ser presidente de la República: José Batlle y Ordóñez.

A las polémicas, los desafíos, las frases cáusticas que corrían de boca en boca cuando no aparecían escritas en los retretes de los cafés de moda, se sumaron los incidentes personales. Algunos simplemente subrayaban los escándalos de la "belle époque" ya que la sociedad montevideana estaba mucho más cargada de adulterios, homicidios y variados lances de honor, de lo que ella misma estaba dispuesta a reconocer. Los que se batían e injuriaban no eran sólo los poetas, sino mucho más frecuentemente los políticos, o los prohombres del foro y de los ambientes mundanos. En estos incidentes Roberto de las Carreras encontraba siempre un pretexto adecuado para participar. Así ocurrió en uno de los más sonados escándalos de la época que protagonizaron las principales figuras del país. Me refiero al doble asesinato del Hotel del Prado donde murieron Celia Rodríguez Larreta y su marido, Latorre. Celia, en el decir de la época, había sucumbido a los encantos de un joven abogadito algo donjuanesco, llamado Luis Alberto de Herrera, lo que había provocado el distanciamiento de los esposos. Por mediación de Teófilo Díaz, el muy gourmet, muy gentleman Tax, que fuera embajador, ministro de la Suprema Corte de Justicia, y siempre *causeur* chispeante y articulista mundano, se logró la reconciliación conyugal. Los esposos fueron a pasar la noche de la reconciliación al Hotel del Prado y allí Latorre asesinó a su mujer. No bien enterado, en las primeras horas de la mañana, Teófilo Díaz corre al lugar del hecho y, abalanzándose sobre Latorre lo balea. Eso le valió a Tax la reclusión perpetua en una quinta de las afueras de la ciudad, aduciéndose insania

y en verdad tratando de ahorrar a una de las personalidades del país la cárcel a que obviamente debía ser condenado. De este hecho saldrá aquel famoso editorial de Batlle cuando Luis Alberto de Herrera lo acusó de tener miedo con motivo de las honras fúnebres a los mártires nacionales, imputación a la cual contestó el entonces presidente de la República con un suelto titulado “¿Quién dijo miedo” y donde se encuentra la alusión a la muerte de Celia Rodríguez Larreta en el Hotel del Prado años antes: “¡Oh tú, bellísima e irreflexiva niña, que no tuviste a tu lado un varón fuerte en los días de peligro, como lo habías tenido débil en los de la falta, ázate de tu olvidado lecho de piedra y dinos quién dijo miedo!”.

En 1904 el suceso conmueve a la ciudad y los anarquistas lo utilizan para encarecer sus tesis sobre el “amor libre”. Un periodista de la época, Francisco Caracciolo Aratta comienza el elogio del Tax justiciero, con esta frase: “Una víctima más ha caído ultimada por la brutalidad del macho antropoide” y ni corto ni perezoso aprovecha para poner un aviso a favor de la ley del divorcio: “Hay que desligar el crimen de las cosas del amor. La sanción de la ley del divorcio absoluto se impone, si no queremos ver que las libertadas hermosas caigan bajo el plomo feroz del primer tipo lombrosiano que se les presenta con el contrato matrimonial en una mano, escondiendo el revólver homicida en la otra, crispada de nerviosismos criminales”. En la noche del velatorio, en casa de los padres de Celia donde había sido erigida la capilla fúnebre dentro del estilo propio de su tiempo que consistía en revestir las paredes de colgaduras negras y cubrirlas de flores naturales, se abre paso entre la concurrencia Roberto de las Carreras, custodiado por dos de sus habituales secretarios. Llegado frente al féretro comienza una

declamación rítmica: “¡Yo te arrojo todas mis rosas helénicas, oh amante arrebatada a la gloria del Beso! No se concibe que una mano sacrilega haya podido herirte. El ara de los dioses ha sido profanada y el Olimpo está triste”. Se trata de la *Oración pagana*, cuyas hojas va dejando caer sobre el féretro, a modo de homenaje póstumo, para luego retirarse solemnemente seguido de sus acólitos.

Pero esto ocurrió en 1904 y estábamos hablando de 1901, de la agresividad de entonces. Sus muchos enemigos brincaron de entusiasmo el día de octubre de ese año en que leyeron el edicto que anunciaba la boda de Roberto de las Carreras con la Srta. Berta Bandinelli. El “amante de nacimiento, hidrofobia de los maridos, duende de los hogares, enclaustrador de las cónyuges, sonámbulo de Lisette”, se disponía a casarse como “cualquier pobre uruguayo que va a cumplir ceremoniosamente su misión prolija en las cabañas de la sociedad”. El mismo día de la boda, Roberto de las Carreras publica uno de sus textos magistrales en el diario anarquista *Trabajo*, bajo la forma de carta a Julio Herrera y Hobbes (ex-Reisig) explicando los motivos de su actitud. Allí cuenta los amores ilegales que desde hacía cuatro años mantenía con una medio pariente suya, Berta Bandinelli, y la necesidad de casarse para evitar que su amante, que era menor, fuera internada en el Buen Pastor y, de paso, se perdiera la fortuna a que tenía derecho. Concluye pidiendo la absolución de Julio, “Lucifer de Lujuria, hermano mío por Byron, Parca fiera del país” y fechando su carta en la “Toldería de Montevideo”. Con una jugada casi genial se había adelantado al rumor hilarante de la ciudad y asumiendo públicamente la situación, explicando sus motivaciones internas, volvía a ultrajar la moral ambiente y de algún modo, sobre el filo del ridículo, ganaba la batalla. Estas batallas, en verdad, cada

vez le costaban más. Le esperaba otra, la más difícil de todas, que sería la coronación de su aventura.

Menos de un año más tarde, al regresar repentinamente de Buenos Aires llamado por un presentimiento, de las Carreras, como un Napoleón cualquiera dice haber encontrado a la esclava de su lujuria en el lecho con otro hombre, que, para mayor absurdo, tenía su mismo nombre: Roberto. Vuelve a funcionar su particular sistema de asumir desembozadamente la situación, pasando violentamente al ataque de la sociedad, sistema al que le debemos un libro sin par en la literatura uruguaya: *Amor libre, interviews voluptuosos con Roberto de las Carreras*. A esta altura conviene aclarar que nadie sabrá nunca lo que realmente ocurrió ni importa, dado que Roberto de las Carreras sustituyó toda posible interpretación fiel de los sucesos con un hilarante relato que hizo aceptar a la ciudad. Comienza por insertar varios avisos en los diarios revolucionarios dando cuenta de lo ocurrido en su propia cama, y anuncia como de inmediata aparición un folleto especialmente dedicado al asunto. Trabajando contra reloj, jaleado por el entusiasmo de los diarios anarquistas que ven en este hecho el ansiado desmoronamiento social, consigue que el 25 de agosto se distribuya en Montevideo, durante las festividades patrióticas y se lea hasta de noche en el teatro durante la función de gala del Solís, la edición extraordinaria de "*La Rebelión*" que inserta el primero de sus "interviews voluptuosos".

Es un texto escrito apresuradamente, plagado de incorrecciones, no sólo de erratas, y mostrando la insuficiencia de la escritura corriente de Roberto. Ya Julio Herrera y Reissig había observado, respecto a *Sueño de Oriente*, la presencia excesivamente notoria y tenaz de la elaboración estilística: "el escrupuloso pulimento y exagerada presunción de

los períodos que dicen, a voz de cuello, que han sido trabajosamente humillados por la lima y el cincel". Esta elaboración, este constante manoseo de las formas, concluirá dando un estilo impostado, hueco y retórico hasta lo insufrible. Es el resultado de un criterio armónico que busca "el período redondo, musical, lleno, marmóreo, estatuario" y que se alcanza por una infatigable corrección. Cuando escribe de modo apresurado su estilo está más cerca del habla común y sobre todo de los errores de sintaxis periodística. Incluso hay diferencias sensibles entre el primer interview publicado en "La rebelión" y su segunda versión bajo la forma de libro. En el primero hay desbordes que luego fueron atemperados. El autor no vacila en afirmar que "los cornudos abundan mucho en Montevideo; los hay hasta en los Directorios de los partidos", o, aludiendo a su homónimo, explica que al pegarle, "el paraninfo, muy conocido por su condescendencia de invertido sexual entre los muchachos alegres, se escurrió aterrorizado entre las sábanas".

Nada deja de ser contado en este *interview*; su llegada repentina, su hallazgo de la mujer "in fraganti", su incapacidad para reprimir al "cavernario", y las opiniones de la "musa del amor libre" sobre las capacidades amoratorias respectivas del amante y del marido: "Según ella ha confesado con admirable desenvoltura a uno de mis amigos que la interrogó audazmente, su nuevo amante: "es regular, no es gran cosa". En cuanto a mí, recuerdo que después de los transportes, de vuelta de su carrera anhelante por los Campos Elíseos de la sensación, la Voluptuosa me felicitaba en cinco idiomas distintos: ¡Muy bien! ¡Très bien! ¡Molto bene! ¡Very well! "Schr zut!"

Los tres "interviews" que forman el libro desarrollan el proceso de la reconciliación, con una des-

cripción bastante detallada de sus momentos culminantes, la transcripción de las cartas de la "musa del amor libre" y de sus opiniones sobre la relación sexual, las gestiones que Francisco Caracciolo Aratta y Domingo Arena cumplieron como intermediarios entre los cónyuges, algunas informaciones suplementarias sobre las costumbres eróticas en 1902, una emocionante defensa de la libertad de la mujer y una capacidad única para decir en serio las frases más desopilantes de la literatura nacional. La extraña mixtura de lo verdadero y lo falso, de lo generoso y lo ridículo, es propia de toda la época y no sólo de este texto. Hay referencias a la situación de la mujer en la sociedad de entonces cuya justicia y justeza son innegables; corresponden al gran movimiento de liberación feminista que el Uruguay traducirá en algunos textos teóricos claves (*Sobre feminismo* de Carlos Vaz Ferreira) y en un nutrido conjunto de leyes reparadoras. Conjuntamente hay vanidades pueriles, escenas de alcoba contadas con una ingenuidad que convoca la más espontánea carcajada, un invencible aire provinciano para contar escenas tomadas de la literatura erótica europea.

Nuestra reacción ante el texto es hija de nuestro tiempo. En la época, José Ingenieros le dirige a Roberto de las Carreras una carta extática, cargada de la pedrería modernista: "Suene mi aplauso en tu loor Roberto, paramento exquisito en las salvajes landas de la intelectualidad americana; han brotado en ellas sensitivas como Nájera y Darío; almas de artistas; robles como Andrade y Lugones, poetas vigorosos; bosques no hachados como Sarmiento, el exclusivo genio del continente; pero recién en ti han visto germinar la primera extraña orquídea capricho de Intelectualidad, voluta de Sentimiento, orquídea ajena a nuestra flora y a nuestro tiempo, que sorprende a todos los horticultores del jardín de los

espíritus, ya en la sorpresa del odio, ya de la fascinación, puesto que la misma copa con que ofrenda la Estética que en ti palpita está llena de ritmos voluptuosidades para los exquisitos y venenosos acbares para los impotentes”.

Este es el período de mayor acercamiento entre Roberto de las Carreras y los anarquistas, un poco propiciado por la gran confusión primisecular. Los diarios anarquistas lo elogian y reprueban las protestas de los viejos militantes que comienzan a razonar que estas locuras sexuales nada tienen que ver con los principios ácratas sobre la constitución de la familia; los dirigentes lo invitan a hablar en las manifestaciones. Así, en la celebración de Emilio Zola del año 1902, es Roberto de las Carreras quien encabeza la manifestación anárquica y quien pronuncia estas palabras: “la Asociación de la prensa rufianesca, venal y solapadamente burguesa, rastrera defensora del capital, cobarde enemiga del obrero, que constituye una liga sórdida y pusilánime para acallar la voz de todas las protestas, la Asociación de la Prensa conservadora y política, de la Prensa indígena, se ha permitido convocar al pueblo, para rendir tributo a esa gloria de la sinceridad, al defensor de Alfredo Dreyfus. Los anarquistas no podemos rendir homenaje a Zola al lado de los enemigos de Zola ¡Deslindemos nuestro grupo! Alcemos con la palabra la bandera roja. ¡Viva Zola anarquista! ¡Viva el explosivo Zola!” Si Oscar Wilde pudo escribir *El alma del hombre bajo el socialismo*, no resulta tan rara esta explosión ácrata en un dandy de una de las grandes familias uruguayas.

Pero Roberto de las Carreras se había excedido incluso en la opinión de sus protectores. El personaje

en que se había enajenado empezaba a resultar fantochesco, y ya no gracioso, pero de él no podía volver atrás. Simultáneamente sus fondos comienzan a escasear. Es entonces que inicia su campaña para obtener un cargo diplomático, pensando beneficiarse del equipo de amigos suyos que son colaboradores muy próximos de José Batlle y Ordóñez. Es cierto que ha perdido su gran apoyo, su fraternal amigo Arturo Santa Anna, pero cuenta con la estima de otros, como Domingo Arena, y con la indulgencia de Batlle. Cuando éste asciende a la presidencia en las circunstancias complejas y de sobra conocidas que permitieron su nominación, y cuando su manera de aplicar los términos del Pacto de la Cruz provocan la movilización nacionalista acaudillada por Aparicio Saravia en marzo de 1903, Roberto de las Carreras sale al cruce de la conmoción nacional que ve avecinarse la guerra civil otra vez para dar su opinión sobre los sucesos políticos y propagandear su candidatura a la Legación uruguaya en París.

El éxito publicitario que había alcanzado con el "interview" galante de 1902 le sirve de modelo; pretende reproducirlo y, como ya está algo alejado de los anarquistas, recurre a una hoja suelta estentóreamente titulada *Interview Político con Roberto de las Carreras* y subtitulada: "Opinión del hombre de faldas sobre los sucesos de Estado". Aparte de contar allí, algo abultadas, sus tradiciones familiares, limpiando sus cuarteles de nobleza, ofrece algunas opiniones sobre los conflictos políticos nacionales que difícilmente merecerían la atención de los destinatarios y da a conocer públicamente la carta que remitiera a Batlle y Ordóñez, al ser nombrado presidente, para reclamarle un cargo diplomático. La hoja suelta debió aparecer en los últimos días de marzo de 1903 y no parece que a pesar de su afirmación de que él era "la sonrisa de ese hombre ilustre, la

gracia de su gobierno" Batlle y Ordóñez se haya sentido complacido por las alusiones a sus aventuras en París y por el modo confianzudo de esta publicitada amistad con quien ya era presidente de los orientales. "Como amigo —le dice— está Ud. obligado a trocar mi reciente Waterloo galante (sólo los Napoleones tienen Waterloo) en un resplandeciente Wagram que esta vez será definitivo. El puesto de secretario me permitirá pasar triunfalmente de Montevideo al lecho de la Cavalieri, que es la hurí parisiense designada para mi rehabilitación de amante".

Conquistar los favores de la Cavalieri y obtener un cargo diplomático pasan a ser sus preocupaciones dominantes. Para ese entonces sus amistades se reclutaban entre extranjeros y sibaritas: Luis Guimaraes, que fuera secretario de la Embajada del Brasil, autor de poemas preciosistas presentados en ediciones de lujo, y a quien se le atribuían exquisiteces en la galantería amorosa; o Arturo Pozzili, director de "*L'Italia al Plata*" a quien Roberto de las Carreras presentaba, intencionadamente, como "laureato a l'Accademia de Sensualitá de Bologna" debido a que a Pozzili se le proclamaba introductor al país de algunas caricias audaces, las cuales, según las mentas del grupo, muy pronto habrían hecho furor entre nuestras elegantes, asimiladas a las diversas formas del "mel et lac sub lingua tua". Este ambiente libertino y extranjero contribuía a agudizar su estilo teatral para sostener su fama de dandy, pero a la vez dañaba sus posibilidades de obtener una representación diplomática.

Batlle se resiste a nombrarlo y Roberto de las Carreras le escribe cartas apremiantes. En una de ellas, de 1903, lo amenaza: "Usando de su graciosa invitación a que consultara a algunas personas sobre el fundamento de su negativa a ser Ud. mi bienhe-

chor diplomático, fundada en razones de conveniencia internacional que provienen de mi proclamación de Anarquía amorosa (Amor Libre) he interrogado a diversos intelectuales. Estos tuvieron una sonrisa crispada, como enrojeciendo ante una afrenta personal. Por mi parte considero esa negativa como una prueba de hostilidad diplomática...

"Le envió mi declaración de guerra. Mi propósito es indisponerlo con el Comercio, con la Moral, con el Partido Blanco, con la Iglesia y hasta con la Constitución del Estado. Me adelantaré a Julio Herrera, lo que será un gesto! Yo pierdo a la Cavalieri pero lo arrastraré a la caída. En un raptó de buen humor irónico estudiaré el prisma de su personalidad, desgarrándolo con sibarítica saña... Los blancos tienen acefalía intelectual por defeción de Acevedo. Mi descendencia en línea recta de Oribe, mi sangre real nacionalista, me acreditan a ocupar ese trono vacante de la oposición... Caravia reforzado por mí será irresistible. Yo seré, en el campo revolucionario, un explosivo nuevo, el explosivo Roberto... Me parece inútil recordarle en lo que se refiere a mis ataques contra Ud. lo mal intencionado de mi burla, el frío de mi epíteto, lo certero de mi observación". Luego de varias consideraciones sobre la ingratitud shakesperiana de Batlle agrega como post-data: "Mi ultimátum espera tres días. Mi folleto subversivo contra Ud. será traducido al italiano, al francés, al inglés y enviado al cuerpo diplomático, al Papa, a los capitalistas extranjeros y profusamente repartido en el interior de la República. Será la filoxera de un Gobierno".

Viendo perdida a la Cavalieri real decide conquistarla verbalmente. Escribe un poema de exaltación de su belleza que concluye con una invitación erótica. Es el texto más famoso de Roberto de las Carreras y una de las más bellas ediciones naciona-

les. Comentando poco antes un volumen decadente del "Brummel de la Embajada brasileña", Luis Guimaraes, el libro *Piedras preciosas* (comentario que apareció en el volumen *Parisianas*, 1904) de las Carreras había hecho el encendido elogio de la presentación suntuosa del volumen: "Estremecen con una fruición sibarítica de sensualismo plástico esos engarces de la idea en estuches afiligranados de papel de hilo, de Holanda, en papel de aguas, en que se dibujan como penumbras de maravillosos estanques, ornados de ibis: visiones traslúcidas de fantasías de Kioto..." Ahora resuelve hacer él una edición primorosa: grandes hojas de cartulina roja, iniciales dibujadas expresamente e impresas en dorado, textos en letras originales, una selección de fotos de la famosa Lina Cavalieri, lujosas tapas cerradas con cintas de terciopelo, sirven de envoltura a un poema en prosa donde la belleza de la actriz es cantada en ese estilo que mezcla Pierre Louys con Vargas Vila. Su momento culminante es el final "Reto a Venus Cavalieri": "Púgil del sensualismo, te desafío a la lid amorosa!" Lo anacrónico que ya resultaba su estilo y la pose discursiva, exaltatoria del autor, se define por un juicio lapidario de Horacio Quiroga en una carta privada: "Le he ojeado y resulta absolutamente estúpido"

En la misma medida en que se agudizaba su imaginativo complejo erótico, su estilo devenía ampuloso, recargado por las baratijas modernistas, hamacado por una modulación melódica reiterativa tan vulgar como la que mece el período rodoniano. Había perdido contacto con la realidad, divagaba en un mundo convencional de grandes metáforas triviales, arrojado a una gesticulación erótica que le impedía ver lúcidamente la vida. Esto explica fácil-

mente el suceso sangriento de setiembre de 1906 mediante el cual alcanzó el pináculo de su fama montevideana.

Frente a las ventanas del café Moka los contertulios de Roberto veían pasar una joven encantadora, vestida con un trajecito azul de corte griego. Le bastó con verla para enamorarse de aquella “onda azul”, convencido de que ese pasar frente a la ventana del café le estaba sutilmente dirigido. Nace así un largo y tedioso poema en prosa, *En onda azul*. . . que edita en 1905 Barreiro y Ramos —hermosa cartulina marfil impresa con letras en tinta azul y tapa del mismo color— que va componiendo al dictado, recitándolo a sus secretarios que en esa época lo eran Zayde Fontans y Teodoro Barboza, participando también de su círculo un jovencito que se haría muy famoso años después: Alberto Zum Felde. También nace el intento de conquista amorosa en un delicado estilo de antaño. Una noche, junto con uno de sus secretarios, se encarama por los andamios del Hotel Colón, y llena el balcón de la “onda azul” con una canasta de rosas entre las cuales abandona la copia caligrafiada de sus poemas de amor. Quizás algunas jóvenes hubieran suspirado ante tal delicadeza, pero en el Montevideo del 900 y sobre todo para la familia de la joven, era el primer paso hacia un escándalo que acarrearía el descrédito social.

Cuando al día siguiente de las Carreras cruzaba Sarandí hacia el café, el hermano de la joven lo interceptó para increparlo. Ante un gesto de Roberto creyó que iba a sacar su estoque y extrayendo un revólver le descerrajó dos tiros sobre el pecho. No sé si Roberto dijo, al caer ensangrentado en la calle, y tal como cuenta la leyenda, “Esta noche cenaré con los dioses” pero merecía haber pronunciado la frase que hacía pendant a la de su discípulo Fontans “que clamaba fuera yo devuelto de los dinteles de lo igno-

to". Como merecía haber contestado al interrogatorio policial, en la farmacia a que lo llevaron, tal como cuenta la tradición oral: ¿Nombre? Soy demasiado conocido para responder. ¿Edad? Los artistas y las mujeres no tenemos edad. ¿Nacionalidad? Universal. ¿Profesión? Ironista. El ingenio de que dio muestras después, la mordacidad de sus réplicas, abonan la verosimilitud de la leyenda. Todo en él concluía en literatura. Las dos balas que se le alojaron en los pulmones, dan nacimiento a un folleto, *Diadema fúnebre*, impreso en letras doradas y con una mancha de sangre en la tapa, y a partir de entonces paseaba Montevideo con el chaleco agujereado por los balazos: "Mis condecoraciones" decía.

Para esta fecha está prácticamente en la indignancia. Ya no vivía en el Hotel des Pyramides sino en casa de sus tías. Comía en un pequeño restaurante de la plaza Independencia y en la nada aristocrática "Fonda del Vasco" de la calle Bacacay; su elegancia sobrevivía a duras penas, los zapatos estaban envejecidos y el rancho de paja agujereado. Recibía algún dinero de "El Día" como retribución de sus anteriores contribuciones económicas. Era forzoso conseguirle un empleo. Se había intentado enviarlo como cónsul a la Plata, pero el gobierno argentino se opuso. Entonces se le nombró cónsul de distrito en Paranaguá, hacia donde parte en 1907. Había concluido su ciclo brillante y comenzaba su purgatorio. Sus folletos ya no serán los mismos. El lujurioso torrente palabrero no desaparece, pero ya no recubre con sus joyas, al gusto antiguo, las bellezas femeninas, sino que comienza a traducir una espiritualidad que le había sido ajena. Quizás influencia de sus más jóvenes discípulos, en particular Zum Felde que le daba a conocer textos como el *Ahasverus* de Edgard Quinet. En todo caso *La visión del Arcángel* (1908) es la línea fronteriza que marca

la entrada al purgatorio: tapas doradas con letras rojas, hojas blancas con letras rojas; parecería el mismo producto lujoso y hedonista de siempre. Pero empieza así: "Vacilante, en los campos de la ebria Razón metafísica, en cada espina del Recuerdo, acerbamente el Peregrino ensueña el ¡ay! de la huella..."

En 1909, en Curityba, en una edición más amplia y más lujosa que todas las anteriores, pero plagada de erratas, aparece *La Venus Celeste*, un amasijo algo delirante de fórmulas ceremoniales, suntuosas, inconexas. Es al *Psalmo*, lo que *Cantos de vida y esperanza* es a *Prosas Profanas*, pero en un balbuceo que delata la enajenación acelerada. Entre la pedrería vacua de pronto resuena un acento verdadero que anuncia ese instante de recogimiento interior, de soledad y melancolía del hombre perdido: "Alma mía, está exangüe la tarde como hecha de ti después de haber sufrido..." Pero este retorno al ser humano está cegado, y el poeta no encuentra el temblor de la vida auténtica; para manifestar su desolación no tiene otro camino que una voz impostada, armónica, exterior, la de ese personaje cargado de cosmética que ha ido componiendo a lo largo de sus años montevideanos. Por primera vez ha escrito un libro voluminoso —ciento cincuenta y seis páginas— pero la mayoría de ellas son ejercicios de un estilo superficial, hojarasca. La capacidad para decir las palabras justas, aceradas, también está perdida.

¿Qué hizo en Paranaguá y después en Curytiba? En 1910 envía a Delmira Agustini una carta para agradecerle su libro *Los cantos de la mañana*, una carta notable por su precisión interpretativa. Su postdata es dramática: olvidándose de la pose del poeta garabatea un pedido de auxilio: "Excusad las tachas: el calor y el presidio. No sé si sabréis que Paranaguá es como una Cárcel; vivo en medio a

un pulular del a[...]mo tal como si me hallara en una Correccional". El papel está desgarrado, faltan palabras, pero todavía al final puede descifrarse este párrafo: "Os escribo desde una ciudad próxima elevada; si ella no existiera esta carta no existiría tampoco; en Paranaguá no se puede tomar la pluma por la acción particular del clima que embota el cerebro, entorpece, deprime contra todo esfuerzo. Está incensado por exhalaciones palúdicas y arde en verano a la temperatura de 48 grados. ¡Tal es la ironía de los dioses fehacientemente malignos!. Esta carta, con sus defectos, pese a ellos, ha sido copiada o rehecha cuatro veces lo que prueba que no os presento un borrador negligente sino que por el contrario he escrito para vos cerca de cincuenta páginas".

Discretamente fueron comunicadas al gobierno uruguayo las excentricidades de su cónsul en Curitiba. Daniel Muñoz informa de la necesidad de trasladarlo y al fin de un largo expediente se intenta repatriarlo bajo el pretexto de un traslado a Asunción. El decreto es de 22 de julio de 1913, pero ocho meses después sigue sin llegar Roberto de las Carreras y sin dar señales de vida. En mayo de 1914 el cónsul Francisco de Tezanos recibe una carta de Roberto de las Carreras que define la situación: "Hace ya cierto tiempo que deseaba confiarme a Ud. diplomáticamente o personalmente, forma esta última la más discreta. Se trata de un estado de agresividad constante, de impertinencia que se hace por momentos pesada de parte de la población de esta Ciudad, la cual según parece ha decidido prescindir de mi carácter de extranjero y de Cónsul, a base de lo cual se replica la carga. Lo más curioso y le ruego tomar en cuenta este detalle es que yo he sufrido algo como una desautorización personal. Sabrá Ud. que en virtud de un lejano incidente sufrí

lisa y llanamente encierro en calabozo, cosa que me apuré a elevar a conocimiento de Acevedo Díaz. A causa de un pequeño incidente reciente fui conducido a un puesto de Policía, donde se me habló de esta forma: "Dé Ud. gracias a que no ha herido Ud. al Señor, pues de lo contrario no salía Ud. de aquí" Dicha autorización a la agresión es para mí sumamente incómoda; creo que no podrá dejar de ser tomada en cuenta por Ud. en su carácter digno de representante de la autoridad del Uruguay. Las mujeres tienen su parte en la agresión, y hasta las criaturas a las que enseñan sutiles puntas a fin de que me las claven con gusto; las puntas suelen ser hasta en inglés. . . Hay personas que se interesan en turbarme el sueño en altas horas de la noche produciéndose al pie de mi balcón en una forma que el sueño es imposible; anoche no me han dejado dormir, tengo casi fiebre. Automóviles bien intencionados se detienen haciendo un ruido insólito; podría considerarse hasta gracioso si no fuera porque las puntas traen a menudo un veneno marcante".

A modo de postdata, este texto inconexo plagado de faltas de ortografía: "Anoche he caminado a los gritos de loco, malo que me dirigían unas mujeres! Por una me veo llamado Paraguay, (Traslado a los Paraguayos; todavía gozan!) en alusión a mi carácter melancólico solitario. Otra me grita, recuerdos a Teresa! Alusión a Teresa de Jesús de la que yo me ocupo en el Poema y que deben haberme oído recitar; alusión siempre naturalmente a mi carácter solitario; se me ve en las cuchillas acaso con alguna semejanza con el héroe de mis ritmos el que evangelizaba sobre la montaña!"

Se le traslada a Montevideo. No reconoce a nadie, no quiere hablar con nadie. Gusta de pasear solo por esos barrios que antes nunca pisaba: Cordón, la Aguada. Algún amigo lo encuentra ~~y~~ ~~trala~~ de con-

versar. Da voces: "Sirenas, serpientes" y desaparece. Unas tías lo atienden. Luego se hará cargo de él su hijo. Durante años, durante cincuenta años, en las casas de salud, en el hogar de su hijo, escribe sin cesar: proyectos de gobierno, planes, poemas, consejos, incoherencias. Es la oscuridad luego del decenio en que destelló como estrella de primera magnitud en el cielo de la aldea: se consumió en un fogonazo.

Angel Rama

SUEÑO DE ORIENTE

A mi íntimo amigo
ARTURO SANTA-ANNA

Te dedico este libro. Aunque insistas en que los personajes son forjados por mí, te aseguro que existen realmente. En otro país mi éxito sería inmenso. La protagonista de mi obra vendría a llamar a mi puerta! No sucederá así: tú sabes bien que miserable vida galante es la nuestra —tú que, desengañado, piensas casarte... para ser, seguramente, un amante disfrazado de marido!...

R. de las Carreras

I

LA ESCENA ES EN LOS POCITOS

Las mujeres de Montevideo, apenas casadas, se hinchan, revientan las líneas, descomponen las formas de su cuerpo. Y parecen tan complacidas, su mirada es tan dulce, que no se puede menos que suponerlas echadas de una lujuria succulenta, repletas de un gozar glotón que las engorda. Forzadas a una preñez constante, que parece como que contagia de su obesidad el mismo vientre exaltado de los maridos, la admiten y sobrellevan entendiendo que es así la marcha natural del matrimonio, ajenas a toda protesta, como mi hermosa perra inglesa, cuyo vientre han desproporcionado agudas y repetidas

sensaciones de delicia. Fuera de los animales es su modelo la villana de aldea que, con un hijo en brazos, otro bajo el diafragma, otro en una cuna, otro revolcándose en el suelo, exhibe cínicamente la maternidad en su forma repulsiva y grotesca. Trastornada la cintura, iguala en amplitud a las caderas, que han perdido su nerviosidad excitante y aparecen aplastadas e informes como sacos; los senos, cansados de dar leche, abrumados, destruida la trabazón contráctil de su tejido adiposo, se desparraman, caen hacia el vientre, sin que baste a erguirlos el amplio corsé que los contiene, y del cual desbordan, ampulosos y flácidos, como esos senos que las etíopes arrojan a su espalda; los brazos y muslos, también enormes y desorganizados; el vientre, rugoso y torturado por los partos difíciles, sacado para siempre de quicio. Esponjosa, como batida, la casada tiene en su cuerpo todo un bamboleo flojizo... El marido chapalea en un montón de carne blanda!

Escapa a esa abyección de las formas en medio de las mujeres socialmente entregadas al vicio de la reproducción, la elegante Lisette d'Armanville. La llamaré así, ya que por el prejuicio local que impide que confesemos nuestro amor a las casadas, no me es permitido decir en voz alta el verdadero nombre de la mujer a quien codicio... Un nombre supuesto creado por necesidades artísticas, más que designar a la persona debe bosquejarla: así, elijo para Lisette d'Armanville éste, que evoca a la vez la figura de una parisiense y de una duquesa... No intente en público descubrirla. Le sería imposible. Indelicadeza aparte, reflexione que se puede perderme para su simpatía... He tenido en Los Pocitos un sueño, de cual es protagonista la duquesa, y, con todo desinterés, invito a compartirlo al público, seguro de que teniendo apretada entre los dientes la pipa del ocio

será discreto y se dejará llevar sonriendo con rufianería a las visiones. . .

Lisette d'Armanville, a pesar de un hijo por año dado a su marido en mis barbas, conserva fieramente su talle de señorita. Hay que convenir en que su cuerpo es obra del matrimonio; pero una obra que ella ha sabido corregir, encauzar, a la que no ha permitido el libre ensanche desordenado, sino la plenitud sabrosa. . . Renuncia, por presunción, a tratarse con casadas; deja su solidaridad con ellas para la noche. . . y se acompaña con jovencitas solteras. Las empobrece: no alcanzan el valor sugestivo de su busto, ni compiten con la inflexión ligera de la línea apenas curva de su vientre, conservado intacto; un vientre disimulado, ni llano ni protuberante, religiosamente estético, con declives que tientan la mano marcando el camino a la caricia, que exige ese palpar intenso que se hace por instinto en las redondeces, apretándolas, exprimiéndolas, llegando con exaltación a los senos después de recorrer el flanco con la palma encarnada. Se abandona luego la mano, leve, a divagaciones, a caprichos aventureros, a esas palmaditas canallescas con que gustamos el palpar de las carnes.

Arqueadas sus caderas con briosa turgencia, rebotan bajo el corsé. Tienen a la vez exuberancia y firmeza. Como trazado lineal es imposible suponer contornos más puros y matemáticos, más delicada figura geométrica. . . No hay nada comparable en las arcadas de la Alhambra! . . . Parecen irregulares las cejas de las huríes! . . . Arrancando de la base del busto en dos curvas saltantes y simétricas, se expanden, henchidas y tensas, más voluptuosas que todos los senos! . . . Las aprieta vigorosamente la falda y ostentan con agresivo alarde, con procacidad e insidia, la redondez del contorno puesto al desnudo, mientras ondulan estremecidas con un movimiento

apenas perceptible, a compás de la marcha... Aristocráticas, no consisten, como las caderas robustas comunes, en un desmesurado agrandamiento pornográfico que supedita groseramente el ancho de los hombros; se mantienen dentro de la armonía y proporción antiguas, que, sin quitarles nada de su graciosa concupiscencia, las coloca en el orden reducido de un erotismo selecto. Son el ejemplar único entre nosotros de caderas de pura raza. Si cultiváramos las artes plásticas, la Pintura y la Escultura las habrían hecho populares y notorias en todos los ámbitos de la civilización sensualista!...

En el paseo cotidiano, en sucesión ininterrumpida y monótona, pasan caderas; grupas de mujer mal conformadas y toscas, vestidas con faldas sin elegancia, de color subido; caderas de señorita desarrolladas prematuramente y con exceso, que el matrimonio relajará y devastará, entrándoles a saco; caderas obscenas de señora inutilizada; pobres caderas escurridas debajo de los vestidos, por las que se siente lástima; caderas anómalas, disformes, que recuerdan la elefantiasis y recargan el paso lento de la dueña con el portentoso volumen de su giba, destacadas en un redondo escabroso, pasto brutal del apetito; otras, pagadas de sí, a las cuales convendría desengañar; algunas, incipientes, caderitas núbiles y candorosas, obtienen de la severidad de mis confrontaciones una sonrisa con que deseo darles valor para que crezcan; caderas atrevidas, describen una circunferencia arrogante, y se malogran, totalmente planas, por su falta de *bombé*; caderas graciosas, extremadamente gruesas, que no se distinguen por la moralidad de sus líneas, se hacen perdonar por nuestro instinto crapuloso la profusión de sus carnes, a las que nos volvemos con vergonzante indulgencia; las hay hasta hermosas, pero que se ignoran, echadas a andar maquinalmente, desprovistas de esa expre-

sión indispensable, como en un rostro, en unas caderas. Tienen todas un tipo desbastado. Mal concluidas, se diría que han sido hechas en montón, como para un país de América!

Siguen su curso con su paso de peregrinación, regular y pausado, las lozanas y fornidas, las desenfadadas jamonas que auitan para sí el paso a las tímidas; las achatadas y oblongas, las enflaquecidas y mustias que me traen al recuerdo las aguas milagrosas de Lourdes, que aplacarían su histerismo, y de las que resurgirían tibias y lubricadas!...

Aparecen las caderas de Lisette!... Las reconozco a la distancia!... Sigo con los ojos entre la multitud, hasta que se pierden, esas caderas que en mi insomnio profano!...

El talle de nuestras mujeres que presumen de mayor esbeltez, es corto y rígido, sin cambiar. No son flexibles, nietas de endurecidas mujeres de trabajo que amasaban el pan, ordeñaban las vacas en el corral y lavaban a orillas del arroyo bajo la cruel intemperie de las madrugadas de invierno o la llamara del sol, anquilosado el espinazo en las posturas encorvadas de la fagina... Desgarbadas, caminan mal, no se deslizan. Parece que el terreno accidentado influyera en la torpeza de sus movimientos, al revés de las italianas, de las francesas, cuyo andar es muelle, como si el suelo se hiciera elástico bajo su pie. Educada sin duda en el Sacré-Coeur, en el andar de Lisette no se nota el esfuerzo.

Sorprende la sangre azul de sus formas!... Hay una complicidad discreta entre ella y el deseo de quien la mira... El corsé de cintura deja suelto su seno alto, a la turca! Muestra en la desenvuelta vivacidad de su falda su vocación por la aventura!..

Vivo con la zozobra de que ese cuerpo pueda ser deformado. La fecundidad lo amenaza. Cuando tengo la visión terrorífica del fórceps haciendo estragos,

concibo la idea calenturienta de sumergir sus entrañas de madre en el fuego de los corrosivos! . . .

Era una noche de moda en Los Pocitos. Se revolvía sobre el puente la multitud abigarrada de mujeres. Estaba Lisette. Unica elegante. Se la veía sentada junto a su marido con ese abandono de molicie del cuerpo de las queridas: una molicie que parte del corazón. . . Se le acercó a saludarla un grupo de señoritas. Se puso de pie. A su lado se alzó un hombre alto, sexo, con el tipo de esos viajantes de comercio que se alojan en fondas de segundo orden. Sacudió los pantalones que al sentarse había arremangado. De un vago, pero seguro prognatismo, sus facciones carecen de grados de expresión: los ojos no dicen más que la boca, la cual, desencajada, parece que echara fuera las palabras en vez de pronunciarlas; la cabeza, pequeñísima; la piel, terrosa; momificados los cartílagos de la nariz, no se concibe que pudieran palpitar alguna vez de sensualidad o de cólera; los brazos, largos, tendidos, sueltos al azar. Un gorila.

Lisette tenía los labios teñidos de rojo, capricho oriental de duquesa! Yo observaba aquella pincelada de carmín vivo, exótico, como salido de las tintas calientes de un cuadro al óleo pintado sobre un motivo de Turquía; carmín que yo imaginaba llevado bajo la incandescencia blanca del sol, en las tierras donde los colores son supremos, por un mercader de Arabia, entre perfumes intensos, mezclados en la misma alforja al almizcle! Yo fantaseaba a Lisette en su casa, vestida con un resplandeciente traje de mora, bombachas, y en los diminutos pies de judía, pantuflas altas. . . parecida a Loti, en albornoz, en su camarín de abordó. . . Hacía y deshacía sobre su frente peinados raros; se la rodeaba, como las circasianas, con una diadema de medallitas. . . Se echaba en cojines de terciopelo, desnuda, sobre el pecho, como una gata rampante. . . Espejos a ras del suelo

le devolvían cien veces la imagen de sus caprichosas actitudes, con las que superaba en secreto a las odalisacas, a las escondidas esclavas de serrallo que adormecen a los sultanes en sus mágicos brazos!... En el risueño desvarío de su imaginación mecida por las fábulas, oscilaba bajo sus pies el puente de los navíos y se sentía conducida en las literas de las reinas de Egipto.. Su dueño era un pirata!... y la tenía escondida en una isla desierta, junto con el botín y las preseas y maravillosos productos de las tierras saqueadas, en fantásticas estancias repletas de oro, los tapices esplendorosos bajo las salpicadas pedrerías de trofeos de alfanjes...

Lisette me vio y me volvió la espalda. Miraba yo el busto; tenía delante la elasticidad comprimida del globo de sus caderas, y pensaba si me hacía un desaire, o si tal vez me volvía la espalda con una intención distinta, con alevosa y excitante perfidia!... La niña enferma doce veces corrompida de Vigny tiene de esos caprichos!...

Una de las señoritas, muy delgada, recordaba con sus sacudidas y movimientos ágiles, las potrancas chicas. Otra, es un tipo moreno. Sus ojos, cejas y pestañas forman una espesura del tinte negro denso del carbón. Tiene un parecido con Lisette. Se habría dicho una hermana suya de otro lecho, la misma raza ennegrecida y dorada! Se le veía en los costados del rostro, en forma de una bruma ligerísima de pelo, como un espolvoreo del carbón de los ojos. Parecía robada a una tribu berberisca. Se me ocurría que un encantador árabe, dueño de fabulosas artes de lujuria, la había puesto desnuda a tostar en las arenas del desierto; había escondido debajo de su piel rayos de sol y alientos de siroco, y había hecho, para el capricho de un señor asiático, una mujer prodigiosamente amante, en cuya sangre tumultuosa hervían convulsivos deseos! Era una vorágine afro-

disiaca! Al verla, bramaba en el Harem, azuzada, la impotencia de los Eunucos! En las horas mimosas de la siesta estaba tendida en el patio de mármol del Alcázar, acariciada por el fresco rumor de los surtidores de las fuentes, bajo la claridad suave y difusa que desde lo alto de inaccesibles paredes verdes filtraban sobre sus formas perezosas los días muy azules y muy amarillos de la Persia!. En rescate de innúmeros cautivos o como presente, sello de paz y de alianza entre belicosos reyes, atravesaba comarcas sobre el lomo de los dromedarios cargadores de tesoros... Iba de Asia a Granada. Poetas y artesanos la comparaban en la Alhambra a la Huri negra que a los falsos creyentes del Profeta se aparece en el Horeb... La llamaban así sus compañeras caucásicas del serrallo, donde se la transportaba de los tapices de púrpura a las rodillas de su señor el Emir!... Seguía la suerte de los imperios! Muerto un poderoso califa a quien había amado, huía del Harem en medio de la sangre y del incendio de una sedición en Palacio!... Y era vendida como esclava en Constantinopla, entre las ofertas de un grupo de magnates de todos los países, que prometían por ella sus riquezas. Parecía, a los brillantes sátrapas en viaje y a los señores asirios, vulgar y pobre el montón de circasianas, dejado a un lado; y la rodeaban curiosos y ávidos ante el leonado oscuro de su piel, casi negra en los rincones chamuscados del cuerpo, en la aréola de los senos y bajo las órbitas de los ojos; deslumbrados ante el esplendor de la carne tensa y firme de los muslos, en la que los dedos perdían apoyo al querer pellizcarla; muslos de los que llenaba el ángulo, y cubría el empeine, desparramándose sobre el vientre, un vellón compacto y crespo de pelo negro brillante, blando como un edredón y caliente como un nido de torcaces...

Lisette me volvía la espalda... y me eché a soñar detrás de sus espaldas... La abrazaba y le ponía en la nuca un beso y un quejido, sintiendo su cuerpo palpar al contacto; le volvía el busto y atraía hacia mí su cabeza, que ella abandonaba con mezcla de languidez y resistencia, haciéndose risueñamente violentar, los ojos rodados en las órbitas, perdida su expresión, la boca dejada devorar!.

Mis besos rastreaban su cuerpo de manchones rojos. Me bañaba, crispado, en el vaho capitoso de su carne. Me penetraba, impregnándome, de su sudor! Dentro de su boca, en el húmedo fuego, revolvió y sorbía lascivia... Clavaba la mía, abierta, en el secreto de sensualidad estremecedora de los brazos, en la axila oscura, acre, sedosa y tibia!... Enloquecía su sensibilidad persiguiéndola, acosándola, con cariñosos mordiscos que la hacían encogerse, enervándola; serpenteaba electrizada bajo mi boca, huyéndome con sacudimientos descompuestos, erizada por espeluznos!...

Al fin estaba su mirada ensimismada y fija, deslumbrante, con el brillo de fiebre de la alucinación, y la boca, en los costados hundida, atormentada como por la sed!

Era la hora de la retirada. Lisette se despidió de sus amigas y se fue del brazo de su gorila!...

II

UNA AVENTURA FELIZ

El poeta a Lisette d'Armanville

La persona que lleva esta carta ignora la naturaleza de mi aturdido y apasionado mensaje. No puedo resistir al ansia de dirigirme a Ud. La quiero hace años! Y no tiene Ud. derecho a ofenderse más que

con su propia belleza, que me ha inspirado este arranque!

No pido a Ud. más que una gracia: que se deje querer. Y para esto concédame estar detrás de la cortina de su balcón de tres a cuatro de la tarde. Hágame Ud. esa caridad de amor!

Le aseguro que no la importunaré más; que no le escribiré más, que no pasaré más frente a su casa. Le pido perdón si se cree ofendida, perdón sinceramente. Le repito el respeto de este desconocido. . . Le he escrito, le escribo a pesar mío, de mis escrúpulos, de mi resolución de no verla más y resignarme. Tenga la piedad de no acogerme mal. . . Pongo a sus pies una sensibilidad desamparada, y me haría llorar si tratara sin miramientos mi irreverencia. Invoco ante Ud. los derechos de la pasión! Es Ud. algo mío, puesto que yo la quiero. . . Y es imposible que desprecie la ofrenda de mi pensamiento sumiso de cada minuto, y pueda verme sin simpatía de su parte, devoto de sus gracias de mujer! Por favor, en retribución de tanto afecto, de tanta admiración, de tanto entusiasmo, pruébeme, por favor, señora, una vez sola, que no soy para Ud. el último de los seres antipáticos!

Vivo ansiosamente escrutando la cara de sus parientes para adivinar si ha mostrado mis cartas y se ha burlado de mí. . . Me parece que no, y se lo agradezco. Estaba seguro de que Ud., cien veces duquesa, no habría de exponerme al ridículo por el amor que le tengo. Es demasiado hermosa para no explicarse que yo esté enloquecido. . . No puede odiarme. Me compadecerá. . .

Debo partir de Montevideo. En nombre de las caricias, de los juramentos; en nombre de los amantes todos, salga, como acostumbra, de dos a tres. . . Es una pequeña amabilidad que no le costará nada, que Ud. puede conceder sin comprometerse siquiera

ante Ud. misma. Quién sabe cuándo volveré a verla! Escuche mi súplica. No extreme la severidad hasta el mal gusto!

Convénzase Ud. de que no hay nadie que aprecie como yo su talle cambrado, la proporción justa entre sus hombros y sus caderas, la aristocracia de su andar, el mimo de sus acariciamientos con su piel de abrigo.

Envío a Ud. el mejor fragmento de un libro mío, inédito, del cual es Ud. protagonista. Ud. verá por él, que, no pudiendo obtenerla en la realidad, llamo al sueño en mi ayuda... Es Ud. para mí, como uno de esos pleitos embrollados y difíciles que, si se ganan, son la riqueza, pero que entre tanto hacen vivir pobre. y desesperado!

Es imposible que Ud. reciba mis cartas en propia mano, sonriente, para mostrarlas... Sería una acción de mal gusto. Siendo Ud. quien es, no puede recibirlas sino por una razón distinguida, por simpatía... Luego, por qué se niega a concederme nada, a salir siquiera a su balcón? Por qué recibe mis cartas y me huye a la vez? Comprendo que lucha con su recato; pero, en amor, dar un poco es dar todo, y Ud. consiente que yo le escriba! Si no se hace ver en su balcón habrá cometido una contradicción inexplicable!

DE VUELTA DE UN VIAJE

No puedo estar lejos de Ud. Estando cerca, por lo menos puedo escribirle más fácilmente. Le escribo estremecido. Le pido que me conteste. No puedo más de esta incertidumbre.

Ud. ha recibido mis cartas después de decirle yo que no podía hacerlo sino por simpatía, con lo cual

Ud. me ha confesado esa simpatía... Escribiéndome, no añadiría nada a la seguridad que yo ya tengo de haberla conmovido un poco... Las últimas veces que la he visto, su mirada me ha acogido mejor. Ha resistido Ud. bastante. Otro cualquiera, con menos pasión, habría sido desanimado. Ud. ha hecho todo lo posible por quitarme valor. No lo ha conseguido. Ríndase, pues! Piense que sólo siendo Ud. una extraña excepción de mujer, podría quedar siempre en esa actitud de recibir pasivamente mis cartas. Es forzoso, es lógico que Ud. siga adelante. Esté segura de que yo haré lo imposible por llegar a Ud., que yo le hablaré y Ud. no podrá desairarme, puesto que no me ha desairado ya; le diré: la quiero! y Ud. no podrá contestarme que no, a menos que me confiese que me ha burlado... Si Ud. no me cede ahora, cederá más tarde. Esté segura de que cederá. Ud. debe fatalmente ceder. ¿A qué torturarme con un disimulo inútil? Piense en mis angustiosos insomnios! Ud. se arrepentirá de que yo haya sufrido tanto por amor suyo, de haberme tenido tan ansioso, tan sacudido por la angustia de que Ud. pueda burlarse miserablemente de mí. Piense que puede llegar a quererme, y después, en rigor, usted no puede dejar sin contestación las cartas de quien tiene por Ud. tanta estima. Ud. no tiene queja de mí. Para hacerle llegar mis cartas he usado de todos los medios de discreción posibles. Su nombre no ha salido de mi boca. Para contestarme no tiene Ud. más que escribir dos líneas sin firma y echar la carta a un buzón de la calle. Para que su seguridad sea completa, desfigure, agrande, su letra. Aunque esa carta se extravíara, Ud. no sería comprometida en lo más mínimo. Escríbame, señora. ¿Qué más da recibir cartas de amor o contestarlas con un anónimo?

CONTESTACION DE LISETTE

Si se atreve Ud. a escribirme una sola letra más y a fastidiarme con sus asquerosas y estúpidas insinuaciones, se lo diré a mi marido para que le dé a Ud. el castigo que se merece.

Esta carta, escrita con un carácter infantil, muy cuidado, penoso, algunas letras separadas, hechas una a una, es mandada por Ella a El en forma de postdata puesta a su propia carta, que le es devuelta arrugada, en el fondo de un sobre grande.

REPLICA

Escrita en la misma carta devuelta, que El envía otra vez a Ella en un sobre abierto, en el temor de que la señora pueda devolverla cerrada después de abrirla al vapor de agua...

No hay ninguna razón para que Ud. me devuelva esta carta después de haber conservado nueve en su poder... Mejore Ud. el estilo y no haga las cosas fuera de tiempo...

A estas líneas, El adjunta la carta siguiente:

Comprendería su indiferencia si Ud. tuviera un marido inteligente y hermoso, pero en su caso su conducta no tiene explicación y de mi punto de vista europeo es enteramente ridícula. Conserve en buena hora su virtud montevideana. Me da Ud. lástima. Vaya un hombre el que ha elegido! Es un gorila. La cara de él puesta sobre la suya es la mejor venganza que yo puedo tener de su desdén!

P. D.— Si al recibir Ud. esta carta su marido no está en casa, le ruego se la haga ver a su vuelta.

CARTA A JULIO HERRERA Y HOBBS (Ex REISSIG) (*)

Querido Julio:

En nombre de Afrodita, te debo una explicación.

¡Qué anonadamiento el de tu espíritu, qué síncope fulminante de sorpresa, qué bramidos de indignación los tuyos, viéndome con el dogal al cuello, en la picota ignominiosa de los edictos matrimoniales, como cualquier pobre uruguayo que va a cumplir ceremoniosamente su misión prolífica en las cabañas de la sociedad!... No roce tu pensamiento que abrazo el fetichismo del matrimonio, que opto por el *cliché* de las convenciones medioevales, que cedo sojuzgado por el ambiente a los prejuicios de las imbéciles mayorías, que este país bacterio, milagro de ridiculez, ironía de nacionalidad, me avasalla triunfalmente; que me tritura la presión asfixiante del océano colectivo.

Se trata de una imposición fatal, abominable, de las circunstancias; de un escape fortuito por una encrucijada de cuchillas; de un acosamiento siberiano de jaurías de contrastes; de un desplome de crisis insolubles; de un apocalipsis de acreedores antropófagos, de Cerberos del agio, de Carontes y Procustos; de un sitio, por hambre, a mi trascendental fisiología!

Entro en explicaciones: una señorita, menor de edad, es mi amante, como tú no ignoras: una esclava de mi voluntad, una sugestionada sumisa de mi harer de Gran Visir. Se me aboca un dilema: "El juez, o el Buen Pastor"; una firma, a la que no doy valor

(*) Esta carta abierta se publicó en el periódico "El Trabajo", Año I, Nº 20, de 8 de octubre de 1901.

alguno, o un tutor cesarino que invada mis prerrogativas de dueño de la Princesa. He optado, como anarquista, por redimir a mi amante de las garras zahareñas de la tiranía burguesa.

Mi presentación al Juez, mi contrato extrínseco, mi fórmula de sainete, mi carnestolenda, es una acción libertaria!

Después de haber paseado insolentemente mi conquista por la faz de la miserable aldea, después de haber atravesado como una puntada el corazón del villorrio, después que mi superioridad ha reído de estos evangelios hipócritas, de estos "babuinos emponzoñados" (tuyo) a quienes me complazco siempre en inquietar con mi florete, mi casamiento *legal* resulta la más cáustica, la más alevosa de las ironías.

Juego al *football* con la moral de los montevideanos, con los ídolos abracadábricos de los "troglo-ditas púdicos" (tuyo...).

Como anarquista, no reconozco el matrimonio, esa piltrafa del tiempo negro, este sofisma supersticioso, ese catafalco bíblico que hay que deshacer a patadas, en el que no veo otra cosa que un aquellarre burgués donde se compran mujeres.

Del mismo modo que el concúbito oficial no reconoce la unión cristiana, y los católicos viceversa, yo, quintaesencia del anarquismo, dinamita de rebelión, paradoja contra los imbéciles, doy un mentís descarado, abanico a bofetadas al aparejamiento civil, al concubinato legal, como lo llama Tolstoi.

Todo valor nominico es sólo por su admisión, por el tercero que lo monetiza. El casamiento es un papel moneda que nada importa para nosotros.

La señorita, como menor de edad, no puede disponer de su fortuna heredada la cual a no *casarme*, vagaría sin rumbo, por mil entuertos, fakíricamente pulverizada en los trámites jurídicos.

Mi pereza de no ir hasta el Juzgado, mi resistencia a mojar la pluma, fuera, como se comprende, un abandono egoísta. Temer la crítica de los inocentes que no me admiran, que mi actitud diplomática de hombre experimentado se interprete como una contradicción suicida, como si desertase de mis trincheras anárquicas, fuera una puerilidad salvaje.

Empeñarme en resistir a fuerzas superiores, en ser un Pirro en esta época spenceriana, resultaría un encaprichamiento de damisela, un romanticismo ingenuo de apóstol de las catacumbas, de caballero de Jerusalem. Mi situación precaria se felicita, con un sarcasmo, con una mueca de Mefistófeles de este simulacro astuto; sonrío como un sátiro travieso a la austeridad de las togas.

¡No me caso! El movimiento mecánico de mi pluma no importa una conversión a la estulticia.

Mi primogénito real no será legitimado. Quiero que lleve, arrogante, la corona de la bastardía, que en El se admire la obra de arte del amor libre. Quiero que sea mi continuación galante, la eterna pesadilla de los montevideanos, mi protesta encarnada contra plebeyos y legisladores!

Espermatozoide rebelde, con aparatos nerviosos superiores, anudados de lóbulos geniales, será el eslabón soberbio de una raza de Caínes y Arístides, de Luteros y Dantones, de Nietzsches y Baudelaires!... ¡Será un Anacreonte de mi prosapia afrodisíaca!

Si yo lo legitimara, se negaría a creerme padre!

Con mi presentación al Juez no abato mi estandarte de libertino. Por el contrario, triunfo como estratega; aumentarán, es seguro, los censos de mis conquistas. En nuestra obra futura tú haces constar, tú pruebas que las mujeres de Montevideo, se entregan exclusivamente a los hombres de matrimonio...

Te recordaré tu frase. "Nuestras niñas se dan a los casados por un exceso de pudor. Conceptúan indecoroso, de muy poca delicadeza tales confianzas con un célibe que no constituye para ellas un hombre de respeto. Desconfían nuestras vírgenes, con perspicacia celeste de la discreción de los inconyugados. A la verdad, convengo que en materia de honra se hace indispensable mucho disimulo, una reserva de ministro!"

La noticia de mi presentación al Juez ha levantado una tromba de alegría entre los trilingües burgueses, reos de imbecilidad que enviaremos a la horca, en nuestra próxima catilinaria; cuyas fauces serán rellenas por el polvo olímpico de nuestro carro de combate. ¡En esa obra colosal, hermética, lo único bueno que se haya escrito en el país hasta la fecha, cuyos ecos cavernosos atronarán las Españas, le pondremos la nación de sombrero a los estópidos uruguayos! Ella será la credencial gloriosa de nuestra pisque revolucionaria, de nuestro valor único, de nuestra personalidad unguada por Minerva!

Yo, amante de nacimiento, hidrofobia de los maridos, duende de los hogares, enclaustrador de las cónyuges, sonámbulo de Lisette, me sujeto a tu dictamen, oh Lucifer de Lujuria, hermano mío por Byron, Parca fiera del País, obsesión de pecado, autopsista de una raza de charrúas disfrazados de Europeos. ¡Yo imploro tu absolución suprema, oh Pontífice del libertinaje!

Roberto de las Carreras

Toldería de Montevideo.

AMOR LIBRE

Interviews voluptuosos
con
Roberto de las Carreras

A *Berta Bandinelli*
musa del amor libre

PRIMER INTERVIEW

Con motivo del Waterloo galante de Roberto de las Carreras que convulsiona a nuestra sociedad, entrevistamos al tempestuoso anarquista en sus elegantes habitaciones del Hotel Pirámides.

El parisiense apareció con un chaleco rojo como un incendio, *dernier cri* del boulevard. Roberto de las Carreras, —y esto es tan tan público como el *bégin* de su querida—, es un refinado, nacido en la tierra de Zapicán por un capricho de la femenina Naturaleza.

—Los ingenuos uruguayos (nos dijo con su fina sonrisa) me consideran un marido burgués engañado, un Bovary, y me fusilan a sonrisas por la espalda. (Con aire compasivo.) Se encuentran en un grosero error. Yo no soy un esposo. Si bien es cierto que he pasado por la comedia de la unión burguesa, y que arrojé una firma al Registro Civil, como se arrojan papeles estrujados a un canasto, creí perfilar rigurosamente, con una carta, que publiqué en un periódico anárquico, mi verdadera situación erótica.

El objeto de aquella formalidad fue, simplemente, como lo dije entonces, impedir que el Juez de menores usando de un derecho atávico, recluyera a

mi querida en un convento, por el solo delito de haber amado... Usé de la burguesía contra la burguesía, y me aseguré la libertad de una mujer que yo había arrancado al Prejuicio.

Fue un acto de política anárquica y de lealtad galante. Estas razones se vieron claras en mi comunicación al público. Proclamé mi fe subversiva. Dije que el matrimonio era un valor nominal como el papel moneda; que ese valor no consiste más que en el hecho de reconocerlo, y que por lo tanto me consideraba yo tan casado como si me hubiera unido en matrimonio por los ritos de alguna de esas tribus salvajes para las cuales el casamiento consiste en que los novios, en un instante dado, dejen caer un cántaro que se despedaza contra el suelo.

Escarnecí el Matrimonio, pateándolo con mi artículo de *El Trabajo*, que aparecía mientras yo me dirigía al Juzgado. Por otra parte, había lucido en los paseos, ante las retinas atónitas de nuestros burgueses, un hijo hecho sin el permiso del Juez.

Mi casamiento, si así puede llamársele, fue toda una alevosía de mofa: resonante carcajada contra el pedantesco catafalco de las instituciones burguesas. ¡Todavía me río!

Roberto de las Carreras hizo una pausa en la que hubo risa y al mismo tiempo como una penumbra...

—La sociedad montevideana —continuó—, que no brilla por su inteligencia (sonrió indulgente), comprendió mi actitud al punto de que no sólo no se nos recibió en los salones, a mi querida y a mí —pretenderlo hubiera sido hiperbólico—, sino que, en la calle, nuestras matronas, depositarias del fuego sagrado de la moral burguesa, pretendían quitarnos la derecha por un prurito de vindicta.

Ahora bien, después de todo esto ¿cómo es posible considerarme *marido*? Es una imposición gratuita de los burgueses!

—¿Y como amante no se considera Ud. humillado?

—*Jamais de la vie!* Subyugué durante cuatro largos años una mujer nerviosamente apasionada, un filtro mágico de corrosiva lujuria, una cantárida humana, una berberisca de mis sueños de harem: exotismo viviente en este país en que las mujeres son pacíficas y se destacan por un aire doméstico, por una expresión desesperante de monótona tontería. Ella parece más bien una hija abrasada de los fúlgidos arenales, con sangre de pantera, exacerbados los sentidos por las llamas del Simún!

Conservar una mujer encendida durante cuatro años, es un prodigio que no puede comprenderse entre nosotros!

Cierto, no han de enorgullecerse de él los inocentes maridos, para los cuales la luna de miel dura apenas lo que una luna: cuatro semanas; que confunden con ingenuidad nimbada la fidelidad que sus mujeres guardan a la Opinión Pública o al Deber, con una fidelidad de amor por su zafia, palurda y caricaturesca persona!

Los burgueses están extraviados. El Amor no es la Virtud. El Amor muere joven. Es una fatalidad de la Naturaleza. El ideal de Amor debe integrarse con un sinnúmero de mujeres. Querer obtenerlo de una mujer única es como pretender crear una ópera con una sola nota del pentagrama o escribir un libro con una sola letra del alfabeto. Dicen los griegos, esos maestros reconocidos en Belleza, en Filosofía, en Arte, y en Amor, que pretender ser amado exclusivamente es una locura de mortales. Sería curioso que el Amor, cuyas alas frágiles se han escurrido entre los dedos de los semidioses; de Cátulo,

de Musset, de Horacio, de lord Byron, se encontrara prisionero en los hogares montevideanos junto a la cocina y al retrete!

Roberto, triunfante:

—Ningún vencedor, llámese César, Napoleón o Alejandro, ha podido jactarse de haber atado a su carro la mujer!

—¿Puede saberse por qué razón vivía usted en Buenos Aires separado de su amante?

Roberto sonrió.

—Mi querida estaba a punto de sucumbir, quemada, en mis brazos! Puse todo lo helado del Río de la Plata entre sus ardores y yo. .

El parisiense se abandonó en un diván y cruzó la pierna, en la que se marcaba el músculo vigoroso del esgrimista.

—No tenía noticias *de la travesura*. Los uruguayos, esos espías, cuidadores de las mujeres ajenas, se han vengado de mi desprecio por su policía desinteresada de *voluntarios*, no informándome de lo que sucedía. . Comprendí por un rayo de sagacidad psicológica. Como un astrólogo en las estrellas, leí en los ojos tenebrosos de la Afrodisiaca el horóscopo inquietante de su anárquica sensualidad. Virtud de ocultista. . . Si la poseyeran los uruguayos, leerían en el rostro de sus *señoras* iguales revelaciones!

—¿Cree usted que debe atribuirse al Amor el arranque de su querida?

—Lo dudo.

—¿El nuevo dueño es superior a usted como hombre?

Roberto sonrió con la satisfacción que proporciona la seguridad de sí mismo.

—Según ella ha confesado con admirable desenvoltura a uno de mis amigos que la interrogó audazmente, su nuevo amante: *es regular, no es gran cosa!*

En cuanto a mí, recuerdo que después de los ransportes, de vuelta de su carrera anhelante por los Campos Elíseos de la sensación, la Voluptuosa me elicataba en cinco idiomas distintos: *Muy bien! Très bien! Molto bene! Very well! Schr zut!*

—Hay de qué estar satisfecho como amante —subrayó Roberto—. Después, acaso el pimiento rojo del cambio, la mostaza candente de la intriga, el condimento vitriolero de lo prohibido.

—¡Flor de charco parisiense! —exclamamos.

Roberto continuó con tono dogmático:

—Mi error fue no hacerla casar. Renuncié torpemente a ser el fruto vedado que no sacia nunca. ¿Tui marido para ella. Me arranqué la aureola!

Una pausa.

—Me es imposible sentir celos de ese mozalbete a quien no considero mi rival. Al hallarlo *in flagranti* con mi Favorita, cedí a un arranque heredero de mis antepasados de las cavernas, y del cual me arrepiento: le di una bofetada... El se escurrió precipitadamente entre las sábanas, se hizo un ovillo, diciéndome con una voz plañidera, elegíaca: *No me pegue que soy un hombre enfermo!*

Declara la Favorita que, estupefacta por la debilidad de su amante de ocasión, lo echó con risas a la calle!

—¿Siente usted rencor contra *la traviesa?*

—Como elegante no puedo perdonarle que se haya acostado con un uruguayo, con un aspirante a *marido*; como Sultán, mi soberanía se resiente y se encrespa ante la imagen de una esclava del harem que se abandona a un siervo en las cuadras; pero, como anarquista, admiro a la rebelada, que, con un valor de impulsiva, hace saltar las cadenas de su sexo y sueña, volviendo femenino el ideal de Nietzsche, con ser *una carnívora voluptuosa errando libremente!*

¡Es mi discípula! ¡Yo la he libertado! Yo la arrojé en brazos de su capricho. Yo he ejercido sobre ella una doble fascinación. Incorporé a su sangre las máximas anárquicas, y eduqué sus sentidos en las exquisiteces sibaríticas del refinamiento: flor cultivada en el invernáculo de mi lujuria... En sus células grises germina mi personalidad. Escribe con mi pluma. Con motivo de nuestro divorcio libertario que ha seguido al *in fraganti*, me dirige una carta deliciosamente rebelde que destaca con bizarría mi postura de Maestro.

He aquí la carta:

“Conciudadano:

“Si te quieres arreglar conmigo, lo puedes hacer anárquicamente, quedando cada uno en libertad de hacer lo que le parezca. Si no, me es indiferente. Aunque sola y muy pobre, seré honrada. Aunque sé que valgo mucho, jamás abusaré de mi sexo, ni pondré negocio con mi sensualidad. Si así lo hiciera tendría mucho dinero, pues hay muchos que me lo darían. Pero tengo un hijo y soy honrada. Espero de tu mucho talento que procedas con anarquismo y arreglarnos a pesar del *in fraganti*. Procede como un amante. No procedas como un marido burgués. Sé siempre discípulo de Kropokin. Consérvate siempre igual. No retrocedas en la mitad del Evangelio!

“Yo soy y seré siempre anarquista. Espero tu decisión. A Raúl no le verás jamás a no ser con la madre. De otro modo, te lo juro, no lo verás.

Berta”

—¿Cederá usted a las insinuaciones de su amante, reconociendo, en cuanto a los hechos consumados, su derecho de mujer? Seducido por su picante ingenio, abrirá usted las puertas del harem a esa hija pródiga de la sensualidad?

—Que se encomiende a la magnánima grandeza del Emir!

Nos despedimos del Aristócrata felicitándolo por su gloriosa actitud, por su buen gesto, por su fortuna en amor, por su revancha sobre el Antropoide, por la originalidad que su cómplice, el Destino, imprime graciosamente a los múltiples sucesos de su vida pintoresca; nos retiramos, indignados por el contraste violento del tímido rival que en el instante decisivo abandona a la mujer, pasto de la venganza de un celoso, en vez de escudarla, arrebatadamente, con el pecho! Un amante debe saber morir! Aquel acouquinamiento se nos explicó con facilidad. Ese amante burgués es un *marido* y desfalleció al aparecer el *Amante*.

SEGUNDO INTERVIEW

El primer *Interview* de este *recueil* con que Roberto de las Carreras inicia soberbiamente entre nosotros la revancha de los derechos femeninos, aparecido en *La Rebelión*, explotó el día 25 de agosto en medio a la solemnidad patriótica, en plena orgía de los burgueses.

Fuimos empujados por el Doctor Anarquista al lanzamiento de su bomba, en esa circunstancia, con el sarcasmo premeditado de envenenar en el vientre de los filistinos, descendientes de Sancho, su regocijo salvaje!.

Ansiosos de felicitar al púgil que sostiene con sus puños crispados la presión trituradora del océano social, solicitamos de su exquisita condescendencia, una nueva entrevista.

Lo hallamos tendido en un diván, el pensamiento flotante, distraído en el Bósforo.

El humo de un cigarrillo de opio trazaba aureolas en el ambiente de la estancia, llenándola con los vaivenes de sus espirales quiméricas...

—¡Gran éxito! —exclamamos—. Después de la publicación de su estruendoso *Interview*, no queda en la beatífica ciudad de San Felipe y Santiago un solo hombre que se atreva a considerar a usted *marido!*

—Lo sabía de antemano —murmuró con indiferencia Roberto, sin abandonar su mullida actitud—. Como Napoleón miré el reloj a las tres, y dije: A las cuatro doy un vuelco a la derrota! Mi amante se arroja, reconquistada en una hora! No ha sido mi Waterloo, ha sido mi Marengo!

—Se desploma contra su terrible valor la excomunión burguesa! —dijimos con satánico ardimiento—. Los maridos braman!

—El Marido es una institución que morirá por el ridículo... Tengo de mi parte a las mujeres. He prendido fuego a las faldas!

—Algunos uruguayos, fanáticos del Prejuicio, pretenden que usted debió matar a la *libertada*.

Roberto se encogió de hombros con una suprema elegancia de desdén.

—Los uruguayos son unos salvajes que apenas lo disimulan... inferiores desamparados, cogidos de los cabellos por las Euménides de sus partidos impulsivos! ¡Ralea inmigratoria!

Yo, que ostento, imperialmente, en mis blasones catorce siglos de nobleza (1): el Aguila de Viana, de alas pujantes, abiertas en la iniciación del vuelo; el Caballo de Carreras a escape en un campo azul, bajo una lluvia de estrellas; yo, de una casa que, para fundarla, se unieron la aristocracia y el Amor;

(1) Siete por la línea paterna y siete por la materna.

¡descendiente de un bastardo de estirpe regia!; yo, que pertenezco a la raza de los Fuertes, de los Selectos, a un ciclo de empenachados por cuyas venas corría el explosivo de una sangre que se derramaba, hirviendo, en las batallas; yo, García de Zúñiga, aristócrata revolucionario, no puedo afrentar la sombra de los augustos guerreros, mis antepasados, asesinando a una querida inerme! (Una pausa). ¿Qué se habría dicho en la sensual anarquía de la corte de Luis XIV, en el cenáculo de las Hadas de Versalles, si se hubiera propuesto responder ferozmente, con la muerte, a las heridas del Dios-Niño, que, con el carcaj a la espalda y la travesura en los labios, jugaba a tirar al blanco con el corazón de las duquesas en los bosquecillos discretos y perfumados de Trianón? Matar a una mujer infiel. . . ¡Qué horrible sacrilegio contra la Galantería! ¡Toda mi sangre heráldica se rebela!

Roberto parecía asistido por sus mayores. Se habría dicho que se escuchaba alrededor suyo el crujido trémulo de armaduras invisibles. Hizo un gesto digno de catorce siglos de nobleza:

—Ferviente de Petronio, a quien nauseaba la sangre, sacerdote de Anacreonte, en un festín de despedida, coronado de rosas y ofrezco la cratera de Falerno a la fugitiva de mi lecho. . .

Nos inclinamos, avasallados por aquella irresistible lógica poética.

—¡Son los maridos los que matan, nunca los amantes! ¡Matando no se obtiene el Amor! Es un acto vulgar. Es escribir con el tema de una veleidad el más estúpido de los folletines!

—Los anarquistas opinamos como los amantes!

—Anatematizamos —clamó Roberto—, nuestras sociedades impúdicas, en las cuales, para escándalo de la civilización y del buen gusto, subsiste aún el monótono marido!

Roberto, sereno:

—El marido es un atavismo... (Una pausa). En nada se revela el hombre tan irreconciliablemente primitivo como en los celos... El enemigo de la mujer es el Antropoide. Nosotros, los feministas, debemos apuñalar al monstruo interior, al *Mâle Originel*!

—¡De acuerdo! —contestamos con arranque—. Estrechémosnos para la gran batalla de la libertad femenina. Si algunos de los nuestros, en los que el Antropoide no se ha extinguido todavía se detienen cobardemente, los precipitará la avalancha!

Roberto, con su vehemencia incendiaria:

—La Anarquía sin amor libre no es Anarquía! Hay que pensar en el Amor con más fuerza que en la cuestión económica! Tiempo tenemos de ocuparnos de la raquíca tierra. Acudamos a lo que más urge!...

Se irguió. Sus ojos relampaguearon. El gesto desordenado, transfigurado el semblante por el turbión del Apocalipsis revolucionario, lanzó su grito heroico:

—¡¡¡Expropiemos la mujer!!!

Continuó:

—Estamos febricitantes como leones encendidos frente a la ignominia de su esclavitud encubierta! Lancemos a la faz torva de los inútiles maridos: ¡La mujer es libre! ¡Su triunfo estalla!... Caballeros cruzados del Feminismo, proclamaremos su derecho al placer en el gran día de la Revolución Sensual!!!

Tomó aliento. Se distendió en el diván. Echó a volar una nubecilla de humo de su cigarro de opio:

—Se niega a la mujer *la propiedad de su cuerpo*. No puede hacer uso de él más que para el Marido. Si dispone, por un derecho elemental, de su don de vida en beneficio del amante, arrastrada irresistiblemente por la Afinidad Electiva, soberana dispen-

sadora del bien de Amor, único criminal al que no se escuchan atenuantes, su dueño la degüella! Alevosía, premeditación, ensañamientos, todos los nubarrones lúgubres del crimen, están permitidos al *pater familias*, al déspota romano, para vengar su impotencia, su despecho, su atávico prejuicio. La Ley le entrega su cuchilla!

¡Código de tiranía que te ensañas con el débil!
¡Leyes depravadas dictadas por el Antropoide!

Dumas, en plena cátedra del teatro, sentencia, dogmáticamente, que a la *adúltera*, a la mujer autónoma, se la debe matar!

Burgués, tú habrías asesinado al pueblo en la Comuna!

La aberración entra por mucho. Un hombre enérgico decíame, refiriendo el caso de un marido que, al encontrar a su mujer *in fraganti*, la había arrojado por el balcón: Es el único medio de contener a la mujer!

El hombre que así hablaba era mi padre. Yo sentí protestar en mí, desde entonces, el alma de mi madre que me inspira, de la mujer de pasión y de aventura, de la desvanecida soñadora que la educación burguesa me enseñaba a odiar. Al defender al sexo siento que la defiendo. Mi esfuerzo libertario es un tributo altivo y vengador a sus dolores de Amorosa!

La Injusticia para con la mujer aparece siniestramente grabada, como una inapelable condena dantesca, en el frontispicio de los siglos, en las Tablas de la Ley.

Desde el comenzar del mundo un sexo indómito, feudal, inquisidor, prepotente, inmola en nombre de su fuerza, de su amor a la sangre, de su tenebrosa vanidad: estúpido tirano que exige a la mujer lo que no puede concederle su arcilla ideal. Otro, indefenso, paria, se refugia astutamente en la mentira, fuer-

za del esclavo. Sofocado, brutalmente desviado, abre sigilosamente con las armas de la Hipocresía el cauce inevitable de sus olímpicas sensaciones...

No nos asombremos de que las mujeres libres todavía engañen. Es la herencia de sus abuelas oprimidas!...

La Veleidad, el Capricho, que en cuanto a nosotros son cosa banal, corriente, sin ninguna consecuencia, gustados por la mujer, constituyen crimen de alta felonía. No puede ni siquiera arrepentirse de su presunta culpa que no tiene redención. El burgués no la perdona en nombre de Cristo!

La mujer está *condenada a amar*, de una manera regular, continua, insistente, sin un alto del corazón, como amaría una máquina, desde el principio hasta el fin de la vida. De lo contrario se la castiga con la muerte o se la envía a la cárcel. Se le exige que ame. Amar es su deber férreo, su disciplina estricta; bestia incondicional de reproducción y de afecto.

—¿Qué utilidad concede usted al divorcio en los conflictos de la Afinidad Electiva?

—Es una puerta de escape al Amor libre. Pero, no basta. ¡Hay que destruir el vínculo! ¿Quién puede responder del mañana? No nos obliguemos un solo instante y borrarémos la mentira que, en materia de amor, según Musset, es el único crimen.

Dice Godwin: "La institución del Matrimonio es un sistema fraudulento. El Matrimonio es una ley y la peor de las leyes. El Matrimonio es cuestión de propiedad y la peor de las propiedades".

Hay que ceñirse al inspirado anárquico. Todas las cobardías, todos los crímenes del Matrimonio se deben a que el hombre se considera dueño de la mujer. Cuando reconozca su independencia, las prerrogativas inviolables de su corazón y de su sexo, no será ya rencorosamente arrebatado por los mil es-

pectros lívidos de la Venganza. La fatal veleidad no le parecerá un robo depravado, un inicuo desconocimiento de los derechos sensuales de que se considera investido. No verá en ella el desacato irritante, el golpe de audacia de la esclava que provocó sus empujes de macho dominador, sino la despedida de un ser igual que se aleja...

—¿Considera usted imposible la fidelidad?

—Es un mito inventado por cenobitas impotentes. Un no-sentido del vocabulario burgués. ¿Somos nosotros fieles? Y si no lo somos, ¿cómo pretenderlo de las mujeres, hechas como diría Byron, de nuestra misma *arcilla inflamable*? ¿Nuestra sensualidad no es por ventura una rutilante mariposa? ¿Cómo pretender que la calumniada de Vigny, los sentidos despieratos, voraces, *entrainés*, se retracte de su feminidad para la exclusiva satisfacción de nuestro orgullo?

Cambiamos su sangre, cambiamos su fisiología: ¡hagamos otra mujer!

¿Qué es lo que inspira el deseo? La boca, los ojos... ¿Y esos detalles no se le encuentran iguales o parecidos en todos los hombres como en todas las mujeres? ¿Cuál es el sello que distingue al que debe sugerir la sensualidad única, al deseado sin fatiga, sin laxitud a pesar del tiempo transcurrido, del desgaste inevitable de las sensaciones?

Lo poco que razonablemente puede exigirse a la mujer, es la renuncia en aras del preferido. Nunca fui más halagado que cuando una mujer me dijo: "Me gustaba un hombre. Me hubiera dado a él... Pero, pensé que tú habrías sufrido... He hecho ese sacrificio por ti!"

¿El hombre y la mujer no representan un estímulo recíproco? ¿Dónde está esa Naturaleza disciplinada, matemática, que distribuye a los seres por parejas eternas, y cuyas potencias sordas de atracción se detienen una vez que los ha juntado?

La Naturaleza es variable, caprichosa, mujer! El Amor vive de deseos y muere de saciedad, dice la gran sentencia. La mujer es fatalmente voluble como el hombre. Es hija del hombre. ¡El Amor no perdona a sus elegidos!

Optemos: la mujer inerte, la montevideana sin alma, sin cuerpo, sin virtud siquiera dentro del mismo punto de vista convencional; sin abnegación, que nada hace vibrar, que presencia, impasible, instalada en un palco, los más grandes sollozos que atraviesan la historia afectiva de la humanidad y que revientan en la música; que mira sin comprender todos los torcedores, todas las angustias dramáticas del corazón estrujado; que no siente a Manón, que no comprende a Fausto, que denomina la pasión: cosas de los libros; que se vende estúpidamente contenta, *prostituta a plazo largo*, como diría Tolstoi, a la codicia de un burgués, con el cual sostiene una amistad de lecho imperturbable; que se apareja por una inercia del instinto, hembra salvaje, reproductora inconsciente, cuya cohabitación, como diría Nordau, no será nunca un episodio en el proceso vital de la humanidad: o bien, la amante y todas sus torturas.

Nosotros, los que hemos sido cien veces crucificados, martirizados, destrozados, no vacilamos. No damos nuestra quemante angustia por la plétora de satisfacción de los burgueses; no damos el tósigo de las traiciones que nos corroen, por la fidelidad jurídica de sus marmotas conyugales!

Día vendrá en que domado el atavismo sentimental, las mujeres puedan ser libres sin que nosotros seamos infelices. La Anarquía nos hará griegos... Safo, Aspasia, Bylitis, renacerán para nosotros en la Ciudad Futura.

Arrancados de la educación cristiana, nos acostumbraremos a mirar en el amor una cosa fugaz, como todo lo que vive.

Roberto se abstrajo.

Pareció como que escrutaba con la mirada en el corazón nebuloso de los tiempos. Haciendo historia:

—El Marido, tirano secular, comprendió que no podía someter al yugo de la constancia los sentidos de la mujer libre. Encarceló sus órganos en el centirón medioeval, mientras marchaba al combate. Ubicó entre sus muslos el ídolo del Honor, el sofisma romántico de la Virtud, impostura fisiológica que domina al mundo; y provocó en el alma dúctil de la eterna sacrificada, la emulación de su suicidio sexual.

En nombre de un hipócrita idealismo, le impuso con ferocidad de canívoro, el prejuicio de la Virginitad; estímulo hirviente del sensualismo salvaje, cantárida sádica cuidadosamente preparada en ofrenda a la perversidad de su egoísmo. Sacrificó a la mujer en su provecho. La condenó a la abstinencia. La hizo enorgullecerse como de un triunfo de la castración inicua, de la muerte del sexo, de la ignorancia inhumana del deleite, ese don de los dioses, que nos hace entrever un instante los paraísos a través de un fugitivo relámpago!

El Marido, el macho legal, fue secundado tenebrosamente en su obra por una religión contra-naturaleza, inquisición de la Carne, aberración idealista que se extendió sobre el mundo como una lepra! Hidra mortífera que en vano pretendieron ahogar en su harapienta cuna los brazos atléticos del paganismo, para vengar a los dioses, para vengar a la Vida!

Credo de odio, blasfemia contra todo lo que existe. Afrentó con una marca de barro de las Catacumbas la frente luminosa de la profética Safo, llamando cortesana a la creadora del Amor, Diosa de la Poesía, madre del Sentimiento; amante suprema inmolada en aras de Faón! Se arrastró torpemente para hincar su mordisco de venenosa impotencia en el

talón de Aspasia, doblada sobre las rodillas de Pericles con un gesto de elegancia genial que dibuja en la Historia su imperecedera silueta. Convirtió a Epicuro, embriagado sensualista, en un cerdo burgués. Revolcó en el fango la Voluptuosidad, estremecida, arrancada del Olimpo, manchándola, vilipendiándola. Se ensañó con la Belleza, reclamo del Amor, como si hubiera querido vengarse de todos sus triunfos de la Grecia, en su sed invertida de maceración y de clausura. Ultrajó a Venus, y habría hecho revivir a Friné, ante la que se arrodillaron los griegos, para encomendar a la Hoguera el vértigo alucinante de aquellos encantos asustadores. Renegó de su fundador, cuyo Código interpretaron impiamente los falsos abogados de su Ley, pues El se sentaba en los banquetes, rodeado por los racimos de la vid, y amó como un hombre: Hermoso judío calumniado, convertido en eunuco por su Religión!

La Secta iconoclasta modeló la síntesis de todos los rencores cavernosos del hombre contra la mujer. Soñó la *Bête Noire* de la Escritura. Lanzó sobre la que no ha cometido más crimen que el de sentir como el hombre, el anatema de los cenobitas, la cólera furibunda de los Padres de la Iglesia. Amparó al Marido consagrando la esclavitud de la sometida. Justificó todas las persecuciones, todas las violencias inauditas del *Mâle Originel*. Llamó *flaquezas* a las energías reproductoras de la carne de la mujer, a la generosidad de sus deseos, a la oferta inefable de sus sentidos!

¡Evangelio, mientes! El sexo frágil es el sexo estoico. La mujer castiga, cruel, injusta, con los disciplinazos de la Castidad, aberración homicida idealizada por la ley católica, sus carnes laceradas por las rebeliones frenéticas del Genio de la Especie. Más realista que el rey, defiende contra sí misma el interés erótico de su opresor despiadado. Ella, cum-

ple vulgarmente, heroína obscura de la penitencia cristiana, junto a la tentación, frente al ataque, la regla titánica de los soñadores del Cielo que dejaron al mundo la celebridad ascética de su nombre, por haber domado estérilmente en sus retiros de anacoretas, al Monstruo de la Vida; sostenidos por la Oración, la Soledad y el Ayuno!

Mucho le será perdonado a la mujer, porque ha renunciado mucho!

La Literatura se unió a la Religión en la obra de idealizar el Sofisma, las cualidades negativas impuestas a la víctima del hombre, como su laurel irremplazable, como la excelencia de su sexo. Dante y Petrarca representaron con sus amadas incorpóreas, la mujer sin sensualidad, el mito de la mujer pura, esa abstracción del espíritu cristiano.

Los poetas, en coro, encomiaron la *Virginidad*, la *Pureza*, el *Candor*. Fue un Olimpo invertido de sombras paradójales. La Castidad ocupó el lugar de Venus.

A imitación de San Agustín y de San Pablo, los rimadores fulminaron con su cólera de machos a quienes irrita la rebelión, a la inflamada sacerdotisa de Safo. Vigny la llamó: ¡Niña enferma doce veces corrompida! Musset la maldijo. Heine la acribilló de rencorosas ironías. Shakespeare la anonadó con su sentencia.

El petulante Honor, alma del teatro español, es todavía en la civilización latina un Dios terrorífico que se aplaca con sangre.

Un vocabulario de denuestos acoquina de pánico el deseo de las amorosas próximo a despuntar.

El Macho, la Religión, el Genio, todo ha conspirado para negar sentidos a la mujer, para hacer de ella, mientras el hombre se rebela al yugo, la encarnación del misticismo, la anacoreta de todas las

épocas, la expulsada llorosa de los Paraísos Orientales! . . .

Roberto hizo un alto. Humedeció sus labios en una copa de champagne. Soñó:

—Era el principio de los siglos . . . Extendida en el frío lecho de la Esposa, hollado su derecho de amar, sujeta a la impostura ignominiosa del Deber, a la opresión artera de la Virtud, la Esclava del Hombre, esperaba . . .

Entonces, frente al Marido, adusto conservador, ornada la frente por la diadema de un invencible prestigio, se irguió el Amante, símbolo de las caricias, tierra prometida de la Sensualidad. Lucifer olímpico, hijo de la Belleza, extendió a la carne torturada de la Mujer sus brazos de redentor. Fue Paris, fue el trovador florido, bohemio sentimental que mariposeaba alrededor de las ceñudas torres, prisión de la Castellana. Fue Macías, colgado de una almena. Fue Abelardo, mutilado, arrancando a las fibras de Eloísa, la sublime encendida, un grito anárquico de rebelión amorosa que desarraigó la Edad Media!

Ella, la Querida, se incorporó llamada por la sirena del Deseo. Entregó la boca . . . Heroína de su ternura, desafió a su señor. Se ofreció a la muerte. Selló el Amor Libre con la sangre de su Calvario sensual, y se llamó Francesca: pagana enardecida que abandonó, sonriendo, las delicias cristianas de la Resurrección en los nimbos azulados, para enroscarse, convulsa, al cuerpo de su Paolo. Estrella relampagueante de los círculos tenebrosos, rival vencedora de Beatriz en la Epopeya apocalíptica del genio místico a quien donó la Gloria! ¡Luz del *Infierno* que hace palidecer el *Paraíso*!

La lucha del Marido y del Amante no ha cesado jamás. Enemigos infatigables, dejan en la historia de

la mujer, un rastro de sangre y de odio que se prolonga a través de los siglos...

Si el Marido fue ayudado por la Religión, el Amante ha tenido de su parte el genio oculto del Paganismo que no pudo morir y que convirtió la concupiscencia grosera de la Escritura, en el divino pecado de los poetas! ¡El porvenir es del Amante, que triunfará con la Anarquía!

Roberto terminó su página. Nos quedaba una duda:

—¿No cree usted que la tendencia del macho por acaparar a la hembra, encierra una ley pródiga de la Naturaleza, una necesidad vital, pues, como se sabe, la mujer que se entrega a muchos hombres no reproduce?

—La reproducción, para la mujer, representa el sacrificio del individuo en el altar de la Especie. En otros tiempos se la forzó a sacrificarse. *La Adúltera* fue ametrallada a pedradas por la cólera rufianesca de la moral colectiva. En los pueblos salvajes, cuando el marido sucumbía, su mujer era enterrada viva junto con su cadáver. Semejante ceremonia es el símbolo potente de la imposición instintiva hecha por el hombre a la mujer del sacrificio de la reproducción. Debía seguir hasta en la muerte al macho único y fecundo.

Hoy que algo hemos progresado, que se habla de que es tiempo ya de separar las cosas del amor, de la violencia, de la injusticia del crimen cenagoso, ¿impondremos a la mujer, por la fuerza, por la sugestión del sofisma, por las persecuciones del desprecio, la inmolación de su individualidad, de su fantasía, de sus crispaciones, de sus espasmos?

Si quiere ser la *Amorosa* ¿estamos autorizados a negárselo? ¿En nombre de qué principio de moral libre confiscaremos la autonomía de su persona, la propiedad de su carne, la expansión gozosa de su

vitalidad? ¿En nombre de qué redención la cubriremos de ultrajes, la asesinaremos, en fin, si se rehúsa a dar su fidelidad en tributo a las sociedades, si niega el concurso de su pasivismo abnegado a la obra de la reproducción que pesa sobre ella como una injusticia innata?

Los griegos resolvieron netamente la cuestión recluyendo en el hogar a las reproductoras que elegían sanas y robustas, haciéndolas dedicarse exclusivamente a hilar y a cuidar de los hijos. Ellos, los egoístas, consagraban, entretanto, las horas a las bellas intelectuales del tipo de Aspasia. Las esposas, como los esclavos, eran los resortes ocultos de aquella brillante humanidad que vivía de su sometimiento.

Según cuentan los historiadores, Pericles, el acariciado de Aspasia, decía a las matronas que el más risueño galardón de que podía la mujer enorgullecerse, consistía en dar su tributo de hijos a la Patria. La palabra del gran amante era una recompensa y un estímulo para el sacerdocio de las enclostradas.

Aquellas matronas, aquellas espartanas, como las romanas austeras, no amaron, no fueron mujeres. Vestales de la religión de la Patria, férreos corazones de guerreros, inexorables Juno, indómitas para el deseo, sin el desmayo de la ternura, que amamantaron en sus pechos a los ciudadanos. Ellas encarnan en la historia de la mujer pagana la tiranía ególatra del sexo combatiente. Lucrecia, mártir de la *Virtud* antigua, se inmola con un gesto épico de renunciación sobrehumana, a la soberanía reconocida del Macho.

La Moral Anárquica, pura como el Eter, nada puede imponer. La más leve elasticidad de la astucia, la más ligera tensión de la fuerza, sería el suicidio de nuestro armónico ideal.

Borremos, anarquistas, hasta el recuerdo de nuestra opresión nefanda de hombres, atormentadores de la mujer desde las cavernas.

¡Purifiquémonos! ¡Libertémonos!

¡Supremo dolor de crear por el que la mujer ha sido apuñaleada por nosotros! ¡Tributo de sangre y de torturas en aras de la Especie, que le hemos arrancado con sangre y con torturas!

Hagámonos perdonar nuestra ignorancia de todos los siglos, nuestra cólera exterminadora, ominoso carcelero, que rechinaba, celosamente, los dientes al lado de la presa...

Nada podemos exigir a la eterna ofendida. ¡Supliquémosla!...

Ella, que abandonó por el hombre ingrato, por su asesino, el Paraíso de la leyenda, que lo abandonaría de nuevo, como dice Musset, por seguirlo y por consolarlo, por morir sobre su corazón, no se resistirá... La Fidelidad, si bien no dura, si bien inestable, existe. Cuando la mujer sea libre, la Vida, lejos de morir, será más bella. ¿La veleidad inquieta del deseo no esconde, tal vez, la ley de renovación de la Naturaleza? Nada se detiene. Todo bulle y se transforma en el laboratorio de Proteo de sus laberínticas elaboraciones. Exacta, infalible, pero sutil y complicada!

Nuevos moldes, nuevas armonías, nuevos entrelazamientos, nuevas formas, busca con turbulento afán el genio afiebrado de la Naturaleza en los anhelos de Hombre y de la Mujer por la sensación intensa que agota la repetición del mismo beso, el fro-tamiento de la misma sensualidad.

Que la Vida, poema de palpitación y de fuerza, no nazca pobremente de la inercia del contacto matrimonial, amanerada, trivial, burguesa, artificial casi, denigrada, marcada en la frente por el bostezo sacrilego que la engendró en los hastíos. Que surja

estremecida, eléctrica —desgarrón de la carne—, de la vibración extrema de los abrazos tempestuosos, de la fecundación inspirada, violenta, del rayo del espermatozoide precipitado con vértigo!

¡El Amor Libre es un canto a la Especie!

Roberto, de pie, con un gesto de proclama:

—Esclava del hombre, libértate. La hora ha llegado. Los eslabones de tu cadena han sido entreabiertos por la Idea, nuestra sublime aliada. Un esfuerzo y eres libre.

No creas a la Virtud, no creas al Deber, no creas al Honor.

El Tirano te engaña para oprimirte. ¡Rebélate!

Te pertenecen como al hombre la Tierra y el Cielo. Son tuyas todas sus embriagueces. Coronate de rosas. Ama. Recoge a manos llenas la vida en tu regazo! La Tierra, nuestra madre, se estremece de júbilo al acercarse tu redención. No temas, hija de Venus. Los Dioses han renacido. Están presentes y te amparan.

Si tú eres, como afirma la lúgubre Escritura que te pisoteó por haber amado, la inventora del beso, la curiosa instigadora del placer, nosotros te bendecimos! Si nos arrebataste un paraíso, fue porque tenías para ofrecernos, en cambio, el de tus brazos! Acércate, Voluptuosa.

Brindemos en el festín pagano al beso que descubriste, consagrado en todas las bocas que se te ofrecen... Nosotros insaciables, lloraremos aún tu infidelidad con lágrimas atávicas. Precursores, nos sacrificaremos. Sellaremos con nuestros celos, con nuestra sangre, el Evangelio de tu libertad deliciosa. Amantes, no queremos engañarte ni engañarnos. Te pediremos que nos ames hasta donde ciñan tus brazos, hasta donde alcancen las fuerzas de tu sentimiento, la resistencia de tus fibras, las energías de tu sensación. Acércate, confía. Tus fieles caballeros

te defenderemos, si es preciso, en el torneo de la barricada, con nuestros pechos pujantes de amadores, y haremos tremolar sobre los vencidos arrodillados, nuestra enseña de guerra: los colores blanco y rosa de tu carne sensual!

Dos golpes dados en la puerta interrumpieron a Roberto. Entró un mensajero. Le entregó una carta. El Amoroso sonrió:

—Letra de la Favorita!..

—Todo lo que se relacione con su emocionante aventura es de interés público. Comprometemos a usted para un tercer *Interview*, en el que hablaremos de psicología femenina. La pequeña anárquica nos interesa en el más alto grado.

—¡Con ella proclamé el Amor Libre! Cuando la libertaria desplegó ante el público, con arrogancia inaudita, su veleidad caprichosa, los sórdidos burgueses lanzaron un grito de triunfo. Sonrisas de feliz ironía florecieron en todos los labios. Me creyeron vendido, pisoteado por mi heroína que los vengaba, inocua ilusión!

Yo dije a la volcánica Favorita, en el albor de nuestras caricias, que sólo aceptaba en sus abrazos la más espontánea comunión del sexo; que su menor sacrificio en aras de la fidelidad ofendería en mí al orgulloso, al anárquico. Le sugerí con imperio que se rindiese a su naturaleza, a la Naturaleza. En mis brazos, en brazos de otro, no ha cesado un momento de ser mi bandera!

TERCER INTERVIEW

Roberto se incorporó en el diván. El rostro del imitador de Hassán dibujaba en sus líneas trémulas, en la opacidad de su mirar, un agotamiento de amor orgiástico, los estragos trastornadores de una noche

heroica: ojas borrascosas, pupilas dilatadas en que parecía retratarse todavía como el ansia de retener las ráfagas de las delicias...

—¿La Favorita vuelve de su *bégain*? (1)

García de Zúñiga sonrió:

—Es una gata que araña mi puerta para que le abra...

Extendiendo una mano en que centelleaba como una constelación apiñada, un anillo antiguo, heráldico, nos mostró, sobre una mesa, un tropel febril de cartas revueltas: todo un archivo de amante coleccionado en horas...

—Permítanos usted —dijimos con efusión—, ilustrar al público poniendo ante su vista esos documentos milagrosos y carbonarios de amor libre, escritos por una mujer, lo cual eleva al paroxismo su mérito de propaganda. Expolearán en el espíritu de nuestras cloróticas, faltas de personalidad y de arranque, el sentimiento latente de la soñada autonomía. La carta de la Favorita que conoce el público, fue acogida en los círculos anárquicos con una fiebre de regocijo. Se la reconoce como una obra maestra de convicción y de valentía!

—*Très volontiers*. Voy a presentar a usted esas cartas por orden de fechas—. Y con una sonrisa en que se traicionaba un matiz de orgullo por el talento de la discípula, el Doctor en Anarquía y en Voluptuosidad, se orientó en las cartas de la *traviesa*—: Primera carta —dijo— Proclamación de los derechos de la mujer!

“Señor Roberto de las Carreras

“Mi buen amigo:

- (1) *Bégain*, en parisiene: efímero capricho sensual. Dicen las *boulevardières* de un hombre con el que han tenido un entretenimiento pasajero: “J’ai eu un *bégain* pour”...

“Es usted un hombre lleno de queridas en Buenos Aires. Le previne que lo sabía. ¿No es según usted la mujer tan libre como el hombre? ¿No son esas las máximas anárquicas, las prédicas de Kropokine? ¿No es usted su más decidido misionero?”

“¿Tú no me repetiste millones de veces que tú creías que la mujer, si el amante le era infiel, podía serlo también ella?”

“Tú me tratabas con frialdad. Yo era apasionada, vehemente, te idolatraba; pero, ¿pensar que tú vivías con otras mujeres! Juré no perdonártelo, y así lo he hecho.

“Te saluda,

Berta.”

—Segunda carta —presentó el Maestro—. Divorcio anárquico planteado por la discípula.

—Tentativa de provocarme celos, con fines de aproximación amorosa.

“Mi ex-querido oficial.

“Roberto.

“Me voy a Europa. Si quieres tener alguna aventura conmigo, avísamelo con tiempo. Creo que el divorcio legal es una cosa enteramente burguesa, anti-anárquica... Supongo que no caerás en esa debilidad, tú el caballero de sangre azul y de corona de amantes!”

“Fuiste anarquista. Continúa siéndolo. No reniegues. Me aseguraste que te atenías a las consecuencias de lo que predicabas...”

“Yo voy a Madrid, a ser feliz o desgraciada. Chi lo sá! Tú sabes mejor que nadie lo que voy a buscar allá!...”

“Te saluda tu ex-querida oficial,

Berta.”

—Tercera carta: La discípula continúa fingiéndome con artera coquetería, un viaje a Europa.

“Estimado amigo:

“Anoche le escribí. Como no he recibido contestación a mi atenta carta, le envío ésta para que no vaya usted a imaginar que he prescindido de su parecer en lo que respecta a mi viaje a Madrid.

“Está usted en un error si se ha figurado que voy en busca de alguna persona. Voy sólo a distraer mi joven imaginación en esa ciudad antigua de chulos, chulas, toreros y verbenas. No voy en busca del “chulo” que usted piensa, pues aunque sé, lo mismo que usted, que sería muy feliz a su lado, no quiero ser yo feliz mientras hay en el mundo una persona que lloraría eternamente mi ausencia, sin consuelo. . .

“Queda usted sabiendo que su ex-amante se embarca mañana para Vigo en el “Cap Frío”, desde donde se trasladará a ese Madrid que tantas joyas inestimables contiene.

“Lo saluda,

Su amiga.”

—Cuarta carta: La Gata araña mi puerta. .

“Mi amigo Roberto:

“Creo poder llamarle así estando tan próxima nuestra reconciliación, la cual se efectuará, lo preveo, a bordo del “Cap Frío”. Yo me embarco mañana o pasado, aún no lo sé. Es seguro que tú al saber que yo parto, resolverás también tu viaje, fingiendo una resolución de pronto cuyo fin no será otro que privarme de ir a Madrid. . . o porque no puedes estar lejos de tu “queridita” adorada de otros tiempos.

“Espero que me contestes. No creo te halles tan abatido que no puedas escribir. . .

Berta.”

—Quinta carta: La Gata finge huir y, a la vez, promete. Deja oír un *miau!* mimoso y suplicante.

“Estimado amigo:

“Esta tarde, a la una y media, me embarco para Europa. Voy directamente a Vigo, y de allí a Madrid. Usted me ha escrito, al fin, diciéndome que imitando a Hamlet, me dé este consejo: ¡Vé a hacerse artista!

“Puede que recurra a mis condiciones de artista y puede que no.

“Dejo a Raúl. Vé a menudo a verlo, que es hijo y retrato tuyo. (Ahí no hubo fraude).

“¿No te han cicatrizado todavía las heridas que te he causado? ¿Para qué están los besos de la queridita sino para cicatrizar?...

“Contéstame antes de la 1 y ½ cualquier cosa”

—Sexta carta. —El Maestro se dirige a nosotros con exquisitez—: Luego de haber leído la traviesa el primer reportaje que tuvo usted la deferencia de dedicarme en la brillante hoja *La Rebelión*.

“Señor Roberto de las Carreras.

“García de Zúñiga, Príncipe de la Aldea:

“Lo saluda con la debida consideración y le pide a usted, rey del ‘esprit’ y de la oportunidad, permiso para hablarle, esta humilde, pero honrada mujer.

“Deseo tener una entrevista con usted o con alguno de sus ministros (1), para tratar de una cuestión concerniente al estado... de nuestras cosas.

“Yo me conduzco siempre como una heroína de novela elegante. Pretendes que soy tu discípula. ¿No es verdad que habrías dado cualquier cosa porque la discípula no te saliera tan adelantada?

“Si viviera Clara, tu madre, comentaría con ella la indiferencia que finges. Ella me calmaría dicién-

(1) La Favorita se refiere a los señores Francisco C. Aratta y doctor Domingo Arena que intervinieron en esta sensacional aventura.

“dome: ¡Amantes como éste he tenido a millones!
“Si quieres a Raúl, te lo entregaré; pero antes
“quiero hablar a Su Santidad y pedirle de rodi-
“llas... que se quede usted en su casa y yo en la
“mía.

“Ahora seremos dos las grandes señoras. ¿Qué
“te parece?”

—¿A qué alude ese elegante alarde?

—A que, en una carta a mi hermano materno Raúl García de Zúñiga, yo proclamé a mi madre: “Ha sido la única gran señora de este pueblo. Paseaba insolentemente sus conquistas por la faz de la miserable aldea!” La Favorita ha imitado a mi madre, a la que yo rindo el culto de una exaltada devoción, para engrandecerse a mis ojos... Como todos han visto, ella ha paseado también insolentemente su conquista por la faz de la miserable aldea!

El Doctor sonrió con su fina ironía:

—También ella ha sido una gran señora...

Zúñiga apuró la sabrosa epístola:

“Te saluda de rodillas o de espaldas, como tú
“quieras,

Berta.”

—¡Soberbio! —nos salió del alma.

—La pequeña se hace leer —comentó modestamente el Iniciador—. Séptima carta: La Gata empuja audazmente la puerta con el lomo:

“Mi amigo o mi enemigo, lo que tú quieras ser:

“¿No quieres hablar conmigo? ¿Tienes acaso
“miedo de que te domine todavía? No creo que así
“sea, pues tú has declarado en el “Interview” que
“me has fascinado...

“Yo necesito hablar contigo siquiera un cuarto
“de hora. Deseo comprobar que me dominas... Si
“no accedes, creeré que temes que sea yo quien te
“domine a ti...

“Deseando se te cicatricen pronto las heridas, te envío el mejor remedio: la antisepsia de los besos. Si no los quieres aceptar, harás como esos heridos que no creen en la antisepsia y se dejan comer o curar según la enfermedad lo desee.

“Contéstame si me quieres hablar o no. No te hagas el fuerte. En el fondo deseas la reconciliación, hasta me la pides, puede decirse que de rodillas, no porque no puedas vivir sin mí; no! sino porque temes que vaya a ser feliz a la capital de España!

Bertita”.

—Octava carta, en contestación a una mía de reproches.

“Amigo:

“Extraño mucho la resurrección de Lázaro en estos tiempos del siglo 19 o 20.

“No he vuelto a unirme. Yo soy libre; tú, un simple, gran amigo.

“Espero que me contestes por el mensajero.

“Te saluda quien irá a mejorarte de tus heridas.

Bertita.

—Novena carta. Con refinado arte de amante vuelvo a incomunicarme en un riguroso silencio, excitando el deseo de la Favorita. . . Me llama desenfadadamente a una cita tratando de conmover mi debilidad de padre.

“Queridito:

“Tengo urgente necesidad de hablarte. Raúl está muy grave. . . Deseo también referirte un gran escándalo social. Cierta ministro de una legación americana ha encontrado a su mujer in fraganti con su secretario y le ha disparado dos tiros. Parece que ha querido después envenenarse románticamente con fósforos, por amores contrariados. Espero hablar contigo esta noche. No vayas a mos-

“trarte burgués, queridito. Sé anarquista. ¿Quieres
“o no? Nos reiremos mucho del buen diplomático y
“haremos una elegante orgía.

“Se despide,

La Chiquita”

—Confieso que esta chiquilla me entusiasma —
declaró con énfasis Roberto—. Mi discípula en Vo-
luptuosidad, mi discípula en Anarquía, mi discípula
en Literatura! Es una naturaleza legítimamente ori-
ginal y creadora. Se le abren dos caminos: la lite-
ratura o el teatro.

—¿Ha satisfecho usted el deseo de la gatita?
—preguntamos, dirigiendo una discreta mirada de
soslayo a las ojeras insondables del Amoroso—. ¿Fue
conmovida su debilidad de padre?..

—Era media noche. Fumaba yo un cigarrillo
turco, evocando perezosamente en los devaneos de
las aureolas efímeras, morbideces de mujer, mirajes
alucinantes de una fantástica lujuria. Cerníanse a
mi alrededor las hadas del humo... .

Suena un golpe en la puerta del cuarto conti-
guo, suena en la pared, vuelve a sonar en la puerta.
Se habría dicho una sesión de Espiritismo al que
soy tan afecto: *des esprits frappeurs!* Me levanto.
Me acerco a la puerta. Silencio. De repente, una
voz cuyo timbre me es familiar, canta a la sor-
dina.. .

La voz se interrumpe.

Un nuevo golpe dado a la puerta, no me deja
duda de que se trata del espíritu burlón y encar-
nado de la Favorita. Gusté de aquella audacia.

—Roberto —me decía la *traviesa*, desde el otro
lado de la puerta—. ¿Me vas a matar? Si me vas a
matar abro lo mismo!

—Abre. No temas. García de Zúñiga no ruega
a ninguna mujer, pero, se abandona a todas aquellas
que solicitan los favores de sus armas corteses.

Entró. Un pilluelo. La nariz *retroussée*, rabiamente parisiense, las alas abiertas, olfateando el Amor. La cara, un rayo de malicia; un chiste. Los ojos, dos almendras exactas; alargados, sombreados, mordaces, juguetones, chispeantes. Una cintura que podría caber en un círculo formado por los dos pulgares y los dos anulares. ¡Una paradoja como madre!

La cabeza dorada, rizada, de cabellos cortos. Un sombrero gris con una bandada de pájaros volando bajo el ala.

Se acercó a mí. Buscó la expresión de mi rostro. Engolfó sus brazos entre mi chaleco y mi saco, envolviéndome cálidamente por debajo de las axilas.

—Te he engañado, Roberto, pero no puedo vivir sin ti! La *Chiquita* te adora!

Se abalanzó a mi boca, poseyéndola, abarcándola con un gran mordisco clavado, fijo. Sentí su lengua. . . carnosa, dura, húmeda de licor viscoso. La agitó, trémula, en mi boca; impaciente, con prisa; febril por evocar al macho, segura de que mi sensualidad despierta sería su Victoria. . . Me ablandó, me reconquistó hasta el fondo de los sentidos! . . .

Fue como cuando después de una inmensa fatiga, aflojamos exquisitamente nuestros miembros en la pereza de un lecho. Mis nervios crispados por el dolor, comprimidos como por una inexorable muela de hierro, se distendieron con una impresión de delicia, de inefable alivio. . .

¡Ah! la amante que nuestra boca desesperadamente nostálgica, ha creído perder, que después de haber entrado en nuestros huesos, en nuestra sangre, ha huido, dejándonos la obsesión de sus caricias irreparables, y que, de repente nos empuja con su pecho, nos incita, nos ruega, se restrega, expirante, contra nosotros! . . .

Nos perseguíamos, nos chocábamos, nos buscábamos hasta el fondo de la boca!

El lecho, enceguedo enajenamiento, se ofrecía...

Nos desvestimos el uno al otro, con violencia, arrancándonos las ropas que arrojamos, dispersas. Nos tiramos sobre el lecho.

Al colocarla, ella, con una suprema sed de espasmos, en la mirada:

—Que dure mucho... mucho. mucho..

Enseña Bilitis: El amor no es un pasatiempo. No es ni siquiera un placer. Es un trabajo áspero, una tarea ímproba, un esfuerzo temerario que rinde. ¡Amante, no descanses, no duermas! ¡Que batan furiosamente tus sienes, que la fatiga desarticule tus miembros, que una barra de fuego, lacerante, atravesase, implacablemente tus tobillos! No pienses en gozar. ¡Haz gozar! ¡Sacrifícate, y podrás decir que eres un amante!

Yo recordé a Bilitis. Con un esfuerzo sostenido, hábil, empujaba una y mil veces hasta el choque de la sensación, a la querida que se abría deliciosamente debajo de mí. Tocaba el cenit. Desmayaba. Yo la arrebatava de nuevo. La cabeza flotante, desgajada, ella se abandonaba al enloquecimiento de la ascensión!...

Batía convulsivamente los dientes con un ronco estertor... Se crispaba. ¡Su goce estallaba!

—¡Más! ¡Más! ¡Más!

Con una potencia olímpica de sensaciones, con un vigor sin fondo que hundía a la derrota, como espoleada por el vértigo de perseguir al placer hasta en sus últimas resistencias, para anonadarlo, para extinguirlo, su carne buscaba exasperadamente mi carne. Yo, sudoroso por el rigor de la épica lucha, invoqué a la sensual Afrodita, pidiéndole hiciera descender sobre la médula de su sacerdote todas las

potencias de su afrodisíaco imperio, sosteniéndolo en la ruda labor de su sagrado Rito. Con el nombre de la Diosa en los labios, rechazaba, frenético, la desordenada acometida de aquella carne pujante, moviente, victoriosa de la fatiga, ágil, que escapaba, volvía, culebreaba, mordía, en la que yo ahondaba con erótica cólera, en la que hubiera querido penetrar yo, ¡por entero!

Combatíamos, reñíamos, encarnizados, anudados, inexorables, ciegos!

—¡Entrégate todo, dame tu sangre!

Las entrañas, estremecidas por aquel grito, sentí que mi ser se fundía, se derretía...

Ella, los ojos entornados, esbozaba una sonrisa en la beatitud de un éxtasis...

Con una voz remontada, etérea:

—¡Eres espléndido!...

Me eché a su lado. Cerré los ojos y di gracias a la Diosa. Despertamos de nuestro breve sopor.

Enroscó mi brazo derecho a su cuerpo. Se acurrucó:

—Así... así... así...

Un minuto pasó. Clavó en mis ojos sus ojos fijos, desmayados, como haciéndome beber su deseo. Su cara se desencajó retratando una vehemente súplica muda...

Febricitante:

—Tú, sobre mí...

Yo tuve como el ansia de *enfonce* al otro, cuyo recuerdo traspasaba mis fibras y daba un amargor agudo a mis delicias:

—Toma mi sangre, tómala toda!

Me erguí apoyando mis dos puños sobre el lecho, alzándome con esfuerzo. Sin cesar de oprimirla:

—¿Cuál de los dos te ha hecho más feliz?

Ella clavada en el lecho, entró en mis ojos su ansiosa mirada:

—¡A ti te quiero!

El insomnio rojo palpitaba... Francesca.. Cleopatra... Bilitis... Flotaban alrededor nuestro las imágenes candentes de las Amadoras...

Llegó el alba.

Ella prorrumpió:

—¿Me quieres, me quieres lo mismo que antes?

Yo, con un rencoroso despertar del macho, duramente:

—¡No!

Ella estaba sobre mí... Me tiró los brazos atrayendo suavemente mi cabeza por debajo de la nuca; se echó toda sobre mi pecho. Su cabeza caída sobre mi costado, como queriendo esconderla en mi axila, me golpeó desesperadamente con el rechazo convulsivo de un sollozo. Con una efusión de su monería, entre el llanto:

—Tú tuviste la culpa... Tú me habías dicho siempre que el amor libre es una cosa tan linda... Quise probar...

Yo, sonriéndole:

—¿Por qué lloras, anárquica? La propiedad de tu cuerpo nadie puede disputártela. Eres dueña de tus placeres, libre de amar, de gozar a tu antojo...

Ella, con un despertar enternecido de la esclava de amor, desolada con la nostalgia de disipado yugo:

—Yo te he robado, Roberto! Yo era tuya... sólo tuya!

Le aferré la boca con un beso largo, insistente, profundo. Consolándola:

—¿Me tomas por un burgués? Yo soy el misionero del Amor Libre... el discípulo de Kropokin... Seremos siempre amantes!...

—Pero, ¿me querrás?

Yo, con coquetería:

—Como antes, no...

—¿Y si yo te pidiera de rodillas que me quisieras?

Se arrojó del lecho. Se arrodilló. Juntó las manos suplicantes. Con su carita de gata, los ojos mojados:

—Yo te pido que me quieras un poco, nada más que un poco... ¡un poquito!

Volvió al lecho. Se acurrucó. Me estrechó. Se agitó:

—Yo haría una penitencia... Dormiría a la intemperie... Lo que tú me impusieras... ¿No me querrás? ¿No?... ¿No?... —meneaba su cabecita.

—Te querré... sí... sí... —le dije succionándole el lóbulo pulposo de una de sus orejitas.

—Vámonos, Roberto. Vámonos lejos... Llévame a Europa, escondida en el camarote...

Se tiró del lecho, la rosada camisa flotante. Tirándola por detrás se la ciñó al cuerpo... Mira qué bien formada soy... ¿Verdad que no me parezco a las uruguayas?

Yo sonreí, como esteta y como parisiense, ante aquel ágil cuerpo de efebo, el pecho falto aún de desarrollo, prematuramente cansado por las borrascas de la sensualidad; pero, el vientre intacto, la cintura exigua, las piernas de tobillos finos y pantorrillas voluminosas, que, en ese cuerpo ligero, eran toda una sorpresa de carne pidiendo la dentellada!

—Mira mis brazos. —Y se golpeó uno contra otro sus brazos nerviosos, tendiéndolos—. ¡Tienen músculo! —Crispó una de sus pantorrillas y se destacó bruscamente, debajo de la piel, la fibra esculpida. Se explicaba por aquella envoltura, su pujanza para el placer, sus abrazos en los que parece encontrar nuevas fuerzas, su celo poderoso de leona!

Puso en mi mano uno de sus piecitos *mignons* de uñas agudas, encorvadas, de gata.

—¡Mira qué piecito tan lindo!

Lo besé con mimo.

—Vamos a almorzar juntos —con picardía— ¿o prefieres que me vaya?

Una camarera nos sirvió en la habitación. Envolví las piernas de la Favorita en una manta y la senté a la mesa, desnuda, palpitante en su camisa color de rosa.

Ella:

—Sírvenme en la boca.

Mordí una aceituna y se la puse entre los dientes.

—Otra.

Después de chuparlas las deslizaba lujuriosamente en mi boca. Yo se las devolvía. Ella las sorbía con fruición, los ojos desmayados... Jugueteban nuestras lenguas.

Le ofrecí un beasteff.

—¡Pásale antes tu lengua!

Tuve esa galante complacencia. Devoró la presa con avidez!

Concluido el almuerzo:

—Quiero fumar como las francesas!

Encendí un cigarrillo. Luego, se lo di a ella en la boca.

Fumaba con torpeza, estirando los labios, chupando el cigarro, aturdida por el humo que se le escapaba a los ojos.

La puse sobre mis rodillas, en su desnudez airosa, los rizos rubios desordenados, embarazada por el cigarrillo, fingiendo echar el humo con desenvoltura... Una expresión de malicia acariciadora... Tiró el cigarro. Me abrazó estrechamente:

—Rrrico... Rrrico...

Me miró con ojos hipócritas:

—¿Vamos?

La alcé. La descargué sobre el lecho. Puse en pie las reservas. ¡A mí, Afrodita!

Con su expresión desmayada, con sus ojos caídos, volteados, me entregó la boca, blanda... Rechinó los dientes, traspasada de sensaciones! Se revolvió con furor, mordiéndome famélica, hundiéndome en los flancos las uñas afiladas! Se retorció como en las angustias póstumas con que se arroja el hálito. Batió, en desorden, la borracha cabeza, desesperadamente dichosa! Me atravesó los oídos con un monólogo de gritos epilépticos, intermitentes, repentinos, incisivos, prolongados!

Me aferró los hombros con sus dos manos eléctricas, me sacudió:

—¡¡Querido!! ¡¡Querido!! ¡¡Querido!!

Rodé junto a ella, exhausto, la cabeza de plomo, martirizado, febril, sintiendo despedazarse mi carne, zumbiar mis oídos; envuelto en el tumulto de un oleaje de fuego que atronaba mi cráneo!

Bilitis, consejera del placer, sublime maestra, ¿he cumplido estrictamente tus ritos?

Como sus ansias me lo exigían, le he dado toda mi sangre, pero nada puede colmar el deseo de la iniciada, inagotable servidora de Venus! Semejante triunfo es superior a las fuerzas humanas de tu sacerdote. El cuerpo de esa pequeña pantera, entregada al sueño, quema, en las noches, como un contacto incandescente. ¡Oh Bilitis, es tu santuario! Arde en él la lámpara del Templo... ¡Estoy rendido, oh maestra, después de la justa en que inflamado de fanático celo, observé tus enseñanzas imperiosas, tu augusta disciplina, tu inexorable regla de Amor!

¡Ah! . . . no podré conservar a la poseída de tu devorante llama, no podré domar con todo mi heroísmo, con toda mi abnegación en el deleite, los ímpetus sagrados de sus sentidos en convulsión. No podré ahogar en la ola bullente de mi erótica sangre, sus homéricos arrebatos, su frenesí de Diosa!

Expiraría en el esfuerzo, abandonándola a mis rivales!

Bilitis, estrella de los deseos, numen de los amorosos, ayúdame, prémíame... ¡Siento escapar la Gloria!

Me abandoné en las sombras de mi desgarradora extenuación, a la felina que me acosaba sin tregua, ensañándose. Sentía su lengua viborear en mis encías; su mano que pretendía arrancarme la carne a puñados, despegándola de los huesos! Sus dientes, hincarse, enconados, en mis brazos, en mi pecho, en mis costados; sus labios absorberme el labio como para exprimirle la sangre; su boca, aspirarme, llenándose de mi carne dolorida... su vientre, frotar contra mis muslos la agonía palpitante de los espasmos!

Me revolví. Busqué con la mano trémula su centro de placer. Vibró como si hubiera zigzagueado en sus nervios el choque convulsivo de una pila!

—¡Aaaaaah!... ¡Aaaaaah!... ¡Más!.

—¡Te haría morir!...

Moviendo su cabecita con inefable coquetería:

—No hagas esa caricia a ninguna otra mujer ¡La harías feliz!

Yo la escruté en el alma:

—Tú debes haberla enseñado al otro. .

Soltó su risa de dientitos *mignons*, deliciosamente pilluela:

—¡Sí!...

—¡Ah!... bandida, golosa, ¡y me pides que te la reserve! Pretendes absorber?... Esclavas, os daremos la Libertad, pero no el Imperio!

Enloquecida, quiso arrastrar todavía mi mano:

—Hazme morir... hazme morir. queridito!

La envolví con mis miembros, la acurruqué, la inmovilicé. Con galantería:

—Me has vencido.

Olvidió el placer, electrizada por su rayo de travestura:

—No te avergüences, Roberto. Yo soy capaz de derrotar a los más grandes generales! ¡Soy tan potente! ¿Sabes lo que me gustaría? Tener un harem de hombres! Tú serías mi Favorito... El otro, tu homónimo, mi segundo Favorito..

—¡Hum!... —hice yo.

—Tú no eres bien anarquista! El burgués te tira. ¡Sé anarquista! Me gustaría también tener tres o cuatro amantes, ir a una orgía, y que en ella, mis amantes, borrachos, se confesaran, unos a otros, sus relaciones conmigo, que fueran italianos y se despedazaran con los estiletos! Yo, ebria de champagne, me encharcaría en su sangre... ¡Cómo me reiría de ellos! Yo voy a acabar por reconciliaros a ti y al homónimo... No le comparo contigo... Tú eres más elegante! El ha leído tu "*Sueño de Oriente*" Le gustó muchísimo.

—Debe haber aplicado —dije—, mi erudición voluptuosa.

—¡Es tu discípulo! Yo soy una fiera, Roberto. Soy capaz de acostarme con él y contigo al mismo tiempo. A ti te pondría a la derecha... ¿Tú no me permitirías que yo fuera de los dos? El me paga la casa y tú los vestidos. Déjame que viva con él y lo haremos, a su vez, marido... .

Yo me paseaba echando humo escuchando con risas a la traviesa. ¿Que no se perdona al esprit?

—Ven, Roberto, ven. Te voy a decir una cosa linda para que pongas en el libro "*Amor Libre*" Acércate. acércate. . Yo no puedo hablarte de lejos. Siéntate, aquí, en la orilla de la cama. Abrázame. Así... . Vamos a hablar con talento.

Para mí los hombres son unas rameritas. Siento necesidad de burlarme de ellos, de hacerles mal. A ti te he sido infiel por gusto de hacerte daño, de pin-

charte... ¿Esto me vendrá desde las cavernas? En mi harem tendría a los hombres desnudos, colgados, como cuadros. Los tendría alfombrándome el suelo, gordos, bien cebados, y al entrar, los pisaría, los hundiría, les pegaría con el taco en la cabeza!

Yo tendría a los hombres para que me dieran placer. Tu homónimo: un chulito que hace el amor a la española, me gustaría a una hora... Roberto de las Carreras... ¡Ah! ¡Ese es una gran *coccotte*, una prostituta francesa de alto vuelo, un refinado!... Lo mandaría a buscar a otra hora... Me gustaría tener un amante muy rico para un aturdimiento de cuatro o cinco días, para una orgía estrepitosa: champagne, teatros, paseos en coche... Después, lo dejaría. Me gustaría un amante para un mes. Otro para un año. Otro para quince días.

La engañadora sonrió:

—¡Tú, para siempre! ¿Tiene gracia la chiquita? ¿No es verdad que yo te hago mucha gracia queridito? ¿Te gusto mucho, verdad? No te domino sino que te ablando...

Oye: ¿una mujer no puede tener un capricho? ¿Tú no me decías siempre que te reservabas un *veto*, que cuando la ocasión te lo permitiese te ofrecerías una mujercita *extra*? Pues bien, yo me he ofrecido un *hombrecito extra*! ¿Qué tienes que decir? ¿No hacía lo mismo tu madre? Yo te he hecho a ti lo que tu madre le hizo a tu padre... ¡Ah!... Cuando te vi aparecer aquel día... ¡Vi la muerte! ¿Quieres que te diga de qué color es la muerte? Es rosada! Vi un velo rosado delante de los ojos...

—Me parece —dije yo con severidad—, que pudiste omitir una serie de disimulos que no se hallan comprendidos en las máximas de nuestra madre, la Anarquía.

—Lo comprendo, Roberto, pero es así el *capricho*. Hay que hacerlo a a escondidas. Es así que tiene

gusto... Es la robadita... Además yo no quería dejarte. ¿Dejarte?... ¡Jamás! Habríamos partido para Europa, como pensábamos, embarcándonos en Buenos Aires, donde tú estabas. Una vez en el vapor, adiós América! Yo me había hecho un placer y te había ahorrado un disgusto!

Un capricho, Roberto, lo tienen todas las mujeres. Tú bien lo sabes. Has aprovechado de algunos... Matarme a mí habría sido como matar a las que han sido infieles a otros contigo... ¿Qué habrías dicho tú si las hubieran matado a ellas? ¿Por ventura los hombres no quieren a una mujer y gozan a otras muchas? Yo soy hombre, Roberto. Ese chiquilín me gustó. Tiene un no sé qué agradable en la cara, en la sonrisa. ¡Me lo he comido!...

Tú has sido la esposa abandonada y él la niña seducida... No he dejado por eso de quererte a ti, inmensamente. Nunca le hice a él un misterio de mi loca pasión por ti. Eso le daba rabia. Me gustaba pincharlo contigo. Yo lo instruí en la Anarquía... Le hice comprender que te debe algún agradecimiento... Al principio creí que tenía cosa para un día. Después me gustó, me encapriché. He aquí cómo pasaron las cosas. La primera vez él se emocionó... Yo tuve un raptó de mal humor. ¿Te lo cuento? —confusa—. ¡Soy tan descarada!..

—Cuenta todo, al oído, a tu Maestro...

—Le dije: "¡Qué gastado está Ud! No me da fuego!" Dos o tres días después él, tocado en su amor propio, se lució, me dejó muy satisfecha. Yo me dije: Este es un machito que vale. Aprovechemos hasta donde se pueda! Me hacía mucha gracia pensar en la querida de él. Una amiga mía. Cuando la conocí no hacía más que elogiarme al querido... ¡Qué tonta! Cuando algunas mujeres me han preguntado a mí qué tal eres tú, yo he adoptado un aire de piedad, diciendo que tú eres un hombre cansado, en-

fermo, neurasténico... De ese modo te ahuyento la caza. Yo soy muy celosa de ti, Roberto. A mí me gustaría ser yo el hombre y que tú fueras la mujer... Yo libre, haciendo lo que se me antojara y tú, sometido, esclavo!...

A la señora de tu homónimo le he jugado unas tretas! El le mandaba unas cartas de pasión, llenas de monerías, de mimos... Esas cartas eran dictadas por mí! Engañaba al mismo tiempo a ella y a ti... Tenía en jaque a dos ejércitos... Tú, me copaste! Tú no deberías molestarte porque yo haya hecho eso... Tú me has demostrado que acostarse con un hombre es la cosa más natural!...

—¡No me desdigo! —declaré con firmeza.

—Has hecho de mí una convencida. No se me pasó siquiera por la imaginación que pudiera herir en lo más mínimo tu susceptibilidad... ¿Quieres que te muestre una carta de él?... ¿Te vas a enojar?.

Yo la miré con estupefacción:

—¡Ignoras, por ventura, que soy el moderno Mitridates?

Ella retiró de bajo la almohada una carta con gruesa orla de luto. La desplegó, ofreciéndomela:

“Cariño mío! He recibido tu preciosa cartita tan llena de monerías y de mimos que no sé qué responder. .!!”

—¡Lo confundías!. ¿No recuerdas el texto de esa joya sensual?

—He guardado expresamente una copia para ti.

El amante continuaba excusándose por no tener en su concepto, el talento literario de responder como hubiera merecido la exquisitez de la cartita aludida. Se deslizaban en el texto: *francesita adorada. lengüitas... mimos...*

—¡Es mi estilo! —reclamé.

—Te imitaba mucho. El hubiera querido hablar-

te, tratarte para identificarse completamente conmigo.

“...A tu lado nada valen esas francesas elegantes; esas *Demi-Vierges* que tú me has dado a conocer”...

—¡Ah!... ¿le has hecho leer “*Demi-Vierges*”?

—¡Lo he educado mucho!

El amante se despedía: “*Una lengua hasta...*”

—Bien, discípula. A tu vez, haces escuela!...

—La carta estaba firmada: Roberto—. Ese nombre ha sido para él un talismán... —dije devolviendo la carta a su poseedora, con una sonrisa.

Ella se volvió enfurecida, contra mí:

—¡Pégame!

Yo, con dulzura:

—¿Por qué causa?

—¿Es verdad, Roberto, que soy muy mala, que tengo instintos de hiena?

—*Ma petite*... eres la Vengadora!

—Aquel día... ¿por qué no lo mataste? ¡Yo hubiera sentido un gusto! Le hubiera dicho, viéndolo ensangrentado: “Toma, métete a hacer el amante!” ¡Cuánto hubieras ganado para mí! Me hubiera gustado también que me hubieras hecho algo. ¿Por qué no me disparaste un tiro en un brazo, en una pierna? Luego, a mi vez, yo me hubiera vengado de ti... Roberto, si me mataras, me harías un servicio... ¡Mátame! Aquel día. Yo creí que no te iba a ver más!

(Una pausa)

—¿Sabes lo que deberíamos hacer si tú fueras buen anarquista? Tener conquistas cada uno por su lado y luego contarnos nuestras impresiones... Tú estás mejor, Roberto! Tienes el aire animado! Escribe! Te has vuelto trabajador! Eres otro hombre! ¡Quién te iba a decir que el acostarme yo con otro sería el remedio de tu neurastenia! Hay que contarlo

a los médicos para que introduzcan mi receta en la terapéutica de esa enfermedad!

Tú me inspiras más sensualidad que ningún hombre. Las sensaciones que tú me das son tan agudas que me hacen el efecto que me emplomaran una muela! A ti se adoro... Recordarás lo que dice el famoso psicólogo Roux: *Es banal que el deseo existe sin el Amor*. En cambio el mismo psicólogo dice que el Amor no existe sin el deseo... ¿No es cierto, rico? Un beso... ¡Otro!... ¡Otro!... ¡Otro!... Ha sido un capricho... un gustito de la Chiquitita, de la queridita que se muere por su queridito.. Perdóneselo Ud... No vayas a decir que no me quieres. Dice Victor Hugo que a la mujer infiel se la quiere muchísimo más que a la que pasa todo el día encima del hombre, hecha un pegajosa... La culpable, Roberto, no soy yo sino la "coquille rose"—y la pilluela señaló graciosamente a mi enojo a la causante de todo el daño—: ¡Qué veleidosa es!

Yo puse un beso en el *calembour* aludido, en la delicada monería, en la traviesa de la casa, tan poco formal, tan fácilmente tentada, que tan pronto se engolosina, tan irreverente, tan mimosa, que no me explico cómo se les ha ocurrido a los puntillosos moralistas burgueses colocar en ella, en custodia, al solemne Honor. A esto se debe en mi concepto el fracaso de la secular entidad. Es humano que la "coquille rose" de Verlaine, pícara por instinto, burlesca, impaciente, caprichosa, espiritual, falte coquetamente al respeto al cejijunto Honor!... Hice conocer este razonamiento a la *traviesa*.

—¡Es cierto!... Tú también eres muy gracioso cuando quieres... ¡Ese esprit fino! ¡Esa elegancia con que escribes! Yo, Roberto, no te he hecho nunca la ofensa de considerarte esposo. Entiendo haberte jugado una bromita como a un queridito al que se hace una *travesura*. (Guiñó el ojo). Yo no soñé nun-

ca con adjudicarte lo solemne del cuerno marital, al que se tocan las campanas fúnebremente, se le envían tarjetas de pésame, coronas... A propósito: yo he sido excomulgada por los burgueses como Tolstoi por el Santo Sínodo. ¿No es verdad que es una cosa riquísima que mis dos amantes hayan tenido el mismo nombre? Era un quid pro quo de todos los momentos!

Con un gesto brusco:

—¿Vamos a vivir juntos? Decidete Roberto. . . de las Carreras. Si no iré a buscar al homónimo. ¡Qué temperamento el mío! El duque de los Abruzzos debía utilizarme para sus exploraciones árticas. A mi lado nada valen los buques armados de formidables espolones, los rompederos de hielo más famosos. Con el ardor de mi cuerpo derretiría las nieves y abriría el camino del Polo. Tú me decías antes: Voy a acostarme con aquella mujer y lo hacías. Pues bien, dime ahora qué mujer vas a gozar tú, y yo te diré qué hombre voy a gozar yo! Confiérame, Roberto. Tú me habrías perdonado que yo me hubiera prostituido pero tu orgullo no me perdonará nunca una elección...

Me sentí mordido:

—No —dije con vivacidad—. Te he conocido otros deseos... —y le recordé cosas al oído.

—¡Ah! —exclamó ella con vértigo—. Te aseguro que no me entregué a aquel hombre por no serte infiel. No me habías hecho todavía bastante anarquista! Todos los inventores, Roberto, han sido víctimas de su creación. El inventor de la pólvora murió a consecuencia de una explosión. Guillotin murió en la guillotina, tú, Roberto, que has inventado entre nosotros el Amor Libre, has sido víctima de tu invento... como Guillotin!

¿Sabes una cosa que me ha dado mucha rabia? No haberte podido engañar bien. ¡Ah! ¡qué cosa ha-

berme pillado de ese modo! . . . Yo creo que te ayudan los Espíritus. Si tú no me pillas te armo un cuento colosal, te pongo mal con todo Montevideo, te llevo a Europa, y te quedas sin saber nada! Parece imposible! Tú no espías a las mujeres, no haces caso de anónimos. Te basta una mirada para comprender todo lo que pasa alrededor tuyo! ¿Cómo miras? ¿Qué habilidad tienes? Yo engaño a todo el mundo y a ti no he podido engañarte!

La pilluela estaba extendida en el lecho. Camisa y calzones rosados. Medias negras sujetas por lazos rosados. Cabellos dorados. Las mejillas de su carita risueñamente iluminada por la sátira, rosadas. Toda la mujercita era una rosa. Me acerqué a ella:

—Si hubieras pertenecido a un *marido*, tu boca, un punto rosa, cuyo labio superior se alarga, mimoso, en forma de beso, habría sido desbaratada por el ímpetu de un puñetazo nefando! Tus dientitos mordedores que se hincan con afán en el fruto prohibido de la carne, habrían sido desquiciados entre una espuma de sangre! Tus ojos, alertas, que cosquillean, audaces, habrían saltado de las órbitas! Tu cabecita locuela que sacuden nerviosos saltos de esprit, que aturde el oxígeno de quiméricos volidos, habría sido rabiosamente aplastada, vaciada, contra el muro. Ligándote a la órbita de mi atracción, yo te habría salvado de la patada del burgués! . . .

Sonrió, maligna, satisfecha en secreto. . .

—Me hacen reír mucho los hombres de Montevideo. Se figuran que porque he tenido un *bégain* estoy obligada a tener amores con el público. Los desairados me manifiestan su descontento, en la calle, silbándome, insultándome, tuteándome, tratándome como a una conocida. . . ¡Qué cretinos! Han llegado hasta enviarme proposiciones con intermedias. Una de ellas, a quien arrojé a bofetadas de mi casa, me dijo con admirable filosofía monte-

deana: "La que es prostituta por gusto bien puede serlo por dinero!" Una *señora*, queriendo expresar el extremo a que según ella yo he descendido, decía de mí: "¡Cómo será de loca que engaña a su querido que se halla en Buenos Aires, gratuitamente!" El casamiento o la prostitución, tal es el dilema de los onanistas, de los uruguayos. Estos hambrientos de mujer no comprenden que si yo quisiera arrastrarme lo haría en coche. ¡Iría a París! ¡Qué hombres! Algunos se jactan de haberme pagado. Algunos de no haberme querido pagar por cargosa. Han hecho correr la voz de que yo frecuentaba casas de prostitución, y que, como valgo tan poco, recompensaba a los uruguayos que se dignaban favorecerme con sus caricias regalándoles anillos de brillantes. Se me acusaba de fundir de ese modo tu dinero...

Tu amor libre, querido, no dará resultado. Los nombres de este país son infames! Un día, un burgués viejo penetró en mi casa, diciéndome que quería hablar conmigo a solas: "Vaya Ud. a hablar a solas con su madre, miserable! Ud. me ofende porque soy una mujer!" Y lo acompañé hasta la puerta de la calle, castigándole las espaldas con mis insultos! Otra vez abaniqué a bofetadas, como diría Santa Anna, a un estudiante que se atrevió a decir en un grupo, al pasar yo: "Gana mucho". Otra vez, saliendo del teatro, arrojé mis gemelos de marfil a la cara de un elegante que me hizo un signo pornográfico. Un amigo tuyo que me llevó de mañana un mensaje de tu parte, me dijo derretido de cachondez: "¿Por qué se ha levantado? ¿Por qué no me esperó en la camita caliente?"

—¡Un moralista burgués! —pensé.

La Favorita me echó los brazos al cuello con su gesto vehemente de ternura:

—¡Querido!... ¿Me quieres? ¿Por qué me has hecho anárquica? Si te hubieras valido de tu fasci-

nación para imprimirme que la mujer debe estar sometida al hombre, yo habría sido solo tuya... *pour la vie!* Por el contrario me repetías que la mujer tiene los mismos derechos que el hombre, que debe disfrutar de las mismas prerrogativas, que todo lo que sea para ella abstenerse de un deseo, es una usurpación a sus sentidos! Me afirmabas que cuando me gustase un hombre debía entregarme a él, lealmente, avisándotelo. (Con mimo) No te lo avisé porque temía que me dejaras... Tú me decías también que las grandes señoras europeas tienen amantes, que las mujeres deben ser pícaras... Roberto, esas cosas no se pueden decir a las mujeres!

Comprendo cual era tu ambición, tu sueño. Tú querías que yo fuera libre, completamente libre, sin trabas, sin prejuicios, para que no ofendiera tu orgullo ni siquiera la sospecha de que yo te era adicta por la más leve sombra de algo que no fuera el amor! Tú querías que yo pudiese volar a mi antojo, para hacerte sonreír de vanidosa ternura al abandonar por ti el albedrío... Tú ambicionabas subyugar mis sentidos como mi corazón, la sensualidad rebelde como el sentimiento fiel... Tú soñabas con ser el inaudito privilegiado, el eterno único! Tú aspirabas a ser mi deseo! Exigías demasiado... No puedes dudar de que te quiero pues he corrido en tu busca, te he perseguido sin tregua, hasta que he podido estrujarte comerte esa boca... ¡Un beso!

Le enrosqué un millonésimo abrazo sintiéndome estrangular por el atavismo. Una noche pasó por mis ojos. Vi la entrega... la embriaguez del otro... ¡el asalto!... Mi orgullo fue devorado por la cavernosa alevosía, por el encono frenético de un torcedor vertiginoso! El macho original aherrojado en el fondo de mi ser por los nudos templados de cadenas implacables, se debatió tumultuosamente, desesperadamente; lanzó un gemido...

—Esa nostalgia... ¡no! —clamó ella. Me retorció entre sus manos que buscaban amorosamente asirne, como un cuerpo enlagaado bajo la mordedura enquecedora de un hierro candente.

Por un instante dudé de la Idea. ¿El hombre, incorregible tirano sentimental, será un día dichosamente redimido de su tormento ingénito, de sus neptos furores, de su celosa impotencia, de sus inútiles venganzas, de su frenesí de fidelidad? ¿Frente a a mujer, el hombre podrá soportar al hombre?

La libertad de la mujer es nuestra agonía. ¿Tenemos el heroísmo de proclamarla hasta el fin? Pesan sobre nuestras pocas fuerzas veinte siglos de abominación cristiana empeñados en realizar en la mujer con el empuje de una aplastadora disciplina el ideal del Amor. Ella debe encarnarlo y el hombre instintivamente, por una lógica armonía, lo exige con ansia de la mujer.

Religión de la Nada que pretendiste esterilizar la vida en el Sofisma! Metafísica del Espíritu que en vez de abrazar ilimitadamente a la Naturaleza, has ordenado con audaz imperio constreñir a la Omnipotente en el molde inconcebible forjado por el sueño incoloro de los cenobitas. Has dejado en nosotros, tus víctimas, un sedimento de imposible. Idealizando la esclavitud de la sometida, infiltrándonos sutilmente una fiebre amorosa mística, has azuzado la batalla de nuestro corazón. Has unido a las negras cóleras del macho, el desgarramiento acerado del sollozo! Religión desoladora, ¿por qué mezclaste el espíritu a los estremecimientos ingenuos de la carne? ¿Por qué vertiste en la alegre copa de nuestro brindis anacreóntico, el acíbar de una sombría ansiedad, de una lacerante nostalgia? ¿Por qué malograste con tu fúnebre inspiración el exuberante banquete del Panteísmo? ¡Ah! yo os envió mi grito de lastimado decadente, mi queja de inconsolable envidia, a vos-

otros, antepasados olímpicos, sensualistas serenos de la Grecia, para quienes el Amor no fue un devorante corrosivo, un tósigo de llamas, sino aquella dicha sin cuidados que al decir de vuestra frase sublime, recordada por Bourget, hacía el alma tan buena! Vosotros estabais junto a la gran protectora, la Naturaleza. Para vosotros el placer descendía de la Divinidad, sonrisa de la Vida, a que elevasteis la acción de gracias de vuestros templos inmortales consagrados al Amor! Diosas tutelares de los helénicos abrazos, cubríos la maravilla del rostro! El Amor está maldito! El Cristianismo ha profanado los goces de vuestros divinos misterios, ha deslizado un áspid en el seno de la dicha. Una sombra de lúgubre idealismo reemplaza la alegría robusta del sol que se derramaba, pródiga, sobre el contento de los sentidos. Una tormentosa pesadilla obsede a la carne! . . . Las delicias que, vosotros, incomparables antepasados, gustabais en la plenitud de la fuerza, bajo la limpidez de un cielo cómplice, en el lecho de la Naturaleza, son amargas como la hiel envenenada que se dio a beber a Jesucristo en el cáliz de sus torturas!

La pilluela abandonada sobre el lecho con toda la inercia de su ser, de su cabeza que descansaba a plomo sobre la almohada, murmuró:

—Yo no quiero moverme de aquí. —Suplicó—
Enciérrame. . . yo seré siempre tuya.

Alcé el blando peso de su cuerpo sobre mi brazo

—Recuerda que empezábamos a ser amigos.

La vida en común mata el Amor.

Su cabecita dio un brusco salto:

—Tienes razón, Roberto. Para quererse se necesita fantasía. . . La vida en común apesta! Lo que se tiene siempre al lado es forzosamente trivial. ¡Cómo no hemos de cansarnos del Amor, cuando según tú me has explicado, lo mismo ocurre con el sentimiento del Arte! La originalidad, me has dicho, no

es otra cosa que un excitante de nuestra sensibilidad, un despertamiento producido por lo nuevo... En Amor se necesita originalidad, como en Arte. ¿No es cierto? ¿Soy tu discípula? ¡Ah! yo he aprendido mucho de ti: la ironía, el desprecio, la rebelión!... La sensibilidad es una... ¿Por qué el libro original, es decir, *la sensación de Arte*, se aclama con entusiasmo, y por qué el amante *original*, *la sensación de Amor*, se anatematiza como inmoral? ¿Es justo lo que digo?

—¡Admirable! —exclamé, adorando aquella comprensión precoz—. Después de crear tu fantasía, de sugerirte desprecio por la insulsez de Doña Honesta conyugal, de prender la mecha a la pólvora de tu *esprit*, de inspirarte una pagana simpatía por las heroínas del placer, en arte; por tus hermanas en voluptuosidad; después de hacerte amar la poesía de las escapadas en brazos del placer azaroso, después de hacer de ti, hija de amantes, nieta de amantes, una amante digna de nuestra raza, ha sido una imbecilidad temeraria guardarte cotidianamente a mi lado, representando yo para ti la rutina, la prosa!

¡Te había educado demasiado bien! Loco orgulloso caído del pedestal de mi Omnipotencia, te creí perdida, ¡Burgués! me dije, cien veces indigno del título de amador, te has suicidado! Vuelvo a colocarme la aureola. Vuelvo a reinar. Yo, tu amante legítimo, tu verdadero amante, seré tu aventura! Yo he creado tu sensualidad como una flor de invernáculo al calor tibio de mis besos excitantes. Yo te arranqué la superstición católica que te habría hecho ascética y condenado al sacrificio. ¡Yo he sido el redentor! Saliste de mis brazos con una sonrisa de triunfo a provocar la envidia inclemente de las que no tienen como tú el valor de gozar. Ellas no te perdonan ni te perdonarán los burgueses, a los cuales has arrojado tu guante de rebelada. Ellas y ellos

te ultrajarán para vengarse! En mis brazos, te abriste; desbordadamente, viviste. Antes, mucho antes de la edad en que otras mujeres desean, tú hubieras podido morir!

Yo borraré en tu corazón la mancha que ha dejado el recuerdo de la vida en común. Yo seré tu poético delirio, tú esperanza constante de goce, tu cielo de placer al que se extenderán tus trémulos brazos, tus ojos fijos ansiosos, sin alcanzarlo nunca del todo!... Empezaremos a amarnos de nuevo. Mi triunfo consiste en haber encadenado tus sentidos a pesar del tiempo y de la veleidad, al hechizo magnético de mi atracción de la que no puedes liberarte. Tus deseos un instante declinaron... pero, me ha bastado huir para soplar en tu fragua como un viento huracanado e hinchar fragorosamente las llamas moribundas. Tu sensualidad por mí renace, hierve, estalla como una primavera; circula, intoxicándote, en el rojo turbión de tus arterias, cubre tu cuerpo delirante con escaldaduras de fiebre! ¡Vagabunda soñadora de sensaciones, vuela al azar! Llevas mi sello en el espíritu. Serás mía en todos los brazos! Tus sentidos no me olvidan. A través de todos los deleites, de todos los espasmos, tú vendrás a suplicar a mi puerta una noche de Amor!

La Favorita dio un brinco en el lecho, sacudida por la racha de una alegría súbita:

—¡Qué lindo! ¡Seremos queriditos! Nos miraremos en el teatro con gemelos... yo vendré siempre a verte... Nos daremos citas... Haremos paseos juntos... Se quiere más así... ¿No es verdad, Roberto? Y... yo tendré mis caprichos? Yo te quiero mucho, pero mucho, pero, ya sabes, no puedo prescindir de mis caprichos...

—¿En nombre de qué derecho —contesté—, podría yo exigirte que me los sacrificaras? ¿Por ventura, me siento fiel? Sin cometer un crimen, ¿me es

permitido restringir tus goces, mutilar el don excelente de tu pródiga sensualidad? ¿Qué locura es esa que hace al hombre voluble exigir la constancia de la dicha en nombre del más convencido sentimiento? Exquisita pilluela que encierras el poema vivo de la mujer, pequeña Manon, enloquecedor excitante de mi neurastenia, a quien el Juez ha creído aprisionar, eres libre por el mágico poder de la Anarquía. Yo arrojé los pedazos de tus cadenas rotas a la faz de los legisladores! ¡Yo pisoteo la Ley! Si no puedo con el solo vínculo del sexo aprisionar en mis redes de amorosos al colibrí tornadizo de tu fantasía, te entrego al espacio. ¡A vivir, dichosa libertada!

Ella, con su monería insidiosa, con su mimo aterciopelado, extendiendo las manos:

—Yo te quiero a ti, queridito... Seré solo tuya... Como antes... Si tú eres bueno...

¡Sonreí!

—No contemos con la Fidelidad, Hada maléfica, causa de tantos males... Cuando quieras ven a buscar mis labios enardecidos, trémulos, ávidos... Encontrarás al más sabio, al más heroico, al más *abnegado* de los amantes!

Bajó del lecho para marcharse. Vaciló. Apoyó sobre mi pecho su cabeza que rodaba en un desvanecimiento, vaciada por el Exceso. La alzó. Me miró con sus ojos borrachos de vértigo que cernían dos surcos negros profundos. Suspiró:

—¿Me querrás? ¿Me querrás siempre? ¿No me dejarás?

—No, no te dejaré, rica..

—¿Te gusto? ¿Te inspiro mucha sensualidad?

—¡Sí!

—¿Soy una queridita muy rica?

—De lo más rico que hay...

—¿Y aquel cariñito de antes?

—Es tuyo.

—¿Quieres que vuelva pronto?

—En seguida.

—Un beso. Otro... ¡Ah!!!

Al estar solo, me apareció el encanto de la cita, en la que sentimos los pasos de la Querida que se acerca, golpear sobre el corazón, como si pisara sobre él...

El ambiente estaba saturado de la nostalgia de Ella que alimenta el Amor.

Con su instinto sutil y vidente de amadora, la Favorita había abandonado sobre un diván su corsé de raso celeste recamado de encajes, adivinando que aquel objeto caliente de su cuerpo, me crearía su imagen de adorada, la alzaría, flotante, ante mis ojos, fiel evocador de la Querida!

Ella había desparramado al azar otros talismanes: su prendedor sobre mi mesa, su reloj de bolsillo sobre un mueble, su pañuelo, su aroma, sobre el lecho...

Me apoderé del corsé. En ese instante prefería a ella misma, su evocación, su aroma, la poesía de su ausencia. Sobre el lecho en que la pitonisa de amor, fuera de sí, había forcejeado en el más intenso transporte que puede serle dado a un amante, comprimir y anonadar en sus brazos, escondí la cara en el corsé voluptuoso... Aspiré ciegamente, agudamente, enloquecidamente, hasta el desvanecimiento, su vertiginoso perfume!

Aldea de Montevideo, octubre 5 de 1902.

INTERVIEW POLITICO
CON ROBERTO DE LAS CARRERAS (*)

*Opinión del hombre de faldas sobre los
sucesos de Estado
Entente diplomática entre los dos partidos y
Roberto de las Carreras*

Roberto de las Carreras constituye, sin duda alguna, sobre cualquier asunto, la opinión más original de nuestro país.

Considerando urgente conocer el efecto que ha producido en el hombre de faldas, la reciente convulsión nacionalista, volamos en su busca.

Hallámosle ante una copa de champagne helado, en el Cenáculo, en la Torre de los Panoramas últimamente *lanzada* por el dios que la habita, Julio Herrera y Reissig.

Acogiónos con su bien conocida elegancia de maneras.

Hicimos nuestra pregunta.

El atrevido pensador de *Amor Libre*, el héroe de la Revolución Sensual, el ídolo de Lisette y de la Berberisca (*Sueño de Oriente*), el enclaustrador de cónyuges, entretuvo, al oírnos, su negligente mirada, en las ensoñaciones bíblicas de Doré, que ilustran la Torre.

Con su risita irónica:

—Cosas de los uruguayos. . .

Apuré un sorbo de champagne.

—¿Alguno de los dos partidos ha conquistado su benevolencia?

(*) El texto se publicó en una hoja suelta, probablemente en marzo de 1903.

—Por mi familia pertenezco a ambos. Como de las Carreras soy blanco, hijo de un héroe de Paysandú, sobrino en segunda línea de Antonio de las Carreras el famoso ministro, el Nietzsche del Uruguay que ordenó la temeraria ejecución de Quinteros. No juzgo su conducta en estos momentos de delicadeza. No obstante él mereció bien de los audaces por su irrepreensible valor. Condenóle a muerte Solano López. Cinco minutos antes pidió una *cigarette* y la fumó sonriendo. En seguida dejóse ir hacia la muerte.

Fue un gesto de elegancia jónica.

Herederó del valor de mi familia, si me ocurre ser pasado por las armas, no olvidaré la *cigarette*.

Como García de Zúñiga, soy colorado. Un caballero de este nombre, un hermoso Aramis, un refinado fantástico de una época inverosímil, poseedor de Serrallos, jardines Babilónicos, bosques flotantes, fastuosas riquezas, cuyos zequíes igualaban en número a las estrellas, salvó la vida a Garibaldi.

Garibaldi salvó a Italia, de donde se deduce que Italia ha sido salvada por mi familia. ¡Esa nación me debe un monumento!

—¿Cómo se explica que la heráldica, la blasonada familia García de Zúñiga, descendiente de reyes, haya formado en el partido de los inmigrantes?

—Es una anomalía... que ha sido castigada no distinguiéndose en América los García de Zúñiga por ningún hecho notable, excepto la salvación de Italia.

—¿Piensa Ud. poner su florete a disposición de Batlle?

—Mi vocación diplomática me impone una severa *entente* entre ambos partidos...

—¿El héroe de la Revolución Sensual, honrará a nuestra patria representándola como Secretario de la legación en París?

—Pienso ocupar ese puesto estratégico de la Galantería. He aquí la carta que persiguiendo este objeto, remití a mi noble amigo el Presidente de la República cuando fue exaltado:

“Sr. José Batlle y Ordóñez

“Ilustre amigo:

“Lo felicito por su caída . . . Batlle, ministro en una ciudad de placer ha desaparecido ante mis ojos. No obstante lo aclamo por ser Ud. el único que ha repetido un nombre en la Presidencia. [texto ilegible] permitirá comprender que el puesto de Secretario de legación en París me corresponde de derecho.

“Como amigo está Ud. obligado a trocar mi reciente Waterloo galante (sólo los Napoleones tienen Waterloo) en un resplandeciente Wagram que esta vez será definitivo! El puesto de secretario me permitirá pasar triunfalmente de Montevideo al lecho de la Cavalieri que es la Hurí parisiense designada para mi rehabilitación de amante. Me he descubierto ante su imagen de Ud. ostentada en un balcón de la calle de Sarandí. He hecho en un cenáculo su perfil de intelectual y sensitivo refiriendo su gusto por Musset, sus delicadezas de oyente de Renán. He contado sus aventuras de París . . .

“¡Veintiocho intelectuales presentan plumas ante Ud.!

“Al concederme Ud. el puesto que solicito tenga la seguridad que su gobierno habrá dado la nota del buen gusto.

Roberto de las Carreras.”

—¿Cuál de los dos partidos ofrece a Ud. más probabilidades de reconocer sus gestos jónicos, su estetismo de Alejandría, sus fueros diplomáticos?

—El Partido Blanco es indudablemente el partido estético, fundado por el Petronio Oribe, de quien,

como de Antonio de las Carreras, la historia ha conservado el gesto.

Carga contra el enemigo nacional en la retumbante batalla de Ituzaingó y sus soldados se arremolinan, enloquecidos por la metralla... Oribe, épico, les arroja sus charreteras a la cara, pisotea el mando bajo el fuego. Se retracta de ser un general de cobardes! Los soldados fulminados de valor por aquel gesto se precipitan, arrancan la victoria! Petronio ungió aquel día la frente de Oribe.

—¿Es cierto que tiene Ud. sangre del vencedor de Ituzaingó?

—Me enorgullezco de mis lazos de familia con el héroe.

—¿Qué opinión tiene Ud. acerca de Rivera?

—Un sirviente de Oribe a quien el Petrónico, magnánimo, confirió grado, un plebeyo, un insolente que se rebeló contra su amo y señor, un sublevador de chusmas que no hallaron su Espartaco...

—¿Qué opina Ud. del rol de Garibaldi en América?

—Fue un Jefe de montoneras, un inconsciente.

—¿Lamenta Ud. que uno de sus nobles antepasados le haya salvado la vida?

—*Jamais de la vie!* Venero el rasgo de García de Zúñiga como uno de mis excelsos timbres nobiliarios. El que ejercitó al azar sus armas en América fue apóstol civilizador en Europa! En mi concepto Garibaldi fue víctima de una obcecación.

—¿No le concede Ud. vistas de político?

Roberto, sonriendo:

—A lo más un alma ingenua... Oribe, Presidente legal y constituido, desposeído brutalmente del mando, pidió auxilio a Rosas, tirano de la Argentina. La severa diosa de los seculares relatos empieza a fruncir el noble ceño, a vacilar contra los explosivos

contra Rosas, sobre su aureola de adjetivación funesta... ¿No estuvo limpio de muchos crímenes que se cometieron en su nombre? ¿La Mazorca fue obra suya? No se han decidido bien estos puntos. El desafió a Europa y la venció! Es la mayor gloria americana.

Que mi ilustre antepasado Oribe se uniese al discutido Rosas, fue un acto impolítico, al menos del punto de vista de la luz enferma predominante sobre aquel centauro. Rivera el usurpador de mi familia que extendió su garra sobre el Cerro, posesión de mis abuelos, era un desamparado *parvenu*. Un mal gesto del Petronio lo iluminó, trocándolo en héroe. Si Oribe no se hubiera embarcado en Rosas su empleado no incomodaría a la historia con sus pretensiones de libertador

Una pausa.

—Garibaldi ofuscado por su imaginación roja, italiana, no vio más que a Rosas...

Su heroísmo fue un rasgo de bonhomía. Creyó defender la libertad luchando apasionadamente por las ambiciones oscuras de un subalterno. Habla la historia.

—Los rojos insisten en no reconocer la historia. Idealizan a Rivera.

—Es cierto. Están obcecados. Son sus propias víctimas. Son los enemigos de la patria. El partido bermejo dio lugar a los dos partidos en que se desmembra la nacionalidad. Tal es la obra de Rivera. Si estos niños continúan nos amenaza el protectorado.

—¿Lamentaría Ud. que el Brasil nos copase?

—Me es indiferente... Habría gustado de la intervención del Brasil coronado de don Pedro pero tratándose de Repúblicas burguesas... bah! —echó a volar una nubecilla de humo—... Soy, como diría el dios Julio, un soñador del sultanado. Entrego

la patria a Constantinopla a trueque de un harem!

Al sentirse voces de que Batlle proclamaría la guardia Nacional, el dios Julio voluptuoso morfinómano, determinó, con vehemencia, que el Cenáculo proclamase oficialmente, por mi parte, la neurastenia nacional y por la suya la morfina nacional!

—¡Delira Ud. señor de las Carreras!

—¡Es propio de los cuerdos!

—¿Concibe Ud. algún medio de salvar a la República?

—Dividirla en dos. Crear dos repúblicas, una blanca y otra colorada. Es una idea que me sugiere la naturaleza. ¿El Río Negro separando fraternalmente la República, en dos partes iguales, es una profecía geográfica?... Hay un inconveniente que se me ha hecho notar. El Partido que percibiese el dominio del fragmento norte, perdería la capital Montevideo. Esto podría subsanarse fácilmente echando Montevideo a la suerte. Sol o número. El partido que perdiese se consolaría con la ciudad del Durazno, que ha merecido el honor de ser proyectada capital de la República.

No veo otro recurso a menos de la extinción de un partido por el otro... Concepción que la experiencia histórica descalifica. Hace cuarenta años que el partido colorado la puso en práctica tratando de ahogar al partido adverso persiguiéndolo, proscribiéndolo, mortificándolo. El partido blanco lejos de extinguirse se fortificó en la desgracia, y lanza hoy desde las selvas en que se refugiara un rugido retemblante de león, que ha erizado la melena de ese otro león, Batlle.

—¿Es cierto que sus cosas de Ud. hacen muy feliz al jefe de los rojos?

—Soy la sonrisa de ese hombre ilustre, la gracia de su gobierno.

—¿Como anarquista, a la vez que como García

de Zúñiga, no reconoce Ud. a sus hermanos, en los rojos?

—El rojo rosista de mi chaleco símbolo de la libertad que sólo nace de la sangre, es una mistificación en cuanto divisa de un partido que no es rojo sino *colorado*. . . Una observación aguda de sus hombres me permite pontificar que son los colorados burgueses misoneístas, como los blancos; que su divisa no es de un rojo filosófico sino pictórico. . . Han arruinado a la nación. Han aumentado la deuda en ciento de millones. ¿Pueden llamarse rojos, los que apalearon a la anarquía, durante el gobierno de Cuestas, los que pretendieron asesinar por la espalda al propagandista anárquico Gualianone? Casi estoy por decir que los rojos son los blancos. ¡Ea!

Roberto apuró su copa de champagne.

En ruidoso regocijo.

—He aquí que resulto defensor de los blancos, yo, el sultán que no tengo más preocupación que la mujer, yo, el hombre de faldas!

—Nosotros, —dijimos—, admiramos en Ud. al descendiente del dios de Ituzaingó, al sobrino de Antonio de las Carreras, varón digno de los tiempos de Roma que retó a los ingleses a desembarcar en Montevideo a causa de un mal entendido diplomático, intimidándolos, obcecado por las Euménides de la venganza, señoras de la época, pero que halla su excusa en la valentía con que recibiera la muerte que él dio; admiramos al bastardo del amante Ernesto de las Carreras secretario de Leandro Gómez, héroe chamuscado en mil escaramuzas, que vio, impertérrito, morir a Piriz, que propuso al flamígero Gómez en el instante del supremo aprieto abrirse paso con los pechos y las armas, a través de los brasileros, de innúmeros Flores que ahogaban la plaza!

Roberto se inclinó:

—Es cierto, soy de una gran nobleza nacionalista.

—Su solo nombre es una bandera revolucionaria. Podría Ud. ponerse a la cabeza de la rebelión urbana. La revolución tendría así dos jefes, uno en los campos: Saravia; otro dentro de la ciudad: Ud. Batlle sería tomado entre dos fuegos...

Los labios del esteta se erizaron con aérea ligereza.

—He recibido a ese respecto proposiciones del mismo Saravia, que rehusé con toda la cortesía que se merece el adalid de los blancos. Dije al enviado: los estetas no combatimos, no discutimos siquiera. Sólo tenemos sonrisas, gestos... por lo demás respeto mi *entente* personal...

—Esteta ¿cuál debe ser en su opinión el gesto de Batlle?

—Devolver a los blancos las dos jefaturas usurpadas por el traidor Acevedo. Observar el pacto. El gesto obliga. De lo contrario, el Presidente se hará culpable ante la Anarquía de un atentado al derecho.

—¿No tiene Ud. ningún partido?

—Sí señor.

—¿Cuál?

—La Anarquía aristocrática!

Roberto de las Carreras.

ORACION PAGANA

¡Yo te arrojó todas mis rosas helénicas, oh amante arrebatada a la gloria del Beso!

¡No se concibe que una mano sacrílega haya podido herirte! ¡Si algo existe con un derecho supremo a la vida es la Belleza inviolable, dispensadora de las lágrimas y de las sonrisas!

El ara de los dioses ha sido profanada y el Olimpo está triste.

Enmudece de congoja mi corazón de amante y perlan sobre ti ¡oh flor pagana! mis lágrimas de esteta.

¿Cómo, frente a la hermosura, no se arrodilló la Muerte? ¿Qué mano fue bastante torpe, qué voluntad bastante ciega para herir en tu seno, ¡oh peregrina! a la dulzura de amar? ¿Qué aberración monstruosa te arrancó la dicha, flor augusta de tu apasionado corazón? ¿Qué bárbaro derecho pudo disputarte la vida?

Apenas sé quien eras y mi corazón está mustio como las hojas de Otoño.

El Amor exilado vaga sobre la tierra, una vez más maldito. Aletean en torno fúnebres presagios. ¡Oh dioses! ¡El falerno de mi crátera se ha convertido en sangre!

Hermana olímpica que como yo soñaste el beso, ebria Francesca que supiste amar, tus ojos se cerraron una noche en espera de las caricias y a la orilla del lúgubre Aqueronte, ¡belleza traicionada! el Odio te condujo dormida...

El que tuvo el cobarde valor de herirte no fue, cierto, un amante. Quien no supo devorar mil punzadas no supo nunca amar. No tienen derecho a in-

vocarte ¡oh deidad misteriosa de los deleites! sino los que veneran su trágico *ananké*; los que sabemos que escondes hieles tan amargas como son dulces los besos, los que marchamos serenos, sonrientes, al luminoso martirio. . .

¿Quién habla de asesinar a la Belleza? ¿Quién es bastante débil para ultrajar a la Fuerza, invitándola a estúpidas venganzas sobre las gráciles infieles?

Tú, que eliges el crimen. . . ¡El dolor es más bello! ¿Qué consuelo te depara la sangre? Tu corazón ávido ¿qué recoge en la muerte? Si amas ¿cómo puedes destruir? ¿Cómo atentar al ídolo si te arrodillas?

Si fuiste lastimado, mil corazones de mujer comprenden tu pena y te llaman para consolarte. ¿Por qué matas?

Sibarita de Extasis, liana de amor, enrededor de tu féretro, vagan las sombras de las amantes griegas. . .

Rebosa mi corazón, sube a mis labios como una ola que contiene toda la aspereza de los vastos océanos amargos. Quiero llorar por ti, tierna heroína de las más bellas cosas. Tus labios que derramaron la dicha, para siempre están cerrados por la Injusticia brutal, ¡y a tu fosa entreabierta llegan la imprecación, el anatema, el vejamen hipócrita, el insulto!

Sobre tu féretro se reclina, lacerada, mi nostalgia de los mundos en que el amor no fue delito. . . ¡Rueden sobre ti, mis rosas, a puñados! ¡Con ellas mi desolación, mi protesta!

No importa que te ultrajen. Mi corazón pagano te guarda como un escudo. . . ¡Es más grande que el odio de los viles! ¡Mi lamento es más alto que el clamoreo inicuo de la turba cristiana, celebrando tu partida! ¡Aun más resonante que el aullido feroz de los caníbales regocijados por tu sangre!

Amaste fuera de la Ley y de los torpes mol-

PSALMO A VENUS CAVALIERI

*¡A Buenos Aires que tiene sangre
de Sybaris y de Alejandría!*

R. de las Carreras

¡En ti reviven las Cleopatras!

¡En el triclinio de tus senos desfallece la ebriedad de los Petronios y de los Apuleyos!

¡Sombrea en tus sienes la cabellera de Berenice que arrebataron los dioses y dispersaron en aleteos de luminarias, en un enjambre agosto!

Tu rostro es todas las blanduras, todas las calideces aterciopeladas de la Noche Dyonisiaca.

Salomón, el más sabio de los reyes, el que aprendió la vida en el libro de ocho mil páginas vivas de su Serrallo, en un versículo inflamado de mirra y de cinamomo del Líbano, habría entonado, alborozado, el epitalamio religioso de tu lengua de miel...

Tus brazos, collar de Anacreonte, yacen desenlazados en una actitud quimérica de fatiga...

Tu cabeza se pliega de sensualidad melancólica...

¡Tu mirada de opio sueña inmensamente, reveladora de un desconocido de la dicha!

¡Un suspiro formado por todas las ansias del amor de la tierra recorre la onda furtiva de tus ágiles curvas!

Safo temple la lira. Yo, que debí ser Alcibíades, hube de entrelazar tu nombre con el mío en el muro fiel de las cortesanas de Atenas... ¡Yo debí ceñir a tu frente la tiara de arrayán y atravesar, tu molicie pesándome sobre el hombro, las azules transparencias luminosas del Pireo, de Corinto, de

Citeres, entre los ecos inspirados del mundo armonioso!

Yo iré, peregrino de la Voluptuosidad, a la Sybaris que enseñorea tu desnudez ¡oh Venus nueva! ¡a tu *boudoir* soñoliento, en la Meca de todos los Cultos! ¡Mi boca, errante sobre tu cuerpo, te dirá el Cantar de los Cantares en un idioma de gemidos!

Modeló tus senos, tu garganta, el alma dulce Toscana que aterciopelara el numen del Petrarca, los cantos de D'Annunzio. Tu cuerpo, como el de Afrodita, de un origen divino, evoca el son de la cítara... ¡Eres la diosa de curvas musicales en la que los griegos saludaron la aparición del Ritmo!

Elegida de la Belleza Eterna, en el ático ensueño de tus líneas se adormece el alma de Platón... La armonía celeste se vislumbra... ¡Enajenada sueña la orquesta sideral, la sinfonía de los mundos!

Caballero del Placer, doblo ante ti la rodilla, ¡oh soberano! ¡Me adornan los colores blanco y rosa de tu carne que exhala el aliento bíblico del incienso y del ámbar!

¡Los mercaderes fenicios y sus ruines mujeres mancharon, al pasar, mi túnica llameante con el cenno de la prosa aleve!

¡En tu regazo de maga que esconde los filtros de las emperatrices vibran y sueñan reconfortados!

Entreabre su boca el hálito de los naranjos que en la Alhambra inciensa el Mirador de Lindaraja ausente...

¡Mi numen te objetiva, desvanecida Sultana, en el Alcázar de Encaje, bajo el dosel de una arcada!

Te sueña el Generalife, te sueñan las vegas de la ciudad del Moro...

Del Infierno del hondo Florentino, la gran dichosa que desafió con el olímpico rapto de sus goces al exilio del dolor eterno, Francesca, esa hermana gloriosa, abrazada al Recuerdo, te sonrío.

¡Horizonte desbordado de voluptuosidad! ¡Esencia del Deseo!... ¡Suspira en ti Venecia, evanescente, y Nápoles llamea!

Tu molicie escucha rimar las barcarolas...

La góndola te espera ¡Presea de los Dux!

Viajera del Eliseo enguirlaldaron tu Destino los besos... Ante el ara de acanto de tu lecho París se humilla ¡oh Venus Cavalieri!

Tu ondulante fluidez ¡oh verso mágico! fue creada para la mano del Esteta... Mensajera del Estro amoroso, arrulladora Targelia de cadenciosa languidez, Hebé alucinante, adolorida, que en las sienes pálidas vierte los deliquios, ¡mi afán columbra el mecimiento de tu éxtasis, el relámpago negro de tus ojos al aspirarte la caricia alada!

¡Poema de la curva, adormidera de los serrallos!

¡A tu alrededor parpadea ¡inflamada rosa de Citeres! la pedrería errátil de las abejas del Himeto en cuyas alas, cristales hervorosos, urge el polen febril de los deseos, el veneno de la Diosa que encona los ávidos delirios en el vórtice de las noches rojas!

Enviada de Afrodita que sonrío al mundo de la cima del Pindo resonante ¡maravilla inspirada! ¡sacerdotisa fúlgida! hermana de los mármoles helénicos, por ti Grecia se anima. El Acrópolis resurge a los acordes de Safo y de Calíope. Las nueve Musas ornán la frente del Helicón sagrado. Se estremecen las ondas del Egeo y los bosques de mirto, puebla el vuelo de las ninfas. Criscan faunos y silvanos. En el bosque atisban los sátiros traviesos... Sobre el dorso de los montes, sumergidos en el albor azul de la espectral Selene, palidecen los templos nacarados...

Conduciendo a Venus en su concha de ópalo, a través de la melodía del aire, los enarcados cuellos vacilantes, con ritmo lánguido y etérea majestad, vogan los cisnes...

En la fuente Castalia a que el Olimpo acude, para ungir a los Píndaros y Homeros, crece el laurel. . .

¡Surge Dyonisos, decorada la sien por ebrias rosas! Es el dios de la Danza y los Placeres, el que enseña sus cantos a las ninfas, cuyo acento, en las extraviadas espesuras, vocean sus clamores el dios Eco. Lo enguirnaldan las ninfas sonrosadas. Lo cortejan los Faunos, los Sylvanos. Las Bacantes de ojos de noche y de sangrientas bocas, devorantes, voltean, ¡dando al aire los tirsos en que azotan las hojas de las vidas al estallar de sistros y de crótalos! . . .

¡En atorbellinada fuga, el bosque esmalta sus relampagueantes desnudeces! . . .

Sobre el cuerpo de Dyonisos los labios de las ninfas se entreatren. . . Baco desmaya y de sus sienas se derraman las rosas. . .

Junto al templo de Diana, del ebúrneo Apolo, suena la dulce lira. Homero cuenta del afán de Elena, de la llama de Paris! . . .

En el confín errante en que el cielo y el mar cambian un ósculo, himnos de tentación, voces innotas, melódicos sollozos, exhalan blandamente las Sirenas. . . ¡diosas del mar de esmeralda de ojos de ola y de senos olímpicos de espumas!

En los estanques misteriosos fluctúan, indecisas, las náyades transparentes de viperinos ojos de luz. . .

A través de la Grecia resbalando haces mariposar todas las hojas en los bosques sagrados, rizas todas las aguas, en hondo suspirar de Anadiomena.

Coronada de sueños tú floreces en el coro de Safo, ¡deleitosa discípula cantada por el poema de sus besos!

¡Safo te estrecha y ves la Inspiración como una estrella que la palabra sideral enciende en sus cabellos de sombra!

¡La clámide flotante te deslizas a orillas del

Egeo... e interrogas, hierática, tu sino al astro errante que parpadea!...

¡En los valles que la luna alfombra, Endymión te conduce y, adorante, derrama en tus pupilas el desmayado desvarío de las noches blancas!

¡Nacida en la mañana de las cosas, de una sonrisa de la madre Venus, con el despuntar de los prodigios! ¡En el umbrío cofre de la tierra recién guardadas las piedras de Golconda, recién el suspiro del Perfume remontándose de los incensarios de las rosas!... Creado entonces sobre el monte Himeto, triscando entre los mirtos, con su caricia mansa te lame el sol de oro...

¡Nacida con el Arte, a tu mirada infinita descubre el cielo el primer lienzo del pincel de Zeuxis!

¡Sorprende Praxiteles de tu cuerpo la ingenua maravilla, y te canta el mármol con estrofas de estatuas en los templos!; ¡el color te adula, frase inmortal de Apeles!; el verso a tus contornos se entrelaza; ¡de mentes regias claridad augusta, gesto del genio virgen!

—Temblor sagrado de Myrtis!...

Onomácrita en los Juegos Olímpicos se yergue: Ante los pueblos convocados, ante la unción de artistas y de atletas, celebra tu desnudo, honor de Atenas, con la lira de oro, la sien glorificada!

Tu cuerpo sibarita se distiende en los ritmos elásticos de Alceo...

En las fiestas de Pan, viejo galán del bosque, regocijado bienhechor que vierte los dones de la tierra; al gemir de las flautas soñolientas, ¡en el festín de la juventud inmortal, coronado por tus besos, languideciendo en tus senos, erige la crátera en que mana la ambrosía de la inspiración de Grecia, rima el amor y el vino el dios Anacreonte, hijo de Baco!

Filósofos te escuchan. Departes con Pericles en las áticas lides del ingenio...

¡Solaz de la mirada! ¡Caricia del mundo griego!
¡Eres Friné!... ¡y rasgas la túnica de ondas ante el pueblo de estetas! ¡La Antigüedad aplaude!
¡Eres Lamia! ¡eres Lais! ¡eres Leontium! ¡eres Hiparchia!...

En el orbe latino eres Glicera, eres Lydia, embargada, que se abate sobre los hombros de Horacio. ¡En torno de tu sien mariposean los Cantos y las Odas!...

Nido halagüeño de la frente del vate, símbolo del Amor que peregrina, sosegado deleite, dulce pena. ¡Dolor protervo, tempestad de Cátulo! "lágrimas suave de Tíbulo...".

En la India sagrada, ¡del color incendio!, en la que rueda y se despereza el Ganges, donde el alma del Perfume ondula en las arcadas de las selvas místicas y arrebuja la luz opalescente al lotus tembloroso sobre el enigma de las aguas pálidas... llegas tu pie, ensueño de los lirios, al amoroso Acoka... El árbol, suspirante, vive sus inefables primaveras. ¡Con un espasmo de placer humano se desvanece en flores!

Oprime tu sandalia los caminos en tierra de Judea... ¡Eres Ruth!... Sobre la cumbre del monte Galaad la Noche abre su tienda... Impacientes coleópteros del Eter, los astros se miran en las aguas profundas de tus ojos... ¡Eres Rebecca, inclinada en la fuente, en la que, absorta, evocas el genio murmurante!... ¡Eres Raquel sentada en el brocal de las cisternas! Se mezcla con tus rizos la barba de Jacob...

¡Eres la Sulamita, la gimiente paloma del Cantar!... Te dan sombra, profusas, las vides. ¡A tu paso, en un delirio de aroma, se consume la flor de los granados!.

¡Incensario de áloe y de mirra! ¡Anfora de miel!
¡Banquete de los besos! ¡Lirio del campo que humedece el rocío del Voluptuoso de Jerusalem! ¡Lecho empapado en el olor de las mandrágoras donde reposan el numen y la gloria sin par del Rey amado!

Tu nombre es Fátima... En la titilación de tus retinas nostálgicas ondulan las silenciosas caravanas... ¡hija de los desiertos extenuados de Arabia, sonrisa del Islam en el aduar fluctuante!

¡Tendida en el oasis, a orillas de las fuentes que suspiran, enajenada por el mismo céfiro... gacela sedosa del arenal en llamas, sobre tu cuerpo humeante, la sombra tiembla al inquieto vaivén de las palmeras!

..Tu alma se pierde en los alcázares del Miraje...

Los sueños de la tarde reverberan en el arco de grana... ¡Turban la ensimismada lejanía raudos turbantes, tempestuosos corceles berberiscos!

¡Ondean el polen inflamando las palmas!

Se derrama de tus ojos la molicie de una mirada expirante...

En la cuna desbordada del blando genio asiático, Meca de los tesoros donde los dromedarios se arrodillan bajo la noble carga de la púrpura y entre los dedos de fabulosos mercaderes juguetean luceiros... en el éxtasis esmaltado de Babilonia quimérica, bordada por el dosel de las anémonas, de los cactus febriles, de las palmeras cimbreantes que abanicán los abandonos lascivos. en la morada del sueño, regazo de los deleites, que envía al cielo cálido su tibio respirar de incienso, que surcan las galeas. en la ciudad de los magos, ¡resonante de besos!, en el oasis de ríos voluptuosos que lamen la tierra enternecida, fascinada en un espasmo estallante de corolas; donde, a compás de los deseos, laten los astros, vívidos zafiros, con llorosa efusión,

en la molicie de las noches de terciopelo; y el alma de la dicha, conspirando en las rosas, murmura en sueños el nombre de Alejandro... tú divagas en jardines de vértigo donde en cada flor hay un desmayo; tu nombre es bello como las pedrerías, tus palacios se espejan en el Eufrates: ¡Eres Semíramis!

En Nínive y en Memphis, en las terrazas dormidas en que vaga el aliento de las bocas inflamadas, mojan tus dedos lágrimas de estrellas... A tus pies los aromas desfallecen... Por ti suena el gemir melódico de las hojas... Por ti calla la sombra...

¡La regia noche vibrante, cargada de suspiros y de astros, pesa sobre tus hombros!...

¡Eres Teodora, diadema de Byzancio! ¡Eres Belkis!... Jerusalem, en triunfo, abre sus puertas, humilla, a tus pies, la púrpura. ¡La mirra y el incienso, en olas tumultuosas, velan el sol!...

De su trono mirífico desciende y te aclama, en la gloria de su genio, Salomón, ¡al que corona la eterna juventud de los Cantares!

Eres Cleopatra, abrumada de perlas, y fascinas las galeras de Roma en el día inefable en que la Gracia triunfara de la Fuerza; ¡cuando para adular los pies de Antonio, del Nilo cortesano, acudieron las ondas perfumadas!

Tú arrebatas al triunviro en la caricia de tu barca de seda ebria de sonos... lánguida resbalando con el desvarío de tu corte entre márgenes de ensueño, al ritmo alado de los remos de plata...

¡Pliega Antonio la sien en tus rodillas, aprisionado con guirnaldas! Juegan las mariposas de tus besos en su laurel guerrero...

Bajo el mimo de tu pie yacen sus armas para siempre ociosas...

A su rival Octavio, sonriendo, arrojará la púrpura del mundo... ¡por ti en Actium vencido, por ti triunfante en el Olimpo!

¡Astarté de ingenuo mármol que reinas en mis
noches!... ¡Eter de mi estetismo!... ¡Fuente Cas-
talia!

¡Sacerdote del templo de tu Cuerpo, ante tu
ebrio desnudo, tiemblo y sollozo en la efusión del
Arte!

¡Arde a tus pies mi alma, encantada, como el
sánalo fervoroso en las religiosas penumbras de una
Pagoda!...

¡Proclamaré la gloria de tu carne con las ge-
mas de Bizapur traducidas en palabras!... ¡Melisen-
da arcana, familiar en el Sueño!...

¡Tu anhelo desmayado infúndese en mis ve-
nas!... ¡Mi deseo, de ansias expirante, asciende des-
vanecidamente a ti, lotus del Extasis!

¡Polimnia luminosa, evaporada en la onda de
las tardes de Atenas!; suave como las horas que
morían en el olvido de los mirtos.

¡Flor de lis La Vallière!... ¡Suspiro hecho
carne!!

RETO A VENUS CAVALIERI

Púgil del sensualismo, te desafío a lid amorosa!

¡El genio griego ha inflamado mi alma por la
gloria de los lechos!

¡Anhelo más que el triunfo en los juegos olímp-
icos del Arte, más que el oro y los trofeos y las
gemas de Bizapur, contemplar, después de la lucha
hirviente, los ojos de una amante, llorosos y agra-
decidos!...

¡La moribunda lasitud de un cuerpo ablandado
por el placer, me sonríe mejor que la ambrosía; me
embriaga más dulcemente que el Falerno apurado
en ánforas etruscas!

¡En la noche de Venus yo canto a los deleites soberanos un himno de fatigas!

¡Velan sobre el misterio de la Diosa mis párpados insomnes!

¡Sobre el seno de una amante sé detener la Noche y atraer la mirada de los astros!

¡Yo vivo en las súplicas de la agonía de los besos la eternidad de la tumba!

¡Yo recojo en el seno batiente de las locas derrotadas el laurel de los triunfos venusinos!

Yo seguiré la ruta de tus convexidades: ¡Intrincaré tu cuello, tus brazos, tus senos, tu cintura, tus muslos, tus pies de lotus, con hilos de perlas de besos!

¡Yo tachonaré tu cutis de nácar con las manchas moradas que enseña el libro del amor indostánico!

¡Serán tus incensarios las alcobas hervorosas de sándalo consagradas al arrobamiento de Kama!

¡Se desvanecerán sobre tu ara la mirra y el incienso, el sándalo y el almizcle, el cinamomo y el ámbar, todas las notas de la música del Perfume!

¡Yo haré fulgurar bajo tus párpados volteados el centelleo de los goces trémulos que entonan sus cánticos de gloria en los Paraísos del Profeta!

¡Yo ceñiré a tu cuello la sierpe del placer afanoso! ¡Yo abismaré tu razón con filtros salomónicos!

¡Yo poseo de Ovidio y de Propercio el secreto de rendirse!